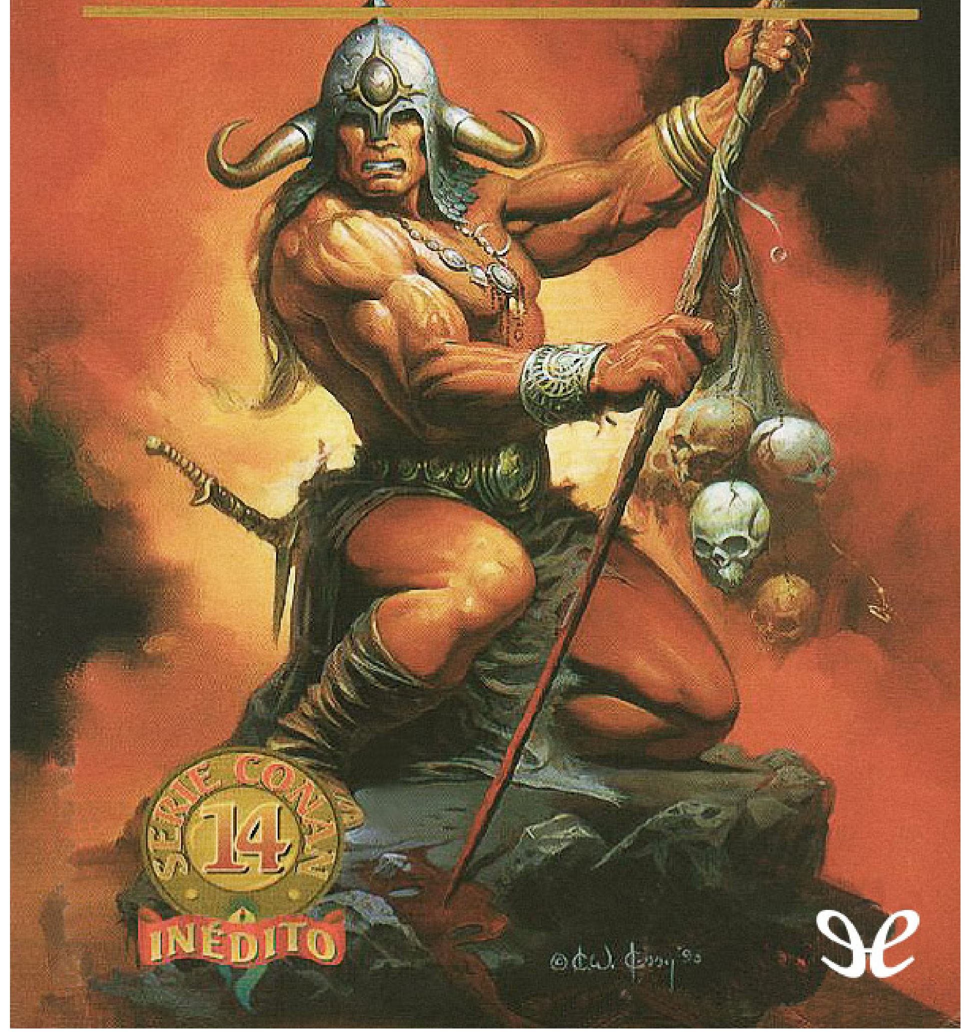
Karl Edward Wagner

CONAN

Y EL CAMINO DE LOS REYES



Con la soga al cuello, Conan aguarda la muerte en el cadalso. Sin embargo, el fuerte cimmerio no morirá. Cuando el áspero roce de la cuerda ya le quema la garganta, aparecen los que han de rescatarlo. Los rebeldes de la Rosa Blanca acogerán en su círculo al bárbaro. Este, una vez libre, matará a legiones enteras por ellos, sembrando la muerte con su acero entre las filas del ejército del déspota. ¡Y sin embargo, conocerá la traición, y no habrá hora tan cruel como la de su venganza!



Karl Edward Wagner

Conan y el camino de los reyes

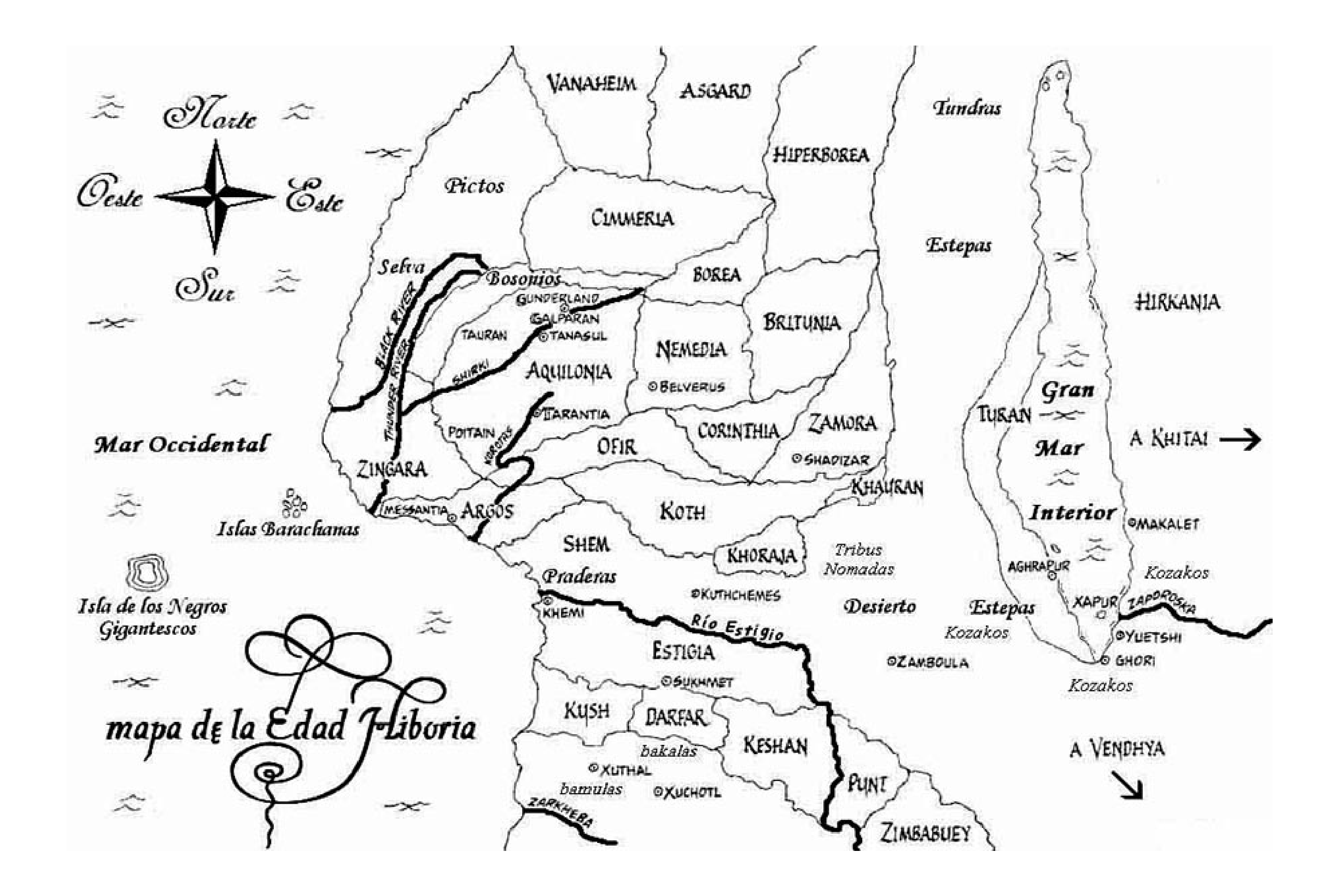
Conan: Serie Conan - 14

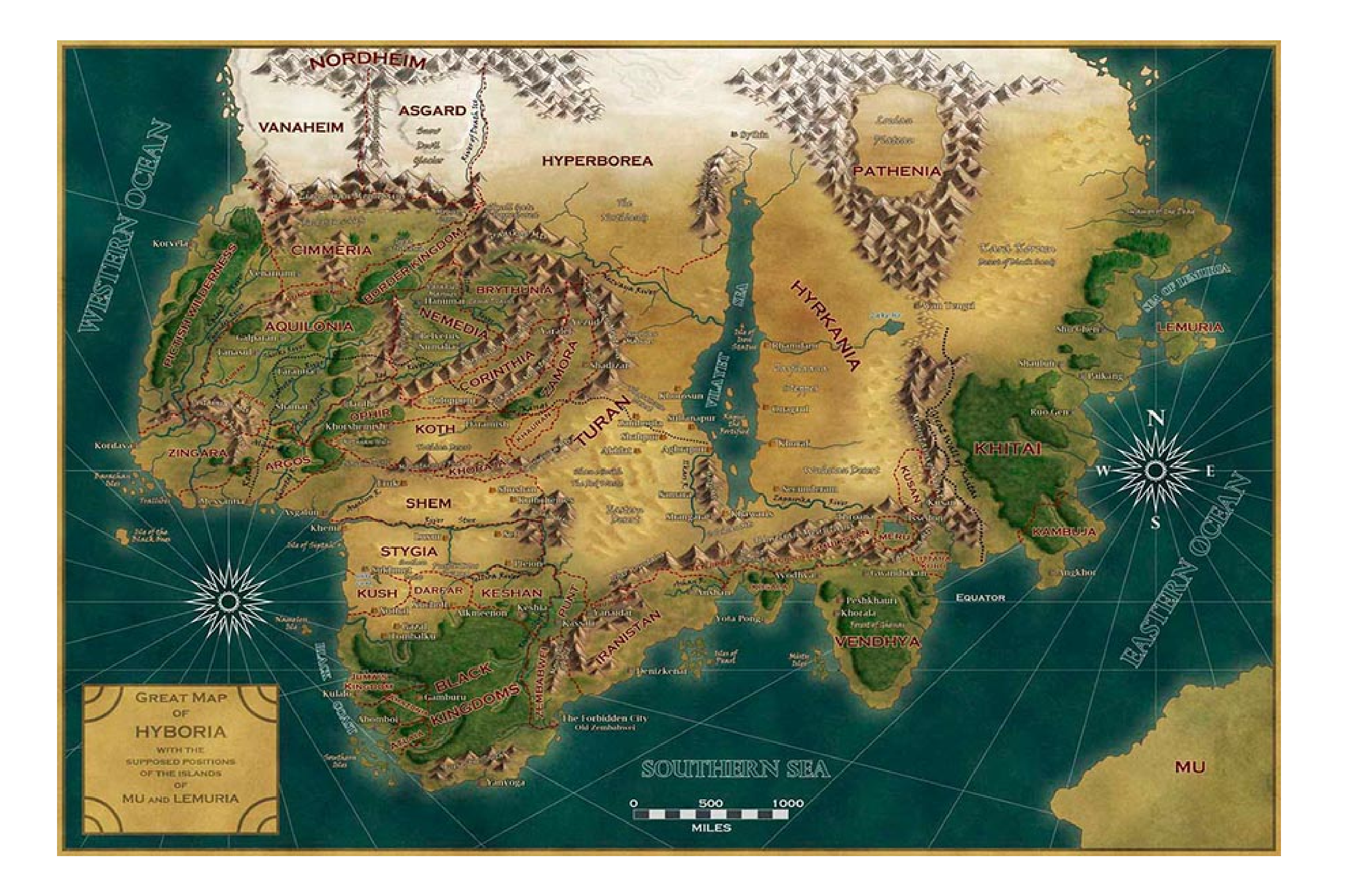
ePub r1.0
Titivillus 16.02.16

Título original: *Conan: The road of kings*
Karl Edward Wagner, 1979
Traducción: Joan Josep Musarra
Diseño de cubierta: Ken Kelly

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




Norte
Oeste
Este
Sur
Vanaheim
Asgard
Tundras
Hiperborea
Pictos
Cimmeria
Estepas
Selva
Bosonios
Borea
Hirkania
Gunderland
Galparan
Tauran
Tanasul
Britunia
Nemedia
Black River
Thunder River
Shirki
Aquilonia
Belverus
Gran
Turan
Mar
Tarantia
Poitain
Khorotas
Corinthia
Zamora
A Khitai
Mar Occidental
Ofir
Shadizar
Zingara
Khauran
Interior
Messantia
Argos
Koth
Makalet
Islas Barachanas
Shem
Khoraja
Tribus
Nomadas
Aghrapur
Kozakos
Praderas
Kuthchemes
Desierto
Estepas
Xapur
Zaporoska
Isla de los Negros
Gigantescos
Khemi
Río Estigio
Kozakos
Yuetshi
Estigia
Zamboula
Ghori
Kozakos
Sukhmet
Kush
Darfar
Keshan
mapa de la Edad Hiboria
bakalas
A Vendhya
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Punt
Zarkheba
Zimbabuey


GREAT MAP
OF
HYBORIA
WITH THE
SUPPOSED POSITIONS
OF THE ISLANDS
OF
MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
KHITAI
KUSAN
MERU
KAMBUJA
LEMURIA
VENDHYA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
N
S
E
W
0
500
1000
MILES
Korvela
Kordava
Khorshemish
Khemi
Luxur
Shadizar
Sultanapur
Aghrapur
Khawarizm
Peshkhauri
Khorala
Angkhor
Paikang
Shaulun
Ruo Gen
Yota Pong
Gamburu
Kulalo
Abombi
Yanyoga
Alkmeenon
Keshia
Kassali
Vanaidar
The Forbidden City
Old Zembabwei
Sukhmet
Galparan
Tarantia
Yezud
Khoraf
Secunderam
Gwandalakan
Ayodhya
Sythia

Dedicado a Leigh Brackett

Y la canción de Shannach calló, cuando el último de los hijos de las montañas desapareció para siempre en la noche.

La guerra es el padre de todas las cosas y rey de todas las cosas; convierte a algunos en reyes, a otros en hombres libres y a otros en esclavos.

Heráclito

Prólogo

Gélida quietud y acero de diamantino fulgor.

Dos espadas centellearon a la turbia luz, en el centro de un corro de ojos sin rostro no menos implacable y brillante. Con un movimiento convulso las hojas chocaron, y desgarraron el silencio con el estrépito del colérico acero. Entonces, violentos bufidos y bocanadas de aliento, arrancados a las sudorosas gargantas de los dos enemigos. Un brusco resoplido, y contenidos murmullos por parte del corro de espectadores; los ojos sin rostro brillaban de excitación. Y la espada se enfrentó de nuevo a la espada: la muerte se mecía en el acero; con paciencia, sin remordimiento.

Los dos hombres que allí peleaban tenían poco más en común que la mortífera destreza con que ambos blandían su arma.

Uno, que iba llevando cada vez más la mejor parte, claramente tenía más años, y su destreza en la esgrima probaba que la hoja zingaria, recta y larga, no resultaba extraña a su puño. Algunas vetas grises realzaban su cabello negro y liso, y su barba rala, aun cuando tuviera el rostro marcado por unas pocas cicatrices ganadas en duelos. Las cicatrices se veían tenues y difuminadas, pues habían pasado muchos años desde la última vez en que la espada de un oponente tocara el rostro. Sus calzas de color borgoña y el jubón de terciopelo de excelente hechura ponían de relieve su constitución magra, de músculo compacto, y firme aplomo. A modo de blasón, en la manga derecha, llevaba el águila negra —la insignia de los Luchadores de Korst, el regimiento de elite del ejército zingario— y, debajo de esta, las estrellas de oro gemelas de capitán.

El otro hombre era más joven: probablemente, no superaba la mitad de los cuarenta y tantos años del capitán. Con todo, paraba la espada de su oponente con estudiada destreza, que más propia hubiera parecido de un espadachín veterano que de un joven

temerario. Su estatura sobrepasaba en algo a los seis pies de su oponente, y era considerablemente más corpulento. Como iba desnudo hasta la cintura, sus fuertes hombros y su amplio pecho aparecían con su oscuro bronceado, roto aquí y allá por cicatrices: marcas de la batalla, y rasguños con los que había ido educándose su diestra en la esgrima. Una melena sudorosa de cabello negro le caía sobre el rostro duro, bien afeitado. Vestía el pantalón de cuero de los bárbaros del norte, y más apropiada parecía su mano para un pesado sable que para la espada zingaria, ligera, de puño y medio, con doble filo.

Se hallaban en el centro de un corro de soldados, que se apretujaban para contemplar su duelo. La mayoría de los presentes vestía los colores borgoña y dorado del Ejército Real de Zíngara, así como el águila, que era la insignia de los Luchadores de Korst. Codeándose con ellos había hombres de otros regimientos, así como una variedad de guerreros de improvisado y poco vistoso equipo: soldados de las compañías de mercenarios de Zíngara, como el propio joven. En torno a ellos, el oscuro recinto de los barracones militares; las cotas y los bagajes habían sido arrumbados a las paredes para hacer sitio.

Todos miraban a ambos rivales con el rostro tenso; los ojos expertos no perdían detalle del duelo. Poco antes, los barracones habían estallado en gritos y vítores, y se habían intercambiado frenéticamente apuestas y maldiciones. Pero entonces, los duelistas habían dado inicio a una exhibición de mandobles y acometidas, paradas y contragolpes, que les dejó boquiabiertos. Tanta era la emoción que ya no podían expresaría verbalmente. Los espectadores, que compartían la tensión del duelo, contenían el aliento y aguardaban; los dos combatientes estaban agotando su aguante, y se miraban, a la espera de que el otro cometiera un error decisivo.

Ambas espadas bastardas habían catado la sangre en tiempos recientes. Un corte leve, que no entrañaba peligro alguno, sangraba en el antebrazo del hombre más viejo, donde el acero del otro le había herido tras resbalar por las guardas de su espada, con una acometida que a punto había estado de arrancarle de la mano el puño de la espada. Pero el joven perdía sangre por un par de tajos en el costado izquierdo, y una herida más profunda que tenía en el

hombro parecía haberle paralizado la siniestra; eran marcas de tres ataques que le habrían alcanzado el corazón si él se hubiera mostrado solo un poco más lento. Tal vez la aviesa sonrisa y las enrojecidas narices del hombre más viejo, que persistía, confiado, con la intención de matar, se debieran a toda la sangre que su enemigo estaba perdiendo. El joven no sonreía, y la cólera le inflamaba los ojos; no daba muestras del dolor y la fatiga que por fuerza debía de sentir.

De nuevo los aceros acometieron, entrechocaron, retrocedieron. Sin hacer pausa alguna en su ataque, el capitán arremetía de nuevo tan pronto como retrocedían las espadas, eludía por debajo y por el lado la guardia del otro con el ímpetu de su ataque, lo hería en los prietos músculos de la cadera.

El joven gruñó de dolor, y se apartó violentamente. Se le dobló la pierna. Se tambaleó; apenas si podía mantenerse en pie. Su desesperado contraataque resultó torpe, y carente de fuerza.

El largo duelo tocaba a su fin. El círculo de ojos ardía, perdido el aliento. Saboreando ese medio segundo de absoluta atención, el oficial decidió acabar con su maltrecho oponente con el mandoble directo al corazón que tenía por característicamente suyo.

Pero el joven no actuó deportivamente. Medio agachado, acometió hacia arriba, agarrando la larga empuñadura con la mano de su herido brazo izquierdo para ganar en fuerza. La punta de la espada se clavó en la ingle del hombre más viejo, y siguió empujando hacia arriba. El capitán, que se había apostado para descargar su coup de maitre, cayó entre un revoltijo de entrañas y reventado pulmón.

Un largo, sofocado grito de incredulidad, y luego una confusa salva de exclamaciones.

El hombre, con los ojos vidriosos, les miraba, caído en el suelo del barracón. Un joven de ojos inflamados le devolvía, feroz, la mirada, al tiempo que el oficial perdía la vida por sus heridas.

En lo que dura un latido de corazón, nadie se movió.

Entonces, el hombre que se hallaba en el suelo se estremeció con un último espasmo, y sus estertores de muerte terminaron entre el súbito tumulto de los gritos entusiasmados y las maldiciones, el sordo rumor de codazos y el tintineo de las monedas. El joven apoyó en el suelo la ensangrentada punta de su espada, y se sostuvo

sobre la empuñadura. Manaba sangre brillante de su cadera, pero no emitió sonido alguno, salvo el de roncas aspiraciones con las que trataba de tragar aliento.

Se tambaleó; los nudillos de las manos con las que se aferraba al puño de la espada palidecieron; se le iban las fuerzas. Un par de camaradas mercenarios —con los limosneros repletos de monedas que acababan de ganar— se apresuraron a prestarle sus hombros. Los ojos del joven brillaron salvajemente —pues aún tenía en el corazón el furor de la pelea—, pero se apaciguó al reconocer a sus compañeros. Se apoyó en ellos, al tiempo que un tercer soldado sacaba un jirón de venda y trataba de atajarle el flujo de sangre que le manaba de la cadera.

El tumulto, de súbito, cesó con espanto. Los soldados se apresuraron a pagar sus apuestas, e, inquietos, fueron con sigilo hacia las salidas. Un débil murmullo se difundió por el barracón:

—¡El general Korst!

El joven alzó la cabeza, y echó una hostil mirada al ver que el corro se dispersaba.

Seguido por algunos de sus oficiales, el comandante supremo del ejército zingario, el propio general Korst, entró en el barracón. Korst era hombre de poca estatura, robusto, y su cabello negroazulado y constitución fornida atestiguaban la mezcla de sangre shemita con la de su padre zingario. Que el hijo de una puta del campamento y de un soldado zingario desconocido hubiera ascendido hasta el generalato del clasista ejército de Zíngara daba fe de la capacidad de Korst.

El general abrió mucho los ojos, luego los entrecerró, al tiempo que estudiaba el destripado cadáver. Pensativo, se acarició la muy cuidada barba.

—¡Ah, capitán Rinnova! ¿Así, por fin, se cruzó tu espada con la de alguien capaz de vencerte? Él no ha matado atravesando el corazón, cierto, pero, con todo, has muerto, a pesar de la tosquedad de tu asesino.

Miró al joven herido. Al encontrarse con los ojos imperturbables del general, los que lo sostenían trataron de apartarse. El joven se tambaleó al desaparecer sus amigos, pero logró permanecer erguido y devolver la mirada.

—¿Ha sido tu arma la que ha destripado al capitán Rinnova?

—Yo lo he matado, ciertamente —respondió el otro con un gruñido—. Y en justa lid. Pregunta a cualquiera de los que están aquí.

El general Korst asintió.

—Cuesta creer que alguien se haya enfrentado con la espada al capitán Rinnova y viva para jactarse de ello, y aún cuesta más si este es un mercenario bárbaro. Pero como tú mismo dices, todos pudieron verlo. ¿Cómo te llamas?

—Conan.

—¿Procedente de las tierras del bárbaro norte, supongo?

—Soy cimmerio.

—¿Cómo tiene esas heridas? —Lo había preguntado a los camaradas de Conan, que, nerviosos, trataban de escabullirse.

—Esos cortes de las costillas son leves; le ha atravesado claramente el brazo. Ha perdido mucha sangre por la herida de la cadera, pero la espada no le ha alcanzado la arteria principal.

—Bien —dijo el general Korst a sus hombres, al tiempo que asentía con la cabeza—. Vivirá lo suficiente para que podamos ahorcarlo. No me importa el motivo de la pendencia, Conan de Cimmeria, no se le permite a un mercenario que destripe a un oficial del Ejército Real de Zíngara.

Conan respondió con un rugido, se acercó a Korst con pasos vacilantes, y los Luchadores de este se interpusieron.

El bárbaro llegó a matar a dos antes de que todo el grupo se le arrojara encima y lo dejara inconsciente de un garrotazo.

—Perdemos un buen soldado —dijo Korst cuando se llevaban a Conan—. Pero estos bárbaros tienen que aprender disciplina.

1. El Patio de Baile

El sol matinal brillaba, brillaba demasiado para unos ojos que no habían visto otra luz que la de las antorchas de los guardias de la prisión durante incontables días. Más benigna hubiera sido una mañana gris, pero aquella no era una mañana de benignidad. La cuerda de prisioneros cerraba con fuerza los ojos para protegerlos del resplandor; iban sin ver, dando traspiés, hacia el cadalso que les aguardaba. Cuando hubieron cruzado el patio de la prisión, pudieron ver ya las narices curiosas y la eufórica multitud de espectadores.

Conan miró la horca de soslayo; de cara al sol de la mañana, vio a contraluz una soga negra, siete cuerdas de cáñamo que colgaban como mugrienta telaraña del travesaño. Le llegó a la nariz el punzante aroma de la carroña, que se desprendía de los cadáveres putrefactos de criminales ejecutados la semana anterior, a los que habían dejado colgar en el patíbulo hasta que siete nuevos compañeros fueran llevados a bailar con la muerte. El olor se mezclaba con la sudorosa fetidez de la muchedumbre expectante.

Una punta de alabarda se hincó en su espalda.

—¡Subid allí, carnada de cuervos! —bramaba uno de los guardias de la prisión.

Conan mascculló una obscenidad y siguió adelante, arrastrando los pies. Enmarañada la cabellera, sin haberse afeitado, entorpecido por los pesados hierros que le sujetaban por muñecas y tobillos, el cimmerio, sin embargo, andaba sin cojear. Durante el mes que había pasado en los calabozos de Kordava, sus heridas habían ido sanando, aunque más por su salvaje vitalidad que por los cuidados de sus guardias. Esa misma vitalidad le había permitido aguantar la degradación de la cautividad con el ánimo incólume, con la cabeza alta.

Como una bestia salvaje en cautiverio, Conan se había lamido las heridas, y había esperado la ocasión de huir de su jaula. Con sigilo, para que el ruido no alertara a sus guardias, había pasado las noches agazapado, frotando los eslabones de sus cadenas entre sí, y contra la piedra, en un intento de librarse de las pesadas anillas que le sujetaban manos y pies. En cuanto se hubiera liberado de sus grilletes, aún tendría que sortear los barrotes de hierro de la celda y la atenta vigilancia de los guardias. Con estos, ya se enfrentaría en su momento. Conan solo había pedido una ocasión de liberarse, de vengarse de sus carceleros; aunque fuera precaria. Pero la ocasión no llegó a presentarse. En aquel momento, mientras los compañeros de cautiverio andaban hacia el cadalso, la enfurecida mirada del cimmerio estudiaba la abarrotada plaza, y buscaba con desesperación en sus mientes algún medio para burlar en el último momento al verdugo.

El patio de la prisión —en Kordava lo llamaban el Patio de Baile — hedía por el gentío que se daba empellones en aquella mañana del día de mercado. Cada semana llegaban en manada a la capital de Zíngara desde las ciudades y pueblos e invadían el mercado con sus mercancías y sus gritos: productos de las granjas del interior, mercancías de los gremios urbanos, pescado, y exótica mercadería que llegaba por el Océano Occidental. ¿Qué mejor, para acrecentar el jolgorio de un día de mercadeo, que ofrecer gratuitamente el espectáculo de una ejecución en el Patio de Baile?

Un ondulado mar de apretujados cuerpos, de rostros escrutadores; todos los ojos se volvían hacia los siete condenados que andaban penosamente entre el apiñado gentío, hacia el cadalso. Siete hombres, que no parecían muy distintos de los centenares de camaradas suyos que habían ido allí a disfrutar de sus últimos momentos. Siete que danzarían para ellos. El gentío no se mostraba hostil para con aquellos hombres, pero tampoco comprensivo. Estaba expectante, impaciente por el espectáculo que iba a comenzar. La bestia no habría levantado sus mil brazos para salvar al condenado de su destino; en todo caso, habría aullado, encolerizada, si se le hubiera negado la prometida diversión.

Abriéndose paso entre la muchedumbre, los buhoneros y saltimbanquis pregonaban su mercancía. Más discretos con sus hurtos, los ladrones y rateros merodeaban cual chacales cautelosos.

Algunos braseros portátiles que echaban humo a causa de los espetones de carne y verdura que se acercaban a la parrilla… le recordaron a Conan que hacía un día que no comía.

—¡No desperdiciamos comida con la carnada del patíbulo! —le había dicho con sorna un guardia cuando, por la mañana, habían ido a su celda.

El guardia había tenido que pagarlo con un diente roto después que le quitaran a Conan los grilletes que lo mantenían sujeto a la pared.

Al instante, los mangos de las alabardas habían vapuleado al cimmerio hasta hacerle perder el sentido.

—¡Por eso —había dicho el guardia, al tiempo que le escupía a Conan, en la cara, sanguinolenta espuma— tendrás que esperar a ser el último! Verás como las otras ratas patean al extremo de la soga, y entonces te izaremos con calma para que puedas enseñarnos los nuevos pasos que hayas aprendido de tus camaradas.

Aquello, con todo, representaba una cierta victoria para el cimmerio. A los otros prisioneros les habían quitado las esposas, les habían puesto las manos a la espalda y se las habían atado con una cuerda. Los guardias, prudentes con el poderoso frenesí guerrero del bárbaro, prefirieron no correr el riesgo de quitárselas a él también, así que Conan anduvo hasta el patíbulo cargado de cadenas.

Con el estoicismo de un bárbaro, se resignaba a morir con dignidad si morir debía. Caminaría con resolución hacia la horca, puesto que no tenía otra alternativa que ir arrastrado. El que el vientre le gruñera por las penas del hambre fue solo un último ultraje después de muchos, y el cimmerio juró venganza en una hora en que la mayoría de hombres habría suplicado a sus dioses clemencia y perdón.

El hedor de la carroña se hacía más fuerte. Rígidamente tumbados en el suelo, delante del cadalso, siete cadáveres miraban hacia el cielo sin ojos en las cuencas. Los grajos habían hecho un buen festín con sus rostros, y ya no era posible reconocerlos. Como ya habían cumplido la sentencia de servir de ejemplo durante una semana para sus compañeros de depravación, habían bajado a los muertos de la soga y los habían tendido en el suelo para que se despidieran de la muchedumbre por última vez. Unos jornaleros los iban arrastrando uno a uno hasta un pequeño yunque, donde les

quitaban los grilletes de las piernas. No los necesitarían más, y quedaban otros a quienes habría que impedir que caminaran con libertad.

Con licencia del rey, los saltimbanquis podían vender amuletos y recuerdos de los muertos. Un puñado de niños peleaba y reía tontamente al pie del cadalso, y daba empujones en un intento de verlo mejor.

—¿Queréis rizos de un muerto, muchachas? —ofrecía un buhonero, al tiempo que sacaba un mechón y lo agitaba delante de ellas—. ¡Hará que los mozos os vayan detrás si os lo prendéis con un alfiler cerca del corazón!

Con agudas risas, los niños salieron corriendo y se pusieron a jugar al marro, alocadamente, entre los maderos del cadalso.

—¡La mano de un muerto! ¿Quién la va a comprar? —Con un solo hachazo obtuvo su mercancía—. ¡La mano de un asesino ahorcado! —gritaba el saltimbanqui, al tiempo que mantenía en alto el podrido puño—. ¡Grasa de cadáver para velas! ¿Alguien busca un tesoro escondido? ¡Este es el amuleto que necesita! ¿Quién me dará plata por encontrar oro?

—¡Simiente de un muerto! —gritaba otro, al tiempo que sostenía un pequeño frasco—. ¡La polución que tuvo al morir el famoso estuprador y asesino Vulosis! ¡La vitalidad de un joven semental ya es vuestra! ¡Señoras! ¡Vuestro hombre podrá volver a tener el vigor de un toro joven! ¡Simiente de un ahorcado! ¿Quién la va a comprar?

Entre todo aquello, los actores principales del espectáculo matinal iban avanzando con lentitud. Ante las alabardas de los guardias, la turba se dividía para dejarlos pasar. Un millar de rostros estiraba el cuello y se esforzaba por ver, examinaba a los siete actores en sus disfraces de harapos y cadenas. Los padres cargaban a hombros con sus hijos para que pudieran verlo mejor. Los recién llegados se abrían paso entre el gentío empleando hombros, codos y rodillas. Iban comiendo espetones de carne, y mendrugos de pan y fruta. Con los brazos oprimían junto al cuerpo sus fardos, bolsas y cestas. Cuando los condenados llegaron al cadalso, la pandilla de críos que allí jugueteaba se puso a gritar y bailar a su alrededor. Los buhoneros cesaron en su frenético pregoneo; se volvieron para contemplar el sórdido drama que

habían visto tantas veces ya en escena.

No era fácil subir los escalones del cadalso con grilletes en las piernas, pero los guardias los hostigaban con sus alabardas para apremiarlos. El que iba delante de Conan tropezó, y, con las manos atadas a la espalda, fue incapaz de sostenerse. La punta de una alabarda le aguijoneó mientras se esforzaba por levantarse. Conan, que tenía las manos esposadas delante del cuerpo, las estiró hasta donde lo permitía la cadena que las unía a los pies, cogió al hombre, de menor estatura que el bárbaro, por las espaldas del jubón y logró ponerlo en pie. Ignorando la brutalidad de los guardias y las risas del gentío, fueron todos a su lugar bajo el patíbulo.

—Gracias —murmuró maquinalmente el compañero. No parecía mayor que Conan; era un joven esbelto, de rasgos aristocráticos y febriles ojos oscuros.

—Pocas gracias puedes darme —indicó el cimmerio.

—Uno querría hacer esto con cierta dignidad —le respondió el otro, haciéndose eco de los pensamientos de Conan.

Este asintió con disgusto, al tiempo que miraba a otros que estaban al principio de la hilera: un hombre se había desmayado, y los guardias tenían que llevarlo; otro, deshecho en lágrimas, suplicaba misericordia a la burlona muchedumbre.

—Que quienes han de proseguir nuestro combate vean que no temblamos al dar la vida por la causa —concluyó.

Conan se preguntó a quién debían de dirigirse aquellas valientes palabras, y supuso que el joven estaría hablando para sí.

Se hallaban en un largo cadalso; los rostros de la multitud no les llegaban a los pies. Grandes maderos, a lado y lado, sostenían un largo travesaño, lo bastante robusto para sostener el peso de más de siete hombres. No había trampillas. Cada una de las sogas colgaba de un gancho de hierro puesto en lo alto, y tenía el otro cabo sujeto a un cabrestante. Los condenados no perdían pie de súbito, ni morían rápidamente por la fractura del cuello. Este era el Patio de Baile, donde los destinatarios de la justicia zingaria eran izados lentamente y se dejaba que se retorcieran y patearan hasta morir estrangulados.

Pasando a lo largo de la hilera de condenados, un carcelero iba colgando un rótulo al cuello de cada hombre. Cuando llegó hasta

Conan, tuvo buen cuidado de no ponerse al alcance de las esposadas manos del cimmerio.

El bárbaro frunció el ceño al ver el rótulo que le colocaban sobre el amplio pecho. Trató de leer las letras invertidas, pero, en todo caso, su capacidad para leer el zingario era dudosa.

—¿Qué dice? —preguntó a su compañero.

El delgado joven miró de reojo el rótulo con irónico interés.

—Dice: Conan. Amotinado. Felicidades.

—¿Qué dice el tuyo? —quiso saber Conan.

—En el mío se lee: Santiddio. Sedicioso. Los otros compañeros son ladrones varios, asesinos y editores.

—¿Editores?

—No, no lo decía por pura redundancia. Ese camarada del otro extremo tuvo la mala fortuna de publicar mi pequeño tratado político, el que tanto ha indignado a nuestro amado rey Rimanendo.

—¡Que a tu amado rey le contagie la sífilis uno de sus efebos! —rugió Conan—. Yo maté a un oficial en un duelo justo que él había solicitado, ¡y las leyes de Rimanendo dicen que eso es motín y asesinato!

—¡Ah! —La febril mirada de Santiddio lo estudió con súbito respeto—. ¡Eres tú el mercenario bárbaro que destripó al gallardo capitán Rinnova! Ese era el principal de los carniceros de Korst. Te estrecharía la mano si estas ataduras no me lo impidieran. Esta noche, el pueblo llorará la pérdida de dos héroes de su causa.

—¡Vosotros dos, dejad de charlar! —les advirtió un guardia, al tiempo que les ponía la soga al cuello—. ¡Dentro de poco, lamentaréis no haber ahorrado más aliento!

Conan pensó que la multitud no parecía estar llorando por nada. Estoicamente, miró más allá de la miasma de cadáveres. Iban estallando disputas y furiosas peleas a medida que los recién llegados se abrían paso hasta las primeras filas. Mirando sus caras hoscas y sus estropeados atuendos, Conan pensó que muchos de ellos habrían podido hallarse también en el cadalso. Se preguntó por la curiosidad morbosa que les impelía a contemplar la ejecución de sus camaradas en el bandidaje.

Los aplausos de la turba sacaron a Conan de sus meditaciones. Oculto por su máscara negra, el verdugo del rey subió al patíbulo y respondió a los vítores con una pomposa reverencia. Al tiempo que

andaba pavoneándose por el tablado, inspeccionó los preparativos que habían realizado sus ayudantes, con el aire serio del director que supervisa a los actores y el escenario antes de que suba el telón. Sonreía con elegancia, con el adecuado aire de fino aburrimiento. Era un toque profesional que, al parecer, daba confianza a los actores. Conan había visto ya la misma sonrisa un día en que el verdugo del rey había roto a un hombre en la rueda.

El áspero traqueteo de los trinquetes hizo que Conan mirara en derredor; al instante, el lazo de cáñamo que le rodeaba el cuello se le clavó en la carne. Bajo la supervisión del verdugo del rey, los guardias estaban ultimando los preparativos finales, estaban enrollando los siete cabrestantes para que cada uno de los condenados tuviera que ponerse de puntillas al extremo de la cuerda.

Pese a su exterior impasible, Conan peleaba por dentro con su desesperada situación. Hasta entonces, no había sido capaz de aceptar la realidad de los hechos. En todo momento había abrigado la falsa esperanza de poder huir, el persistente sentido de la justicia ultrajada que le decía que aquello no podía sucederle. Conan se había enfrentado a la muerte en incontables ocasiones desde su infancia en las salvajes tierras del norte. Siempre había logrado eludirla; sentía cierto desprecio por la muerte como adversaria. Cuando el lazo se le estrechó en torno al cuello, tuvo que combatir un acceso de desesperación. Había habido guerreros cimmerios que murieron sin un solo gemido en las estacas de tortura de los pictos, y Conan, por su parte, se mantenía erguido y miraba con callado menosprecio a la turba.

—En nombre de Su Majestad Real, el rey Rimanendo —proclamó el verdugo con gran entusiasmo de la muchedumbre—, ¡qué se cumpla la sentencia de su regio tribunal!

De pronto se hizo el silencio, y Conan alcanzó a percibir que la turba contenía el aliento… como lo contenía él mismo. Los que se hallaban en el cadalso parecían presa de irreal quietud.

Entonces se oyó el chirrido de los dientes del trinquete, pues el ejecutor le daba ya a la manivela del primer cabrestante. La soga fue arrollándose lentamente en torno al eje horizontal. Sin esfuerzo alguno, casi como por magia, el primero de los condenados se elevó del suelo, y quedó colgado del travesaño del patíbulo. Estiró el

cuello hasta lo imposible, le dio vueltas la cabeza, los ojos y la lengua parecieron saltarle de la congestionada faz, el cuerpo se le retorció, los hierros de las piernas tintinearon; empezó el primer baile.

Hubo un murmullo lleno de suspiros, luego un retumbo de cruel vocerío, como las olas que, susurrando sobre la arena, van a dar contra las rocas. Era el coro de la turba, que daba salida a su aliento y farfullaba gritos emocionados.

El segundo de la hilera se derrumbó, y pidió clemencia con frenéticos chillidos. La respiración de la muchedumbre ahogó sus gemidos, y entonces se oyó la risa estridente de la rueda del trinquete, y la soga le elevó a aquellos cielos que le ignoraban.

Arrancándose a su morbosa fascinación, que le obligaba a mirar a aquellos títeres que daban patadas, Conan volvió el rostro hacia la turba. A sus espaldas, el verdugo se arrastraba como una araña en su red, se movía entre las piezas de su aparato, disponía habilidosamente un trinquete, y luego se acercaba a otro cabrestante. Se oyó de nuevo el chirrido de los engranajes, y un tercer bailarín empezó a sacudirse en el aire.

Después morirían tres más. Y entonces…

Pero el Infierno no aguardaba. El Infierno había venido al Patio de Baile.

Al otro extremo de la plaza chillidos de dolor y pánico, agudos relinchos de caballos aterrorizados. Primero desde una, luego desde otra de las angostas calles que desembocaban en el patio de la prisión, llovieron trémulas llamas sobre la vociferante muchedumbre.

Conan, absorto en el verdugo que inexorablemente se le iba acercando, trató confusamente de entender la súbita explosión de violencia que había tenido lugar en la plaza. Dos carretas de heno, bien cargadas ambas con paja incendiada, iban repartiendo fuego por las calles adyacentes y en la atestada plaza, pues los aterrados caballos que tiraban de ellas se habían arrojado sobre las filas de los espectadores. Se alzaba humo negro de las turbias bolas de amarillenta incandescencia en que estaban sumergidos ambos carruajes —con una mirada, Conan supo que alguien había echado aceite a las pilas de heno antes de prenderles fuego—, al tiempo que las encendidas carretas se abrían paso cual cometas vengadores

entre las horrorizadas turbas que se hallaban en el Patio de Baile.

Con solo una mirada tuvo una idea clara de aquel caos, pero no alcanzaba a entender su súbito comienzo. Y mientras la aterrada muchedumbre corría en torno al patíbulo, y contemplaba boquiabierta el imprevisto horror que se había abatido sobre ella, otra explosión de violencia alcanzó al propio cadalso.

Por el rabillo del ojo, Conan vio una mancha de acero que salía de la mano de uno de los que hacía un momento se habían apiñado en torno al patíbulo. El verdugo, que en aquel momento estaba trabajando con el cabrestante de la cuarta víctima, se puso en pie y miró estúpidamente el tumulto que había estallado en la plaza. La daga arrojadiza de pesada hoja le dio de lleno en el pecho; su empuñadura carmesí parecía una flor que se le hubiera abierto sobre la túnica de terciopelo negro.

Abatido por el impacto, el verdugo siguió agarrando en plena agonía la manivela del cabrestante. Los espasmos de muerte y el chirrido del trinquete se entremezclaron; el peso del caído cuerpo había activado el mecanismo, y el condenado ya no pudo llegar con los pies al suelo del cadalso. Así, el verdugo del rey Rimanendo siguió cumpliendo con su oficio aun cuando la muerte vino a buscarlo.

El hombre de la horca vecina a la de Conan fue el primero en recobrarse de su asombro.

—¡Mordermi! ¡Mordermi! —rugió con alegría—. ¡Mordermi, maldito canalla, te adoro!

—¿Qué ocurre, Santiddio? —preguntó Conan, al tiempo que estallaba un tumulto delante del cadalso.

—¡Es Mordermi! ¡Estos son los hombres de Mordermi! —gritaba Santiddio mientras trataba de librarse del lazo—. ¡Sandokazi lo ha convencido!

Conan sabía de Mordermi que este era el más bravo canalla entre la no pequeña chusma de los criminales de Kordava, pero las otras gozosas exclamaciones de Santiddio escapaban a su comprensión. Le bastaba a Conan con entender que se estaba perpetrando un desesperado intento de liberar a los condenados —si bien llegaba algo tarde—, y las razones que lo habían motivado poco le importaban.

El lazo le mordía la garganta. Antes, el verdugo había izado

ligeramente las cuerdas para obligarlos a ponerse de puntillas. Era un refinado truco que impedía que algún frenético prisionero pudiera librarse de la soga y dar un fútil salto hacia la muchedumbre. Conan comprendió que, a menos que otra mano lo liberara del lazo, tendría que seguir de pie, indefenso, bajo el patíbulo, hasta que la pelea llegara donde él estaba.

Tenía las manos encadenadas delante del pecho, pero el tramo de cadena que unía los grilletes de las manos y los de los pies le impedía levantar aquellas más arriba de la cintura. Desesperado, forzó sus poderosos músculos en un intento de romper los eslabones, limados en parte. Cada uno de sus intentos era detenido al instante por el lazo, que asfixiaba al cimmerio hasta casi dejarlo inconsciente, mientras este, obstinado, seguía haciendo fuerza contra las pesadas cadenas.

Al relajar los músculos para tomar aliento, Conan pudo ver bien la pelea que tenía lugar en el patio de la cárcel. Por un momento se le nubló la vista; le palpitaba dolorosamente porque la sangre no le llegaba bien a la cabeza. A su lado, Santiddio bailaba de puntillas y aullaba como un loco. Evidentemente, un rescate no exigía la misma elevada dignidad que una ejecución.

Por toda la plaza, la muchedumbre corría en tropel y se enfurecía en irracional pánico, tratando de escapar de la frenética carga de los aterrorizados caballos de tiro, y de su imparable incendio. Enloquecidas por el dolor y el miedo, las bestias solo podían seguir avanzando desesperadamente en su intento de dejar atrás la pira ardiente que las perseguía, sin prestar atención a las vociferantes masas de humanidad que eran destrozadas bajo sus pezuñas. Impotente a causa de los millares de hombres y mujeres atacados por el pánico, la multitud corrió hacia los remotos callejones con el ciego ímpetu de una decapitada pitón, y pisoteó a docenas de los menos ágiles en su frenesí por huir. Contenidos por el empuje de la histérica turba, los refuerzos de la prisión se veían incapaces de abrirse paso por el Patio de Baile.

Bajo el cadalso, los forajidos de Mordermi peleaban en incierta batalla con los guardias que habían sido apostados allí para la ejecución. La sorpresa y la confusión iniciales dieron ventaja a los atacantes. Conan juzgó que debían de ser una veintena; en el caos que se había producido, era imposible saberlo con certeza. El que

una fuerza organizada tuviera la temeridad, por no decir motivos, para tratar de rescatar a los criminales comunes del público patíbulo era una eventualidad que los oficiales de la prisión habrían juzgado absurda. En aquel momento, mientras los asediados guardias empuñaban las alabardas en frenética defensa contra el inesperado asalto, una fuerza de reserva necesitaría cierto tiempo para abrirse paso por entre las empavorecidas turbas.

De espaldas al cadalso, lo que quedaba de la guardia se enfrentó a espadas y dagas con sus alabardas de largo astil. Sobre el cadalso, tres cuerpos se mecían perezosamente, un cuarto daba frenéticas patadas a una pulgada por encima de la plataforma, y el cadáver del verdugo miraba a los tres hombres que aguardaban, sujetos por sus sogas de cáñamo. El ataque inicial había espantado del cadalso a todos los demás.

Uno de los atacantes se abrió paso por entre el vacilante círculo de guardias, subió corriendo por los escalones del patíbulo hasta los indefensos cautivos. Santiddio gritó un vítor, y luego profirió una maldición, impotente, pues una alabarda que había arrojado uno de los que tomaban parte en la lucha fue a herirle en mitad de la pantorrilla. Gritando, el herido cayó rodando por los escalones, de nuevo hacia el tumulto.

—¡Santiddio! —gritó Conan—. ¡Tiende los brazos hacia mí!

A pesar de su nerviosismo, Santiddio lo comprendió al instante. Dándole la espalda a Conan, tendió sus atadas muñecas hacia los esposados puños del cimmerio. Tensando las sogas hasta donde pudieron, lograron juntar las manos. Forzando las quijadas contra la dolorosísima asfixia que le producía el lazo, Conan logró cortar los nudos que sujetaban las manos del otro. Eran sólidos, la cuerda apretaba hasta el punto de hacerle cortes en las muñecas a Santiddio. Conan profirió una maldición y se rompió las uñas tratando de deshacerlos. Las sienes le palpitaban a causa de la congestión de la sangre.

Un airado grito alcanzó la consciencia de Conan y le hizo salir de su maníaca concentración en los nudos.

—¡Matad a los prisioneros! ¡Matad a los prisioneros!

Fuera para frustrar el intento de rescate, o para lograr que se retiraran los rescatadores, la orden había sido dada. Tras haber logrado salir del tumulto, un guardia salpicado de sangre se

encaramó al cadalso. Uno de los asaltantes agarró a este por las piernas cuando alcanzaba ya el borde de la tarima, y trepó a su vez al patíbulo. El guardia soltó su alabarda al enzarzarse en pelea con el otro. Ambos, como una agitada masa, rodaron por las tablas de madera, tratando de acuchillarse.

Conan aún clavaba en los tenaces nudos sus uñas sangrantes, y terminó por poder deshacerlos. Con salvaje esfuerzo, metió los dedos entre las cuerdas y logró separar las ataduras de la lívida carne.

Santiddio aulló, y se quitó con rapidez las ataduras ya deshechas. Al instante, el esbelto joven agarró la soga de cáñamo y trepó por esta. Al hacerlo, se aflojó el lazo del cuello y, después de frenéticos esfuerzos, logró quitárselo y volvió a saltar sobre la tarima.

—¡Libérame! —gritó Conan.

En los segundos que habían transcurrido, el guardia había acabado con su oponente, y se abalanzaba sobre ellos con la alabarda en ristre. Santiddio habría podido saltar fácilmente del cadalso y desaparecer entre la tumultuosa refriega que se había adueñado de la plaza. Conan no le habría culpado por ello, tampoco se lo habría perdonado.

Pero Santiddio corrió al lado del cimmerio, dándole la espalda al guardia que se acercaba a la carrera.

—¡Aflójame la soga! —gritó Conan.

El bárbaro se puso de puntillas, y Santiddio se esforzó por aflojar el lazo con rapidez y pasarlo por el mentón del cimmerio.

El guardia pasó de largo ante el tercer prisionero sobreviviente, con la intención de ensartar al liberado Santiddio. El otro condenado adelantó el pie y le echó la zancadilla al confiado guardia. Este tropezó, se volvió, y clavó la punta de su alabarda en el pecho del hombre indefenso.

Con esto ganaron los otros tan solo unos instantes, pero bastaron para que Santiddio pasara la soga de cáñamo por las quijadas de Conan. Sin prestar atención a los cardenales que se hacía en la piel, el bárbaro acabó de quitarse el lazo de la cabeza.

Presa de frenesí, Santiddio se arrojó contra el guardia —Conan pensó en un gato callejero que hubiera atacado a un perro adiestrado—, y le agarró el astil de la alabarda mientras el otro

extraía la punta del costillar donde la había clavado, y se volvía al fin para hacerle frente. El guardia no se molestó en forzar al débil Santiddio a soltar el arma, ni en emplearla contra este, sino que, membrudo como era, lo arrolló sin más y lo tumbó en el suelo de la tarima. A horcajadas sobre el pecho del joven, el guardia le apretaba la garganta a Santiddio con el astil de la alabarda, y aplicaba fuerza suficiente para matarlo, pese a la frenética resistencia del otro.

Aunque libre de la soga, Conan no podía tenerse aún por verdaderamente libre. Sabía que, mientras las cadenas de la prisión lo entorpecieran, no tendría posibilidad de escapar de los guardias. Al mismo tiempo que Santiddio caía, otro guardia se apartó de la dura contienda que tenía lugar al pie del cadalso para ir a unirse a su camarada en su labor de acabar con los presos.

Conan empleó cada onza de su gran fuerza contra las cadenas de hierro, obligó a sus piernas y hombros a aplicar la máxima tensión a la cadena que le unía muñecas y tobillos. Grandes masas de músculo le destacaban en el torso desnudo y en los hombros, abultaban en sus andrajosos pantalones de cuero. Los grilletes de hierro se clavaban en sus muñecas y tobillos, machacaban la carne contra el hueso. Le brotaron brillantes reguerillos de sangre de la destrozada piel, diluidos en el reluciente sudor que rezumaban sus esforzadas carnes. Los pasos del guardia que se acercaba a la carrera le llegaron al cerebro, pero débilmente, a través del lacerante pálpito de su corazón.

Músculo contra hierro… la inaguantable tensión había de acabar por romper uno u otro. El hierro fue más débil.

Un eslabón de cadena, erosionado por horas de sigiloso desgaste contra el eslabón siguiente, se partió con violencia. Conan levantó las muñecas por el mismo impulso, y estas seguían encadenadas entre sí. Para su disgusto, se apercibió de que solo la cadena que le unía las muñecas con los tobillos se había roto, de que, entre sí, las muñecas y los tobillos seguían encadenados.

Le bastaría para salvar la vida. Cuando el segundo guardia se abalanzó sobre sus espaldas, Conan se volvió y retrocedió, y blandió la cadena que le colgaba de las muñecas como si de un azote se hubiera tratado. La cadena golpeó en el rostro al sorprendido guardia, le hirió los ojos y le aplastó el delgado hueso de las

cuencas. El guardia aulló y cayó del cadalso.

Con rápido salto, Conan se arrojó sobre el otro guardia, que estaba ocupado estrangulando a Santiddio y no se apercibió de la súbita amenaza. En un instante, Conan arrolló la cadena de sus muñecas en torno al robusto cuello del otro. Tras apoyar una rodilla en la espalda del hombre, Conan tiró salvajemente. La cabeza del guardia estuvo a punto de caer de sus destrozadas vértebras.

Santiddio, que estaba lívido y boqueaba para tomar aliento, logró quitarse de encima el astil de la alabarda. Conan le puso en pie, y lo sostuvo hasta que sus rodillas hubieron recobrado fuerzas. En una rápida ojeada, pudo ver que el patio de la prisión se vaciaba. Una compañía de guardias se abría paso por la plaza, contra el menguante empuje de la multitud. Cerca del cadalso, los pocos guardias que quedaban tan solo se preocupaban por seguir vivos hasta que llegaran refuerzos, mientras que los rescatadores se mostraban cada vez más propensos a retirarse y desaparecer entre el gentío.

Cuando la plaza empezó a vaciarse, una pequeña banda de jinetes se abrió paso violentamente entre la masa humana. Llevaban otras monturas con la silla vacía, y Conan vio que se acercaban al patíbulo. Sus estruendosos cascos forzaban a la multitud cada vez más menguada a apartarse, y de nada se ocupaba la turba salvo de ponerse a salvo.

—¡Es Mordermi! —graznó Santiddio, aún medio asfixiado—. ¡Mitra! ¡Y la que cabalga a su lado es Sandokazi! ¡Nos han traído monturas! ¡Podremos huir!

—Si llegan hasta aquí antes de que la guardia se reagrupe —bramó Conan.

Recogió la caída alabarda, la agarró con fuerza por el astil y, con todas sus fuerzas, golpeó con esta contra la cadena que le unía las piernas. El hacha de la alabarda se hundió en un eslabón. Conan repitió certeramente el golpe. El eslabón se rompió, y sus piernas quedaron libres.

Conan gruñó, satisfecho. Apoyando el arma en tierra, sujetó el astil entre ambas piernas, y luego pasó la punta de la alabarda entre uno de los gastados eslabones de las cadenas que le sujetaban las muñecas.

Apalancándose, tiró hacia atrás con los brazos y oprimió el

eslabón de la cadena contra la punta de acero. Por un momento, pareció que esta había de romperse. Entonces, la soldadura cedió y el eslabón se partió.

Con áspera risa, Conan alzó sus muñecas ya libres, blandiendo la alabarda.

—¡Mandadnos al nuevo verdugo, manada de chacales aulladores! ¡Lo colgaré de sus propias entrañas!

No quedaba ningún guardia que pudiera responder a su desafío.

—¡Santiddio!

Conan dio un salto. Era una voz de mujer la que saludaba a su camarada. Su cabello, una bandera negra bajo un rojo pañuelo; iba al frente de la cuadrilla montada que cabalgaba hacia ellos, abriéndose paso entre los rezagados de la turba.

—¡Sandokazi! ¡Lo has logrado! —Santiddio se regocijó cuando los otros tiraron de la brida frente al patíbulo.

—¡Apresuraos! ¡Los otros nos darán alcance en un momento! ¡Cuando la plaza se vacíe, no dudarán en enviar a los arqueros!

Esto último lo había gritado el cabecilla de los forajidos; Conan supuso que se trataba de Mordermi, por las descripciones que había oído del infame villano. Este vio los cinco cuerpos que allí se mecían y profirió un juramento.

—¡Por Mitra! ¡De poco te ha ido, amigo mío!

—¡Vamos, Conan! —gritó Santiddio—. ¡Tenemos un caballo para ti!

La nueva fuerza de guardias había de tardar solo unos momentos. Conan no necesitó una segunda invitación. Subió de un salto a la silla que le ofrecían, y se unió a la tumultuosa carga, que atravesó de nuevo el Patio de Baile hacia las tortuosas calles.

2. La Fosa

Aunque no habían pasado muchos años desde que Conan abandonara los salvajes altozanos de su nativa Cimmeria para ir al sur, había vivido, y sobrevivido a más aventuras que muchos canallas sin hogar que le doblaban la edad. El joven bárbaro había visitado muchas de las grandes ciudades de los reinos hiborios, y conocía algunos de los más notorios antros y madrigueras de criminales que allí podían encontrarse. Había hecho de ladrón en el Mazo de Zamora, y en aquel lugar había aprendido las artes que habían de convertirle en uno de los más osados ladrones del Laberinto. Pero la Fosa de Kordava no tenía par entre las más infames guaridas de ladrones que mancillaban las más importantes ciudades hiborias.

En otro siglo, los terremotos e incendios habían arrasado buena parte de Kordava, y una parte de su costa se había hundido en el mar. Los primeros temblores habían provocado que la mayoría de sus habitantes huyera ante la devastación que iba a producirse, por lo que se habían salvado muchas vidas. Como había decenas de millares que se habían quedado sin hogar, y la ciudad estaba en ruinas, se construyó apresuradamente una nueva urbe sobre el roto cuerpo de la antigua. Donde la destrucción era más grande, algunos barrios de Kordava habían sido simplemente abandonados bajo los escombros —era más fácil cubrir la devastación que acarrear con tanta piedra—, y nuevas calles y edificios fueron erigidos sobre las enterradas ruinas.

En su desesperada necesidad de guarecerse, muchos de los moradores de Kordava no habían aguardado a que se construyera la nueva ciudad, y habían escarbado bajo los escombros, se habían hecho madrigueras en las bodegas y las murallas caídas de la ciudad antigua. El peligro de morir enterrados había sido desdeñado por el

señuelo de un lugar donde vivir, y de encontrar un valioso botín bajo las ruinas. Alargaron los túneles, vaciaron de escombros las antiguas calles y las apuntalaron, hallaron bodegas y edificios y los techaron de nuevo. A medida que pasaron los años, y una nueva Kordava cubrió los restos de la antigua, la vieja ciudad royó sus cimientos como un cáncer; renacía lentamente, como subterránea madriguera para los más pobres y los proscritos de la sociedad kordavana.

Desde sus primeros días, este distrito había sido conocido como la Fosa. El nombre resultaba tan apropiado como inevitable. A la Fosa iban a establecerse las heces de la plebe de Kordava: los pobres y los rechazados, los rotos y los degenerados, los que hacían rapiña en el poderoso y en el miserable. Criminales de toda suerte andaban con insolencia por las calles eternamente oscuras; la guardia de la ciudad no osaba entrar en la Fosa, pues no hubieran podido hallar al hombre que buscaran en las laberínticas vías de la ciudad enterrada. Los marineros libres y los soldados que habían cobrado su paga iban a pavonearse allí, en busca de cualquier especie de entretenimiento o vicio que les pidieran sus gustos, pues, en todo el Océano Occidental, no había tugurios de puerto con tan especiosa reputación. Se decía que en ningún panteón podía hallarse un infierno poblado de demonios y malditos más depravados que quienes moraban en la Fosa. El humor zingario solía complacerse en alguna ocurrencia más maliciosa, e igualmente apropiada. Conan había visitado la Fosa solo una vez en el curso de su breve carrera en el ejército zingario. El hecho de que regresara con tan solo una mala resaca y la bolsa algo aligerada por su propia liberalidad decía mucho de su fuste.

Aquel día, Conan regresó a la Fosa, osadamente, en un caballo enjabonado, con sus nuevos compañeros, por uno de los numerosos pasajes que llevaban a las enterradas calles de la ciudad antigua. Con una dura cabalgada desde la zona del Patio de Baile habían dejado atrás toda persecución, y nadie, en las abarrotadas calles del Día de Mercado, iba a impedirles que pasaran. En cuanto hubieran llegado a la Fosa, un millar de guardias saldrían en busca de Mordermi, y más difícil les sería hallarlo que cazar una risa al vuelo.

Era media mañana, y pálidos rayos de luz se colaban por los

tragaluces y pozos de ventilación, para añadirse a la infrecuente iluminación del alumbrado público. En aquella hora, las calles de la Fosa estaban desiertas, en contraste con las de la ciudad. Pues la Fosa era un reino de la noche, así como sus moradores eran criaturas de la noche.

Unas pocas vinaterías y burdeles seguían abiertos; las putas de rostro fatigado holgazaneaban a sus puertas, atentas a cualquier palurdo que, visitando la ciudad en día de mercado, viniera temprano a probar los placeres prohibidos de la ciudad. Las antorchas del alumbrado público, a las que se dejaba arder en la perpetua penumbra, arrojaban su luz amarillenta sobre pavimento sucio. Casas de opio y antros de juego procuraban por los sueños de sus adictos. Tras las cerradas ventanas de los burdeles, sus ocupantes aprovechaban los jergones para dormir. En cuartos clandestinos, los ladrones y asesinos dormitaban con los remordimientos que pudieran llegar a tener. Frente a la puerta atrancada del tugurio donde Conan la había visto actuar en el escenario con un enano kushita, una niña de seis años, fatigada, echaba agua sucia al desagüe.

Arquitectónicamente —aunque poco importaran a Conan tales consideraciones— la Fosa era un museo viviente. Un anticuario habría advertido con gran entusiasmo el estuco de las fachadas y las elaboradas verjas de otras épocas, las adornadas ventanas de vidrio de color, y los cristales pintados con rombos del alumbrado público, que aquí y allá habían escapado a la destrucción. Conan solo veía sucia desolación, y pobres esfuerzos por reparar estructuras ruinosas que más habría valido dejar que se desmoronaran. Los tragaluces apenas si alcanzaban a convertir la penumbra en variados matices de sombra. Los pozos de ventilación no bastaban para dar salida al dañoso miasma de humo y corrupción y miseria humana.

Un piso o dos más arriba, el omnipresente techo se cernía cual firmamento hollinoso y vacío de estrellas, que soportaba y sostenía el mundo de la luz diurna que irreflexivamente se agitaba arriba. Extrañamente truncados, los edificios de la ciudad antigua, restaurados en parte, habían sido olvidados bajo el suelo de la ciudad nueva. Como una sutil metástasis, algunas de aquellas estructuras renovadas iban a dar en las bodegas de las casas de la ciudad nueva; algunas otras tenían sus bodegas propias, que se

hundían en profundidades secretas del subsuelo de la antigua. Las vigas en que se apoyaban los edificios de arriba se hundían en la Fosa como enormes columnas, como raíces que penetran en el corredor de una tumba subterránea. Sí, la Fosa le parecía a Conan una enorme catacumba, una catacumba para los vivos.

El cimmerio había hablado poco con sus compañeros durante la huida. No habían tenido tiempo para hablar en su loco galope por las tortuosas calles y los callejones de Kordava. Santiddio había abogado por él, y Mordermi y la media docena de hombres que cabalgaban a su lado habían aceptado su presencia sin más comentarios. El mismo Santiddio estaba muy ocupado, charlando con Sandokazi y Mordermi, como para dedicarle a Conan un pensamiento. Por el momento, el bárbaro estaba satisfecho con poner tierra entre la matanza que había tenido lugar en el Patio de Baile y él mismo. Sin duda, Santiddio se hallaba entre amigos en aquel lugar. El enigma de la alianza entre un dotado intelectual y el más notorio forajido de Kordava preocupaba menos a Conan que el problema de conseguir pasaje en el primer bajel que hubiera de zarpar hacia riberas más amistosas.

Entraron por una angosta calle llena de tiendas —por las ventanas y puertas entabladas, daban la impresión de prolongado abandono—, que acababa en un muro de ladrillo. Mordermi y sus hombres cabalgaron hacia la barrera, como si el único obstáculo a su paso hubiera sido una sombra, por lo que Conan no se sorprendió cuando una sección del muro se hundió en tierra y apareció la entrada de un corredor. En cuanto hubieron entrado, la pared se cerró de nuevo. Conan oyó rechinar débilmente los engranajes y contrapesos de la oculta maquinaria.

Conan llegó a la conclusión de que aquel muro debía de haber cerrado el jardín y los terrenos de una rica propiedad. Bajo las pezuñas de los caballos, los mosaicos del enlosado mostraban borrosas visiones de ninfas del mar y delfines en sus cabriolas, llenos de mugre. Algunos escombros cubrían el fango seco de antiguos parterres de flores, y había una fuente de jardín enterrada bajo desechos. Columnas de ladrillo se apiñaban cual lóbrego bosque para sostener el abovedado techo, donde el nitro y el hollín reemplazaban a nubes y estrellas. De algún lugar cercano llegaba el aroma del yodo marino.

Más adelante se agazapaban las ruinas de la que había sido una de las más orgullosas mansiones de la ciudad. Sus enormes muros tenían dos pisos, o más, y se terminaban por arriba en el techo; tosco ladrillo se añadía al estuco original, y Conan adivinó que aquel edificio debía de ser uno de los que asomaban inocentemente a las calles de la ciudad nueva. Sus ventanas guarnecidas con diamantes brillaban, y el fulgor de las antorchas le reveló un gran revoltijo de barriles, fardos y montones de mercaderías robadas, que se amontonaban cerca de sus muros y dependencias exteriores.

Una veintena de hombres, todos ellos pesadamente armados, holgazaneaban por el recinto. Otros parecidos salieron pavoneándose de la mansión, y gritaron roncos saludos. Unos niños vinieron corriendo de detrás de los pilares de ladrillo y de la estatuaria rota, gritando de emoción. Algunas mujerucas desaliñadas se asomaron a las ventanas y les silbaron. Devolviéndoles el aplauso, Mordermi y sus hombres fueron desmontando, y entregaron las riendas a sus compañeros.

Conan hizo lo mismo; sentía el escrutinio de ojos suspicaces.

Mordermi alzó los brazos en un gesto grandioso, imponiendo sus gritos a la avalancha de preguntas.

—¡Prestad atención, gentiles señores! ¡Prestad atención, por favor! Como ya sabéis, había partido esta mañana radiante para robar un pájaro de las horcas del rey Rimanendo. Bien, pues. Hoy, el rey Rimanendo ha sido generoso… me ha dado dos pájaros de su pajarera real. No solo nos ha devuelto a nuestro erudito hermano, Santiddio, el príncipe de los dialécticos…

Entonces, las befas y rechiflas le impidieron proseguir. Santiddio hizo una profunda reverencia.

—No solamente Santiddio —siguió diciendo Mordermi—. Nuestro gracioso rey nos ha ofrecido al preclaro duelista y amotinado Conan de Cimmeria, miembro hasta hace poco de las compañías mercenarias de Zíngara, ¡y asesino del no muy llorado capitán Rinnova!

Hubo un instante de silencio mientras asimilaban la grandilocuencia de Mordermi; entonces, estallaron en tumultuosos vítores y aplausos. Los hombres gritaban sus enhorabuenas, y observaban a Conan con interés; unos pocos se acercaron a aporrearle el hombro y a estrecharle la mano. Conan aceptó su

rudeza con campechanía; aquellos eran hombres de una índole que conocía y apreciaba.

Sintió un esbelto movimiento, y Sandokazi lo abrazó. Su beso fue tan cálido como inesperado. Con la misma rapidez, volvió a alejarse de él.

—He visto lo que hiciste ahí —le dijo Sandokazi a Conan—. Santiddio es hermano mío. No lo olvidaré.

Entonces, Mordermi se interpuso entre ambos.

—Y bien, Conan —hablaba con tono ligero, pero había cierta hostilidad en su sonrisa—. Si ya has terminado de besar a mi moza, podrías pensar en irte quitando toda esa quincalla que llevas puesta.

3. La Rosa Blanca

Se elevó una nube de vapor, pues la muchacha acababa de verter otra olla de agua hirviendo en el baño. Conan, que apenas si tenía sitio para moverse en la cuba de madera, no pudo esquivar el chorro, profirió una maldición con la boca llena de vino, y golpeó a la chica con el pollo que sostenía en la mano. Esta —Conan ya no recordaba el nombre— rio bastamente, y se arrodilló para frotarle la espalda con una esponja y con el jabón de olor sulfuroso que Santiddio aseguraba que había de matarle los piojos de la cárcel. Sus ligeras enaguas de algodón, húmedas y pegadas a la piel, dejaban entrever un cuerpo generoso. Conan, con la jarra de vino en una mano y un pollo a medio cocinar en la otra, sufrió con aplomo sus servicios.

Uno de los hombres de Mordermi había quebrado ya las cadenas del cimmerio. En una estancia de paredes de roble, en el cubil de Mordermi, Conan y Santiddio trataban de quitarse de encima la porquería que habían acumulado en los rigores de la prisión. Putas sonrientes los atendían, y el cuarto lleno de vapor había adoptado el aspecto de un baño público. Conan, impaciente por llenar su quejumbroso vientre, no vio razón para esperar más antes de comer.

Santiddio, que estaba a su lado en otra cuba, no parecía sentir hambre ni sed. Mientras se restregaba enérgicamente los huesudos costados, hablaba sin cesar, contaba con detalles los ultrajes de su arresto y sus prisiones —evidentemente, no hubo juicio—, y la lucha al pie del patíbulo. Mordermi le escuchaba educadamente, y de vez en cuando le hacía alguna pregunta.

Sandokazi, con regocijo en sus ojos negros, prestaba más atención a Conan.

Cuando estaba al lado de su hermano, la semejanza entre ambos era obvia. Había similitudes faciales en el pronunciado mentón, en

la nariz respingona, en la boca sensual y en los ojos brillantes, casi demasiado grandes. Sandokazi tenía el característico cutis oscuro de los zingarios, y los espesos rizos de cabello negro y brillante, mal recogido con un pañuelo rojo. Era alta como su hermano, esbelta, y tenía largas piernas. Cubrían su bien desarrollado cuerpo una blusa escotada, de muselina sin blanquear, un ajustado corpiño de cuero, y una falda ancha, bordada, que le llegaba a la pantorrilla. Su edad se acercaba tanto a la de Santiddio, que Conan no hubiera podido decir cuál de los dos era el mayor.

Mordermi era más joven de lo que había esperado Conan; probablemente, solo aventajaba a este en unos pocos años. Medía una cabeza menos que el corpulento cimmerio, pese a las botas de tacón alto que le gustaba llevar. El príncipe de los ladrones de Kordava tenía reputación de ser un oponente peligroso, tanto en combate singular como en la refriega, y Conan reconocía el carácter mortífero de la pantera en su cuerpo de compacto músculo. Tenía la mandíbula cuadrada, y una nariz que parecía que le hubieran roto por lo menos en una ocasión. Mantenía el rostro alerta: traspasaba con los ojos a aquel a quien observaba, y borraba de estos toda expresión cuando el otro le devolvía la mirada.

También tenía la oscura tez zingaria, y la masa aceitosa de rizos negros, que él impedía que le estorbara el rostro con un pañuelo rojo igual que el de Sandokazi. Conan hallaba algo cursis su fino bigote y sus pendientes de oro, pero en todo caso las formas de vestir de Zíngara no solían gustar a los cimmerios. Por sus trusas, y el filigranado jubón de terciopelo oscuro, Mordermi bien habría podido parecer un príncipe de la nobleza, en vez de príncipe de canallas. No había nada afeminado en el estoque de doble filo ni en la daga con gavilanes que llevaba en el esbelto talle.

Conan apuró la jarra, y su tetuda sirvienta se apresuró a llenarla de nuevo. El pollo estaba duro y poco hecho, pero Conan tenía demasiada hambre como para que le importase. Al tiempo que disfrutaba del agua caliente, roía con deleite la fibrosa carne y escupía al suelo los huesos más grandes. Tenía buenas llagas en las muñecas y los tobillos, por donde habían sido rotos los grilletes. Conan miró las marcas con fruncido ceño y tomó nota para sus adentros de que debía tener cubiertas las magulladuras hasta que se hubieran curado, pues señales como aquellas delataban a los

fugitivos.

La pregunta de Mordermi le reveló que este había estado atento a la mirada del cimmerio y había adivinado sus pensamientos:

—¿Qué vas a hacer ahora, Conan?

—Me iré de Kordava —dijo el bárbaro. Aparte de marcharse, poco más había pensado—. Buscaré pasaje en algún barco, o quizá me colaré por las murallas, huiré al traspaís, y de allí a Aquilonia o Argos.

Mordermi negó con la cabeza.

—No es buena idea. Ellos esperan que hagas lo que acabas de decir. Vigilarán el puerto. Doblarán la guardia en los muros de la ciudad, y enviarán mensajeros a la frontera. Después de lo ocurrido en el Patio de Baile, Rimanendo ordenará capturaros a ti y a Santiddio a cualquier precio. Korst no es necio, y con tus pintas pasarás tan desapercibido como un elefante vendhio en un palomar.

—Más motivo para largarme de Zíngara —insistió Conan—. Los yermos pictos empiezan en el río Negro, y es bastante posible que Korst no vigile mucho esa frontera.

—Con buena razón —replicó Mordermi—. Ningún hombre blanco ha cruzado jamás los yermos pictos.

—¿Es que quieres darle lecciones sobre los pictos a un cimmerio? —le preguntó Conan cáusticamente. Mordermi se sonrió de la pulla.

—¿Por qué no te quedas aquí? En ningún lugar estarás tan a salvo como en la Fosa. Por Mitra, la mitad de mis hombres tendrían que darse al baile si pasaran por la audiencia de un magistrado. Korst les conoce el rostro, y sabe dónde encontrarlos, pero no se atreve a venir a buscarlos a la Fosa.

—¿Después de este día? —le dijo Santiddio—. Le hemos arruinado la digestión a Rimanendo, créeme. A menudo me he preguntado si actuaría con grandes fuerzas contra la Fosa si le provocábamos lo bastante.

—Bien, pues, que actúe contra nosotros. Que nos sellen mil salidas; podremos salir por otras mil. Que registren mil bodegas; nos estaremos riendo de ellos en otros mil escondrijos que ni siquiera imaginan. Si conozco bien a Korst, pagará asesinos para que te busquen, y juzgará oportuno delegar en otros las responsabilidades que le competen en este asunto. Podremos ocuparnos de esos

asesinos. ¿A ti te dan miedo los asesinos, Conan?

Conan arrancó la cabeza del pollo de un mordisco, y sonrió al tiempo que los huesos crujían en su boca. Mordermi gruñó.

—Bien, pues, quedamos así. Aguarda aquí mientras los necios de Rimanendo esperen a que huyas. Soy buen juez de hombres. Allá, en el cadalso, he visto lo que puedes hacer. Además, el hombre que pudo matar a Rinnova en justa lid no debe de tener solo agallas y músculo. Puedo darte trabajo, Conan. Mis hombres y yo vivimos muy bien, como puedes ver, y yo cuido de que cada uno tenga su justa parte del botín. Te ganarás una paga soberanamente mejor conmigo que como mercenario, y los riesgos vienen a ser los mismos. Espera cierto tiempo para que la situación se enfríe, y luego, si quieres poner tierra entre Kordava y tú, podrás irte cargado de oro.

—¡Modérate, Mordermi! —dijo Santiddio en protesta. En aquel momento se estaba frotando vigorosamente el flaco cuerpo con la toalla—. Has olvidado que Conan no es uno de tus vulgares desalmados. Este hombre tiene principios naturales, y estaba preso por motivos políticos, como yo…

—¿Un mercenario bárbaro…? —Mordermi empezó a protestar.

—Y un hombre de innata honorabilidad ha de sentir comprensibles escrúpulos si se le invita a unirse a una cuadrilla de ladrones —dijo Santiddio a gritos, acallando al otro—. Conan, has de saber que nuestros motivos son los más elevados. No somos bandidos; somos altruistas.

—Santiddio, yo no creo que Conan…

—¡Basta, Mordermi! El rescate de esta mañana, una empresa que, he de señalarlo, entrañaba enorme riesgo para ti, y ni una moneda de cobre como beneficio, prueba claramente que también eres uno de los nuestros. Conan, sin duda habrás oído hablar de la Rosa Blanca.

Conan, que tenía la boca llena de vino y de pechuga de pollo, miraba a Sandokazi con la esperanza de que le orientara. La muchacha estaba sorbiendo el jugo de una naranja con los labios, pero sonreía alegremente con los ojos. Conan tuvo dificultades para tragar. Era la Rosa Blanca aquel tugurio donde…

Santiddio se escuchaba tanto que no aguardó respuesta.

—Como ya sabes, Rosa Blanca se llama el ejército revolucionario

dedicado a derrocar al rey Rimanendo y a su corrupta corte, y al establecimiento de una república libre del pueblo zingario. Sin duda, habrás visto ya nuestros pliegos; los ponemos en circulación más rápido de lo que pueden secuestrarlos los secuaces de Rimanendo. O quizá hayas leído nuestras hojas volantes, quizá incluso mi más reciente panfleto, el que ocasionó que nos conociéramos bajo el patíbulo.

Conan asintió educadamente, al tiempo que se lamía la grasa de los dedos. El pollo le había apaciguado el apetito lo bastante como para devolverle su ecuanimidad. Recordaba vagamente alguna suerte de tumulto en el barracón, que había seguido al descubrimiento de ciertos documentos subversivos, y que se había hablado de una sociedad secreta que Rimanendo quería que fuese exterminada. Aquel asunto concernía a la guardia de la ciudad, y no a las compañías de mercenarios de Zíngara, y Conan juzgaba que las discusiones políticas eran tan insípidas y estériles como el otro ejercicio conversacional que obsesionaba a los necios eruditos: las discusiones religiosas.

—¿República? —Conan pugnaba por entender el término zingario, con el que no estaba familiarizado—. ¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro de que tu lengua nativa comprenda ese concepto —dijo Santíddio despreocupadamente—. Ha sido creado por el más moderno pensamiento político. No sé cómo lo llamarías tú… una mancomunidad, quizás, donde el pueblo pueda elegir a sus gobernantes en vez de aceptar a los que les impongan los dioses. La idea, en cierta forma, se acerca a las prácticas de algunas tribus primitivas que eligen a sus jefes. —Santíddio se apresuró a corregirse—. Primitivo quiere decir, en otras palabras, sí, algunos pueblos bárbaros… —Estaba tratando de recordar de qué manera se gobernaban los cimmerios.

—Has dicho que la Rosa Blanca es un ejército —apuntó Conan —. ¿Dónde están tus soldados?

—Los hombres de Zíngara son nuestro ejército —le explicó Santíddio, al tiempo que abría los brazos para tratar de abarcar todo el mundo—. Pues nuestra causa es la de todos los hombres que quieren liberarse de la tiranía de un déspota corrupto y arbitrario.

Conan había pensado en preguntar dónde tenían los cuarteles, pero tuvo una idea mejor.

—¿Y tus oficiales? ¿Quiénes son?

—No tenemos oficiales. Al menos, no en el sentido en que tú entiendes esa palabra —respondió Santiddio evasivamente—. Sí tenemos cabecillas, por supuesto, pero a estos los elegimos nosotros mismos de entre nuestras filas, no mezquinos tiranos que protegen su elevada posición con riquezas y títulos de nobleza.

—¿Y quién es el cabecilla de la Rosa Blanca? —insistió Conan.

—Bien, no tenemos cabecilla; al menos, no tenemos uno solo, al que todos los demás estén subordinados. Eso no significa, por supuesto, que nadie nos acaudille.

Conan, que sostenía la jarra a la altura del pecho, asintió.

—Me imagino que algunos dirían —siguió diciendo Santiddio— que yo soy el cabecilla de la Rosa Blanca. Por supuesto, tenemos nuestras facciones, como todos los movimientos. Por supuesto, Avvinti tiene sus partidarios entre los más conservadores, así como Carico los tiene con sus confusas ideas sobre la propiedad comunal. Y también hay otros hombres notables en nuestro movimiento que tienen sus seguidores.

—Así, ¿quién toma las decisiones?

—¡Ah! Las tomamos entre todos. Formamos comités que estudian cada uno de los aspectos de cada situación, y votamos el curso de acción que vamos a seguir. Pero todos retenemos el poder de mando.

Mordermi estalló en carcajadas.

—Y si todo hubiera quedado en manos de tus colegas floristas, Santiddio, haría tiempo ya que los cuervos habrían devorado tu lengua elocuente. ¿Sabes por qué la Rosa Blanca no hizo nada para rescatarte? Porque el comité designado para proponer un plan de rescate no fue capaz de decidir si convenía asaltar la prisión o si era mejor corromper a los guardias; Avvinti sostenía que tendrías más valor para el movimiento como mártir que como escritor de malos panfletos políticos.

—¡Ese bastardo de Avvinti! —A Santiddio se le puso sanguinario el rostro—. Yo le daré una oportunidad de ganarse la palma del martirio.

Furioso, se embutió torpemente en el vestido limpio que le había traído Sandokazi. Una de las putas le ayudó con las trusas, pero Santíddio la apartó de sí con brusquedad, y dio algunos brincos por

la estancia maldiciéndose a sí mismo.

La sirvienta de Conan le trajo una navaja y un espejo. Le habría afeitado ella misma, pero Conan prefería que solo fuera su propia mano la que le acercara una afilada hoja de acero a la garganta. Delante del espejo que ella sostenía, se quitó la barba de días. Santíddio solo tuvo que recortársela un poco hasta devolverle su forma habitual.

—Te expondré la situación en breve, Conan —siguió contándole Santíddio, al tiempo que se entretenía quitándose las puntas de la barba—. Mordermi simpatiza con las metas y principios de la Rosa Blanca, aunque como es un asno engreído nos considera poco más que idealistas y visionarios.

—Tú y tus amigos les decís a los pobres que las riquezas de la corte de Rimanendo les pertenecen por derecho —dijo Mordermi cáusticamente—. Yo les quito esas riquezas a los nobles de Rimanendo y las entrego a los oprimidos.

—Después de quedarte con una parte.

—Tengo gastos que cubrir, mi querido Santiddio. Eres tú el que habla de altruismo.

—¡Mordermi! —Santiddio se volvió bruscamente y apuntó al forajido con un dedo acusador—. Bajo esa cínica apariencia se oculta un corazón de piedra. Kazi, ¿dónde tengo la espada?

Sandokazi habló con una de las putas. La muchacha desapareció, y regresó poco después con un estoque en una vaina algo enmohecida. Santiddio desenvainó el arma de doble filo, la miró severamente por unos instantes y dio algunos pasos. Conan observaba sus movimientos con interés. Santiddio era rápido con las palabras, y su talento no se reducía a la esgrima verbal.

—Avvinti, ha llegado la hora del diálogo —murmuró Santiddio, al tiempo que volvía a envainar la espada y se la colgaba del talabarte—. Conan, ¿es que eres como una ostra que se baña todo el día entre sus valvas?

—Tráeme mis ropas —le sugirió el bárbaro.

—Se han ido solas —dijo Sandokazi entre risas—. Los piojos las han confiscado en nombre del rey Rimanendo, y se las han llevado a la prisión como postre. Las muchachas están buscándote algo que te puedas poner.

Conan devolvió la navaja a la coima y se enjuagó el jabón de la

cara. Vio que el agua había llegado a tal punto que más que lavarlo lo ensuciaría, pero al menos se había quitado de encima el hedor de la cárcel. Salió de la cuba y se peleó con la puta por la toalla. Sandokazi le miraba con irónico regocijo, al tiempo que masticaba su naranja.

Para cuando se hubo secado, ya le habían traído un atuendo, limpio, si bien no particularmente nuevo. Conan se embutió las piernas en unos pantalones de cuero, ajustados contra su húmeda piel, y se metió por la cabeza una camisa de anchas mangas, de tela de color borgoña. Le habían limpiado las botas, y se las habían cosido por donde las habían estropeado los grilletes de hierro. Tenía una hopalanda sin mangas, con el brocado algo deshilachado, que se ajustaba cómodamente sobre su pecho —Conan sospechó que su propietario original había sido un hombre de grandes proporciones—, y un sombrero chambergo que Conan se probó y desdeñó.

—No te queda mal —juzgó Santiddio—. No te van a tomar por uno de los condes de Rimanendo, pero puedes pasar desapercibido entre una muchedumbre.

Sandokazi rio cínicamente.

—Estoy seguro de que en cierto tiempo podremos conseguirte vestido más adecuado —dijo tranquilamente Mordermi—. Algo un poco más a la moda, quizás. Después de todo, la guardia buscará a un bárbaro andrajoso.

—Querría una buena espada —le dijo Conan.

—Eso será fácil. Nuestro arsenal está mejor provisto que la ropería. —Mordermi sonrió—. ¿Quizá un buen estoque? Tenemos para elegir entre varios tipos de filo y hoja. ¿O prefieres una espada de puño y medio como aquella con la que mataste al Capitán Rinnova?

—Me vendría bien un sable —aventuró Conan.

Habría preferido la espada recta de dos filos, la que se empuña con ambas manos, pero dudaba que pudieran proporcionarle alguna.

—Por supuesto —afirmó Mordermi—. Como querrás elegirlo entre los que tenemos, te llevaré a nuestro arsenal. Mis hombres y yo robamos para nosotros solo los mejores.

—Os pagaré todo esto en cuanto pueda —le recordó Conan.

—¿Pagarnos? —Mordermi le dio una palmada en la espalda—.

Conan, ya te he dicho que todo esto es robado. Además, sin tu ayuda de esta mañana mi partida de rescate no habría logrado su objetivo.

—Nosotros tan solo distribuimos entre el pueblo los productos de su propio trabajo, que les han sido injustamente expropiados por una estructura económica injusta.

—¡Oh, cállate, Santiddio! —gimió Mordermi—. ¡Conan no se une a nosotros para oír tu cháchara!

—Pero ¿de verdad te unes a nosotros? —le preguntó Santiddio. Conan se encogió de hombros.

—Me uní al ejército de Rimanendo de buena fe; su ejército me traicionó. Maté a un hinchado fanfarrón en un duelo que él mismo solicitó; el general Korst me habría hecho ahorcar. No comprendo bien vuestras bellas palabras y teorías, Santiddio, pero debo rencor a Rimanendo y sus lacayos, y a Mordermi le deberé una espada.

4. Acero y sueños

—Él y sus amigos discuten y se pavonean como necios de seso aguado, pero las ideas de Santiddio, básicamente, son buenas —comentó Mordermi.

Le pareció a Conan que lo comentaba para justificarse. Examinó el arma con ojo crítico. Había varios sables en el almacén, que Mordermi había llamado arsenal; Santiddio y su hermana les habían dejado solos mientras Conan elegía. El cimmerio había encontrado un arma, cuya hoja tenía aguas en el filo, que le llamaba la atención; tales hojas no eran comunes en el oeste.

—Me cuesta creer que ambos seáis camaradas —dijo Conan, probando el equilibrio de la espada.

—¿Por qué no? —Mordermi rio amargamente—. La Fosa es un refugio de soñadores frustrados, tanto si sueñan en riqueza y rango como en ideales sociales y artísticos. Rimanendo gobierna Zíngara como un hinchado vampiro, se hincha de nuestra sangre mientras los nobles meditan nuevos planes para robarnos riqueza y libertad. En otro reino, Santiddio podría exponer sus argumentos en la plaza pública; y allí lo ridiculizarían como a un necio, o le honrarían como campeón del pueblo llano. En Kordava, se ahorca a aquellos cuyos sueños les tientan a robar las riquezas que les ha negado la tiranía.

—Entonces, ¿tú formas parte del «ejército del pueblo» de la Rosa Blanca?

—Con todo mi respeto por los sentimientos de Santiddio, la Rosa Blanca es un círculo de discusión, y de ninguna manera un ejército. Los amigos de Santiddio vienen a ser los mejores intelectuales de Zíngara, o por lo menos eso dicen ellos. Pueden citarte toda la sapiencia política y social de incontables filósofos y pensadores, vivos o ya muertos, en cualquier idioma. Pero la mitad de ellos no

sabría, al tercer intento, por cuál extremo hay que empuñar una espada.

—Esta me gusta —decidió Conan.

Era una buena arma, tenía la hoja recta, ancha, de un solo filo, guarnición en la empuñadura, y una compleja guarda de espirales y conchas. Las aguas del acero habían sido hechas con suma delicadeza, y parecía haber un número infinito de láminas.

—Es un sable espléndido, ¿verdad? —confirmó Mordermi—. Me gustaría conocer su historia. Este puño no es el original, estoy seguro de ello. Habría pensado en quedármelo para mí, pero la empuñadura es algo pesada para mi mano, y además creo que el estoque es un arma mucho más versátil que el sable. Su hoja es menos pesada, más ligera, te da un buen alcance en el enfrentamiento, tiene filo para rajar y punta para acometer. La tradición aún exige que se emplee la espada de puño y medio para el duelo, pero te predigo que, con el tiempo, el estoque suplantará a la espada bastarda y el tajo cederá el paso a la acometida.

—La acometida de una de esas hojas estrechas no es lo bastante mortífera —le discutió Conan—. Una vez vi como le clavaban un estoque en el corazón a un mercenario aesir borracho, y este aguantó hasta haber destripado a su asesino y matado a dos amigos de este antes de tropezar con un banco, caer y morir. En cambio, si le partes el cráneo a un hombre y este no cae de inmediato, ya puedes ir a mirar qué le sostiene por detrás. Quedaos con vuestras excelentes técnicas y vuestras estocadas. Dadme a mí una espada de hoja fuerte con buen filo, y saldré ileso de cualquier bronca.

—Ya lo creo —Mordermi habló con tal sarcasmo que, esta vez, Conan lo notó—. Bien, estoy seguro de que convenciste al Capitán Rinnova, ¿verdad? ¿Quieres que probemos?

Mordermi desenvainó su espada.

—Solo para asegurarnos de que encuentres que la espada tiene buen equilibrio —dijo, sonriente—. ¿A primera sangre?

Aunque disgustara a Conan el vano reguerillo escarlata que los hombres civilizados tenían por prueba de virilidad, la propuesta era bastante inocua. Conan habría querido poder descifrar el inflamado ánimo que centelleaba en los esquivos ojos de Mordermi.

Mordermi se puso en guardia, y esperó educadamente a que Conan empezara. Este, que se sentía estúpido, empezó con una

torpe acometida que Mordermi esquivó con facilidad. Nada hubo de torpe en la respuesta del zingario, y Conan pudo detener la punta del estoque, levantando la guardia, solo en el último instante.

Airado, el cimmerio alejó de sí el arma de Mordermi, y con el mismo gesto dobló la muñeca para asestar un mandoble hacia arriba. En el último momento, se dio cuenta de que la punta de su espada habría causado una grave herida a su amigo bajo el brazo que lo habría dejado lisiado: desvió la punta en cuanto esta alcanzaba la axila, y Mordermi la eludió en el medio segundo de vacilación de Conan. La herida le habría dejado tullido; turbado, el cimmerio se recordó a sí mismo que aquello solo era un juego. Mordermi no sentía tales escrúpulos; antes de que Conan se hubiera recobrado, acometió con la espada al rostro del cimmerio. Este la paró desesperadamente, pero Mordermi era más rápido. Sus espadas se arrancaron sonidos metálicos entre sí, se separaron. Conan sintió un calambre por toda la mandíbula. Ya su sable, siguiendo el instintivo movimiento del brazo, se cruzaba de nuevo con el arma de Mordermi, y el otro trataba de eludirlo. La hoja más pesada tenía sujeto el estoque cerca del puño; quebrantó la sólida guardia, y la fuerza del mandoble de Conan hizo caer la empuñadura de la mano de Mordermi.

—¡Conan!

El grito de Sandokazi le hizo volver en sí. Había alzado el sable para asestar un golpe mortal. Mordermi se estaba dando la vuelta para recoger el estoque; parecía que este se hubiera detenido a la mitad de su caída.

Conan no se movió. El estoque cayó al suelo, con la punta hacia arriba. Mordermi lo recogió.

—Estás sangrando —dijo Mordermi con tranquilidad. Conan se palpó la mandíbula. Sintió la cálida humedad de un corte superficial.

—¿Qué locura es esta? —preguntó Sandokazi—. He oído el entrechocar de aceros.

—Perdona —murmuró Conan dócilmente, mirándose la sangre que tenía en los dedos—. No estoy acostumbrado a hacer esto por deporte.

—Tendría que haber evitado relajar mi guardia —dijo Mordermi tranquilamente—. No importa. El ejercicio ha sido instructivo.

—Por Mitra, ¿qué estabais…?

—Conan quería probar el equilibrio de su sable, y yo sentía curiosidad por probar al brazo que derrotó a Rinnova —le dijo Mordermi—. Conan tiene una teoría…

—Has empleado el estoque para cortar, no para pinchar —protestó Conan al recordarlo.

—Ya te he dicho que el estoque es un arma versátil —dijo Mordermi, encogiéndose de hombros—. Deberías haberlo visto, Kazi. Conan blande el sable como si fuera una extensión de su propio brazo, no más pesada que un dedo.

—¡Y tú que dices que Santiddio tiene los sesos aguados! —Sandokazi negaba con la cabeza—. Creo que iré con mi hermano y oiré cómo intercambia pullas con sus oponentes. Al menos, no tendré que limpiar sangre.

—Oh, yo no apostaría por eso —murmuró Mordermi, al tiempo que se marchaba, altanero—. Aun Santiddio y Avvinti tendrán que agotar al final su ingenio.

«Yo, en el lugar de Avvinti, no querría tener a Sandokazi a mis espaldas si llegaran a enfrentarse armas en mano —rumió Conan—. No ha mostrado ningún remordimiento, esta mañana, después de cabalgar sobre los cuerpos aplastados en el Patio de Baile. Ese rescate debe de haberles costado la vida a tantos espectadores como combatientes».

—Nadie de la estirpe de Esanti se aviene a topar con grandes obstáculos cuando quiere obtener algo. Sabes, fue idea suya lo de causar un tumulto con los carros de heno incendiados. —Examinó el corte que tenía Conan en la mandíbula—. Me las he hecho peores afeitándome.

—¿La estirpe de Esanti? —preguntó Conan, a quien le pareció que Mordermi hablaba con cierto desengaño.

—Sí, Santiddio y Sandokazi pertenecen al linaje de Esanti, son de muy alta cuna, ¿no lo sabías? Pero había olvidado que tu llegada a Kordava es reciente. Los Esanti fueron una de las mejores familias de Zíngara. Nada les queda ya, por supuesto, y solo son tres. —Y añadió—: También debes de querer una daga. Mira a ver si encuentras alguna que te interese.

Conan examinó con interés la hilera de puñales que Mordermi le indicaba, pensando que allí habría armas suficientes para equipar

un pequeño ejército si los camaradas de Santiddio decidían algún día respaldar sus palabras con acero.

—Dices que quedan tres de su familia. ¿Es que uno retiene el título, y Santiddio y Sandokazi llevan vida de proscritos?

—Ya no existe el título, ni sus propiedades. Solo quedan Santiddio y sus hermanas. Son trillizos, ¿sabes? Eran poco más que niños cuando su padre ofendió al rey Rimanendo. Todavía no sé con certeza si se debió a que el conde apartaba para sí más de lo que le correspondía de los tributos reales que recaudaba a sus arrendatarios, esa había sido la acusación de Rimanendo, o bien a que se negó a cargar a sus súbditos con el peso de todos los impuestos del rey, eso es lo que dice Santiddio. Poco importa. Fue decapitado, y sus tierras y riquezas entregadas a otro de los secuaces de Rimanendo. No quiero acordarme de lo que fue del resto de su casa; no es algo en lo que quiera explayarme.

»Pero un triple parto es algo raro; no sé de ningún otro que haya tenido lugar en Zíngara desde que nací. El tres es un número sagrado, y perdonaron a los niños, aunque solo fuera por el temor reverencial del pueblo llano; un simple soldado se siente menos inclinado a profanar la obra de sus dioses que el oficial que le da órdenes. Por mediación de simpatizantes de su padre, vivieron. Santíddio y Sandokazi acabaron por venir a la Fosa, como tantos otros. Amigos leales les fueron dando dinero suficiente para poder sostenerse; ahora, Sandokazi baila, y Santíddio se queda con una parte de los fondos recolectados por la Rosa Blanca.

Conan halló una daga de lengua de buey, de pesada hoja, que era de su agrado.

—¿Y la otra?

—Se llama Destandasi. Está… bueno, entró en un círculo diferente, por así decirlo. También la abrumaba la corrupta tiranía del gobierno de Rimanendo, pero, así como Santíddio y Sandokazi invirtieron energías en la reforma social, Destandasi dio la espalda a la sociedad moderna. Entró en los misterios de Jhebbal Sag. Creo que hace de sacerdotisa en un bosque consagrado a este dios, allende el río Negro. Durante estos últimos años, obviamente, han tenido poca o ninguna comunicación con ella. Los brujos, sobre todo si pertenecen a un culto antiguo, poco se preocupan de las agitaciones sociales del mundo moderno, aunque estas hayan

arrastrado a su hermano y su hermana.

—Destandasi —preguntó Conan, al tiempo que se ceñía la daga al cinto—, ¿es melliza de Sandokazi?

—Y de Santiddio —dijo Mordermi, riendo—. ¡Destandasi es muy reservada!

5. Visitantes nocturnos

Al primer murmullo, Conan despertó por completo. Abrió los ojos a la penumbra de su estancia, y aferró la empuñadura de la daga.

Mordermi le había cedido una de las habitaciones de la mansión. Conan había improvisado un jergón entre los fardos y montones de mercancías robadas, desde el que veía la puerta. Había sido el leve chasquido del bien engrasado cerrojo lo que le había despertado tras solo unas horas de sueño.

Alguien había forzado hábilmente la puerta y se había colado en la estancia. Conan lo sabía con certeza, aun cuando la puerta estuviera de nuevo cerrada y la habitación totalmente a oscuras. Como no podía ver, el intruso estaba esperando a que se le acostumbraran los ojos a la penumbra del abarrotado almacén. En silencio, Conan salió de debajo de su frazada y se arrastró hacia el sonido, casi inaudible, de su respiración.

Al acercarse sigilosamente al invisible visitante, el bárbaro soltó la daga de lengua de buey que aferraba con fuerza. Le llegó a la nariz la punzante fragancia de perfume y sudor. Conan estiró el brazo y agarró a una sorprendida mujer.

Sandokazi no pudo contener un chillido de sorpresa, y luego cedió a su abrazo. Palpándole con diligencia los brazos, Conan supo sin ninguna duda que la mujer no llevaba armas.

—Pude haberte destripado —le reprochó Conan.

—¡Por Mitra! ¿Es que eres un gato y puedes ver en la oscuridad?

—Oí tu aliento, olí tu perfume —Conan se asombraba de tener que explicar algo tan obvio—. Creía haber cerrado la puerta.

—Cualquiera puede abrir ese cerrojo —le replicó Sandokazi en el mismo tono—. Pero ¿quién iba a robarle a Mordermi?

—Claro.

Sandokazi solo llevaba puestas unas ligeras enaguas. Conan, que iba todavía menos vestido, estaba muy atento al cálido cuerpo que se le apretujaba contra la piel desnuda.

—Esta noche he bailado hasta muy tarde —le dijo Sandokazi—. Los otros están todos borrachos, roncando, después de celebrar la fuga de Santiddio.

Conan, que aquella noche había abandonado más temprano la fiesta, no tardó en comprender. Quizá, si no se hubiera entretenido en su camino hacia la habitación con la alegre sirvienta del baño, su respuesta en el momento de que hablamos habría sido muy distinta. El cimmerio actuaba de acuerdo con su salvaje código de honor —un código no siempre gobernado por la templanza—, y la voluptuosa figura que lo abrazaba en la oscuridad era tan tentadora como un súcubo.

—Te dije que no olvidaría lo que has hecho por mi hermano —le dijo en susurros Sandokazi, incitándole con caricias.

—Eres la mujer de Mordermi —le recordó Conan, con esfuerzo por su parte.

—Mordermi no tiene por qué saberlo. No es mi primer amante, ni será el último. No soy una casta doncella, como mi santa hermana.

—Eso no importa —dijo Conan en protesta, sabiendo que si aquello seguía adelante sus pasiones terminarían por derrotar a su ética—. Mordermi es mi huésped y mi amigo. No pienso hacerle cornudo en su propia casa.

—¡Qué piadoso! —se mofó Sandokazi—. ¡Quién lo habría creído de un bárbaro mercenario! El tacto me dice que no eres tú uno de esos que prefieren cabalgar a otro semental. ¿No tendrás miedo de Mordermi?

La ira endureció la voz de Conan.

—Sin duda, te extraña que no me haya civilizado lo bastante como para revolcarme en el heno con la mujer de un amigo. Nuestras costumbres cimmerias son algo arcaicas.

—Bueno, pero esto no es Cimmeria, ¿verdad? —replicó Sandokazi, guaseándose—. ¡Sin duda, un hombre de tu ralea no habrá propuesto el matrimonio a cada mujer que ha tumbado!

—A una furcia, no —dijo Conan con un gruñido. La cólera dominaba ya a la lujuria que había sentido por ella—. Pero si

quisiera a una mujer, la haría mía, y mataría a cualquier hombre que tratara de robármela. Mordermi, si soy buen juez de hombres, debe de sentir lo mismo. No estoy dispuesto a matar a un amigo por una mujer.

—¡Ah, bien! —Sandokazi se apartó de él; acababa de inflamarse su propio temperamento—. Santiddio tenía razón; eres un altruista. ¡Pues bien, mi posesivo cimmerio! Yo no me ofrecía a compartir contigo una chabola en alguna hedionda aldea de montaña. ¡Te ofrecía una noche de placer! ¡Quería saber si había un hombre debajo de todo ese bello músculo! ¡En cambio, me encuentro con un corpulento necio!

Mientras Sandokazi se apartaba, desdeñosa, de Conan, y se levantaba para ir hacia la puerta, a punto estuvo el bárbaro de darle la razón. No estaba acostumbrado a meditar sus actos, y solo el hecho de que repugnara a sus mismos instintos el traicionar a un amigo impidió que la agarrara y tumbara su lujuriosa carne en el jergón. Permitió más bien que fuera hacia la puerta.

Después que hubiera reinado la completa negrura en la habitación de Conan, la luz del corredor se coló dentro al abrirse la puerta. Las desnudas plantas de Sandokazi no habían hecho ningún ruido, por lo que la silueta del hombre que aguardaba fuera arrojó también alguna sombra.

Este, aunque sorprendido, se recobró al instante, y el puñal que tenía en la mano centelleó torvamente al asestar la cuchillada.

No menos sorprendida, Sandokazi chilló estridentemente. El brazo del intruso vaciló —no esperaba a una mujer—, y el momento de duda le bastó a Sandokazi para esquivar el golpe. Con agilidad de bailarina, salió dando tumbos al pasillo, con una herida superficial, pues el arma le había cortado el hombro de las enaguas. Chilló de nuevo.

El atacante se dio la vuelta, aún desconcertado por el imprevisto giro que tomaban los acontecimientos, no sabiendo si acallarla, o si atacar al hombre que había creído que estaba durmiendo allí. Conan, que arremetió desde la penumbra de la habitación, fue el primero en herir. Tras agarrar el brazo armado del otro, hundió la daga de lengua de buey en el pecho del intruso, y rajó hacia arriba, destripándolo, hasta hundirla en el esternón. El grito de dolor de la víctima devino en sordo gemido, al tiempo que caía de manos de

Conan y se desplomaba.

Sandokazi dejó de chillar, y miró a Conan con ojos refulgentes.

Otros gritos de alarma habían ya levantado ecos por toda la casa. Algunos hombres vinieron corriendo por el pasillo; sus armas brillaban a la luz de las antorchas que traían. Mordermi se hallaba entre ellos. Les interrogó con la mirada cuando él y sus hombres hubieron llegado al lugar.

Sandokazi no dudó.

—Iba ya a recogerme cuando vi a alguien que andaba sigilosamente por el pasillo. Su conducta me pareció sospechosa; lo seguí y, cuando se detuvo ante la puerta de Conan, vi que era un asesino. Chillé para advertir a Conan; el asesino me atacó, y entonces Conan le hizo frente y lo mató.

Se apartó el hombro de las enaguas que el muerto le había cortado, y se examinó la herida. Sangraba abundantemente, pero no pasaba de ser un rasguño. Conan tuvo el buen tino de no contradecir la versión de la muchacha.

—Deberías haber llamado a uno de nosotros. —Mordermi había creído sus palabras—. Podría haberte matado.

—¿A quién tenía que llamar? Os habíais dormido todos delante de la jarra.

—Dale la vuelta, vamos a ver quién es —ordenó Mordermi—. ¡Qué clase de vigilancia tenemos, que permite que los asesinos de Korst entren en mis cuarteles a voluntad!

Le dieron la vuelta al cadáver, acercaron una antorcha al ensangrentado rostro. Varios hombres profirieron juramentos.

—¡Por Mitra! ¡Es Velio! —exclamó Mordermi—. Yo tenía a Velio por uno de mis lugartenientes más dignos de confianza. Así que el oro de Rimanendo ha corrompido aun a los que consideraba mis más íntimos amigos. Conan, te ofrecí cobijo en este lugar, y a punto he estado de causarte la muerte.

Conan no dijo nada. Él no sabía si creer que Velio había sido, en efecto, un espía y asesino… o un leal secuaz que, tras presenciar el coqueteo de Sandokazi, solo pretendía vengar la honra de su caudillo.

6. En el baile de máscaras del rey

El aroma del mar se disipaba en los grandes macizos de rosas que circundaban el pabellón real, detrás del alto muro que impedía el acceso al palacio de recreo por el lado de la costa. Lejos de la miseria que reinaba en los barrios ribereños de Kordava, el pabellón real se asomaba al mar desde lo alto de un elevado promontorio, allí donde terminaban las murallas de la ciudad. Un millar de farolillos festivos alumbraba con luz multicolor, semejante a la del día, los jardines, mientras que las risas y la alegría de los convidados ahogaban el inquieto murmullo del oleaje, en la negrura, a los pies de la elevación.

No tan festivo como furtivo, Conan andaba entre los convidados al baile de máscaras que daba el rey Rimanendo con ocasión de su cumpleaños, e iba rumiando que la osadía de aquella noche era locura, aun para Mordermi, que había laborado con empeño en falsificar cierto número de invitaciones regias.

El cimmerio daba una imagen de extravagancia entre toda aquella riqueza y aristocracia reunidas, y tenía una aguda percepción de este hecho. Llevaba el yelmo astado, lorigón y capa de piel de un guerrero vanir; de una raza a la que no se parecía, ni apreciaba. Se había dado tinte pelirrojo con alheña a su negra cabellera, y, además, una máscara de seda le cubría la parte superior del rostro. Aquel disfraz había sido idea de Sandokazi, como también lo era la pesada hacha de guerra que portaba, un arma para dos manos, de hoja ancha y martillo. Conan aprobaba esto último; cualquier arma, excepción hecha del estoque de caballero y de la daga, habría despertado sospechas en la velada del rey, pero aquella hacha podía formar parte del disfraz.

—¿Quién va a sospechar que un bárbaro de verdad se disfrace de bárbaro? —había argüido Sandokazi, dando muestras de la

costumbre que tenían los zingarios de echar a todos los bárbaros en el mismo saco.

Conan hablaba el zamorio suficientemente bien para pasar por una autoridad de aquel lejano reino que estuviera de visita; con esto se hacía perdonar también su acento por los nobles zingarios, exclusivistas y estrechos de miras, que no habrían podido distinguir con facilidad a un picto de un kushita, a un estigio de un turanio, como si materia tan insignificante no hubiera tenido que llamarles la atención.

La propia Sandokazi llevaba puesta una máscara de halcón, que le ocultaba todo el rostro, y una capa de plumas que la cubría por completo y que ondeaba sobre su desnudo cuerpo al caminar. No llevaba nada puesto bajo la emplumada capa.

Santiddio, que iba tirando de ella con una cadena de plata que la muchacha llevaba al cuello, iba vestido de halconero con una máscara de dominó. Tal y como Sandokazi había previsto, ninguno de los invitados la miraba por segunda vez.

El más extraño de todos, Mordermi, iba haciendo cabriolas por el lugar con un disfraz que representaba al propio rey Rimanendo, con túnica de armiño, cota de malla dorada, una corona de oropel, empolvado el cabello, y suficiente relleno en la barriga para alterar su propio físico sin blasfemar del monarca zingario. De nuevo, se trataba de una idea de Sandokazi: «¿Es que van a mirar con recelo la imagen del mismo rey?».

La joven —según creía Conan— era extraordinariamente astuta, y se sentía aliviado por no haber tenido más visitas nocturnas en el tiempo en que había estado con Mordermi.

Las semanas habían pasado con rapidez, y no sin provecho para el cimmerio. Mordermi y su banda obtenían buenos botines, y el zingario era un cabecilla generoso. El propio Conan no se mostraba remiso cuando de adquirir ilegalmente propiedades se trataba, y no le iba a la zaga, ni en osadía ni en pericia, al más experimentado rufián zingario. La admiración acabó por convertirse en sólida amistad entre los dos, templada por un poso de rivalidad que, a causa de la juventud de ambos, no habían percibido todavía como amenaza.

Aquella amistad se hacía extensiva a Santiddio y Sandokazi, aunque no hallaron nunca con estos la afinidad de espíritu que unía

a Conan y Mordermi. Este último, en efecto, era un bárbaro de los sumideros urbanos, forjado en una selva que, a su modo, era tan salvaje y despiadada como los fríos montes de Cimmeria. De Santiddio y Sandokazi les separaba siempre la elevada barrera que suponía el más alto linaje de estos. Por mucho que hablara de la fraternidad de todos los hombres, el carácter intelectual de Santiddio le apartaba de hecho de la realidad de sus sueños, mientras que Sandokazi se sentía como el que participa con regocijo en un juego que le parece demasiado infantil para su inteligencia.

Conan se daba cuenta de que él mismo también resultaba enigmático para los demás, y que quizá aquella amistad se nutriera del hecho de que todos ellos se apartaban de la norma: Mordermi, que tenía ambiciones mucho más elevadas que la de reinar sin más como príncipe de los ladrones. Sandokazi, que tenía por diversión atormentar al estamento al que pertenecía por derecho de nacimiento. Santiddio, cuyo sueño era crear un nuevo orden basado en la razón, no en el poder. Y, por fin, Conan, un bárbaro aventurero que había partido de Cimmeria para conocer los reinos civilizados, y había encontrado poco que justificara sus ansias de viajar.

También había buscado aventuras y, en eso, nunca había hallado el desengaño.

Había varios centenares de invitados celebrando el baile de máscaras del cumpleaños del rey Rimanendo. Figuras ataviadas con trajes de fantasía paseaban por el jardín y por todo el recinto, mientras que, dentro del pabellón, caballeros cortesanos y sus damas deliciosamente vestidas daban vueltas, bailando, sobre el suelo de mármol negro. Camareras apenas vestidas andaban entre ellos, a toda prisa, con bandejas de oro cargadas de dulces y exquisiteces escogidas, copas de plata que rebosaban vinos finísimos y helados ponches. Amorosas parejas se ocultaban en la intimidad que les daban los árboles y los enramados con aroma de flores, donde las risas y la música de los bailes de máscaras apagaban el frufrú de sus sedas y los suaves gemidos.

Conan comió con frugalidad, pero apuró todas las copas que le ofrecían, tragando vinos de un siglo de edad como si de cerveza barata se hubiera tratado. A los convidados que se dirigían a él, Conan les gruñía secas réplicas en zamorio. Por su aspecto

amenazador, los convidados le juzgaban borracho y grosero. Conan no estaba borracho.

La aventura de aquella noche no le gustaba, aunque Mordermi la viera como una espléndida charada. Conan prefería los robos más sigilosos, o los abiertos asaltos; entrar en la cámara del tesoro de un rico señor, o bien saquear la caravana de un mercader. El plan que había trazado Mordermi para aquella noche entrañaba los riesgos de ambos métodos. No podemos decir que Conan se preocupara en exceso; la elaborada chanza le fastidiaba.

Mordermi se había esforzado por introducir también a veinte de sus propios hombres, y a tantos como pudo de la Rosa Blanca, en el palacio de recreo. Iban disfrazados, en su mayoría, de siervos y lacayos, aunque cierto número de los camaradas de Santíddio tenían presencia suficiente como para pasar por convidados. Las armas habían sido el problema crucial; uno no acude fuertemente armado a celebrar el cumpleaños del rey. Por supuesto, ninguno de los caballeros se habría presentado a un festival de la corte sin su estoque, y ya se esperaba que su lacayo trajera un puñal o una cachiporra para defenderlo de ladrones y asaltantes. Conan —indicó Mordermi cuando el cimmerio quiso dirigir el asalto exterior— había de servir como fuerza de choque de un solo hombre contra los que se hallarían en los amurallados jardines.

El palacio real de recreo: cercado de altas murallas y precipicios que daban al mar, vigilados por la guardia personal de Rimanendo. El plan: aventurarse con inaudita osadía. Los riesgos: rozaban el suicidio. La recompensa: el oro y las joyas de la aristocracia más opulenta de Zíngara.

Una muchacha pelirroja, que vestía tan solo un escaso sujetador y unas bragas, hechas ambas prendas con discos de plata entrelazados, y arrastraba una espada para sostener con dos manos, a modo de absurdo retrato de una espadachina bárbara, acercó su rostro sonriente al de Conan, más ceñudo.

—¿Por qué tan sombrío, camarada bárbaro? —le dijo con un gorjeo—. Sé de un lugar tranquilo, donde podríamos sostener una amistosa pelea. Al fin y al cabo, aún no es hora de que nos quitemos las… máscaras.

—¿Todavía no ha llegado la medianoche? —preguntó Conan con marcado acento—. Pero ya casi es la hora de que baile ese bonito

halcón; ella ha prometido que bailaría.

La muchacha hizo una mueca bajo la máscara.

—Si quieres ir a ver una estúpida danza, no sufras por mí.

—¡Zorra! —murmuró Conan mientras ella se alejaba entre metálicos tintineos.

Pese a todo el vino que había bebido, no se hallaba del mejor humor. Por voluntad propia, le habría tomado la palabra a aquella fulana de alta cuna, habría convertido su juguetón menosprecio en otro muy distinto sentir, y luego habría retomado la ejecución del latrocinio. Pero aquel juego era de Mordermi, y Conan tenía que cumplir con su parte; si no, la incursión tan cuidadosamente planeada se habría convertido en una trampa mortal para todos ellos.

El bárbaro, amargado, dejó que una camarera le llenara de nuevo la copa, y luego se dirigió al pabellón en donde Sandokazi tenía que comenzar con su danza. La espera de la pelea inminente apaciguaba el ánimo del cimmerio, así como a otro hombre lo hubiera enervado la tensión.

El que una de las convidadas del rey quisiera bailar delante de los demás, como la artista de una vulgar taberna, no resultaba extraño; pues aquel era el día del baile de máscaras del cumpleaños del rey, en que la aristocracia zingaria dejaba de lado su dignidad cortesana y ponía en obra los caprichos y pasiones que abrigaba bajo la máscara de su elevado rango. Las castas matronas podían hacer cabriolas cual pintadas mozas; austeros señores darían pasos en el patio de baile, al par con las seductoras faldas de una dama mundana; sus hijas virginales podían hacer ostentación de sus blancas carnes con el más ligero de los disfraces ante los ojos ardientes de jóvenes caballeros, cuyo fantasioso atuendo dejaba entrever, más que ocultaba, sus atributos viriles.

Presidiendo la jarana con que se celebraba su cumpleaños, el rey Rimanendo sonreía desde su palco real hacia los convidados que se estaban emborrachando en el patio de mármol negro, bajo la galería. Su Majestad ya había bebido más de lo que quería para la ocasión, y la sonrisa de su rostro de blandas facciones era todavía más vacua de lo normal. Su corpulenta figura parecía hallarse medio dentro, medio fuera de su silla de Estado tapizada de terciopelo. Un muchacho, cuya desnuda piel brillaba a causa de los

aceites aromáticos, acercaba, cada vez que se le ordenaba, un cáliz de vino opiado a los labios de su señor, mientras que su gemelo le limpiaba con delicadeza los reguerillos de vino y sudor de los pliegues de la papada.

Cierto número de aduladores y cortesanos del círculo escogido de Rimanendo compartían el palco real con él, mientras que el resto de la galería estaba ocupado, en su mayor parte, por vigilantes soldados de la guardia personal del monarca. El rey Rimanendo no era lo bastante necio como para olvidar que muchos de sus convidados de aquella noche se entregarían a la disolución con tanto mayor abandono ante su regia vigilia.

La apariencia de Sandokazi había inspirado comentarios, aun en medio del franco libertinaje de aquella noche. La carne se vendía barata; su atractivo nacía de un orden social en el que la dama bien nacida, habitualmente, tenía que llevar, de pies a cabeza, ropa suficiente para que sus criadas tuvieran que ayudarla a vestirse. Mientras las muchachas de alto rango exhibían con lascivia sus no muy disfrazados cuerpos, Sandokazi incitaba y tentaba con breves atisbos de la esbelta figura de danzarina que ocultaba bajo los revueltos colores de su emplumada capa. Como les había prometido que bailaría para ellos en la hora que precedía al desenmascaramiento, iba creciendo la expectación a medida que la hora se acercaba.

Fueron al pabellón para verla, haciéndole sitio en el pulido suelo de mármol. Sandokazi habló un momento con los músicos —lo había preparado todo con ellos hacía un rato, aquella misma noche — y estos empezaron a tocar sus instrumentos de cuerda, y flautas, y tambores, en una rápida y gorjeante melodía. Conan no sabía tanto de música como para reconocer la pieza, pero el resto de la creciente audiencia la recibió con alegres murmullos y aplausos.

Se quedó quieta por un momento en el círculo que le habían dejado libre; tenía una fantasiosa estampa, aun entre aquellos que se habían congregado para presenciar su danza. Aguardaba allí, inmóvil, envuelta de pies a cabeza en la capa. Desde la máscara de halcón que le cubría la cabeza por completo, sus ojos brillantes les miraban sin parpadear. Entonces, Santiddio abrió el grillete que sujetaba la cadena de hierro al cuello de su hermana, y se alejó.

Libre de sus ataduras, Sandokazi dio un súbito gran salto desde

el pulido suelo, y alzó los brazos en un gesto que apartó la capa de su cuerpo, como las alas de un ave que emprende el vuelo. Por un instante, pareció que Sandokazi hubiera quedado suspendida en el aire, y su esbelta figura apareció desnuda por completo mientras sus emplumadas alas la mantuvieron en alto. Entonces, al tiempo que centenares de gargantas contenían el aliento, cayó con ligereza al suelo de mármol, y las agitadas plumas cubrieron de nuevo sus desnudeces.

Entonces, Sandokazi bailó por el suelo de mármol negro, dando graciosas vueltas, y luego se elevó con otro inesperado salto. Tan rápida se movía, que las guirnaldas de blancas y oscuras plumas se agitaban en torno a ella como alas vivas; ora dejaban al descubierto la silueta de un blanco seno o de la morena cadera, ora se unían a su figura cual segunda piel. Los músicos aceleraron el tempo de su estridente melodía, y Sandokazi pareció volar sobre el negro suelo: se elevaba, picaba, saltaba, se zambullía. La audiencia, que recordaba aquella primera visión de desnuda belleza, la contemplaba, absorta; su revuelta capa les cautivaba la mirada, mostrando y ocultando en rápida sucesión los encantos de la bailarina.

El tempo de su vuelo se aceleró más y más. Solo una entrenada bailarina habría podido mantener aquel ritmo, y dominar los intrincados gestos y movimientos. Muchos de los que estaban mirando hacían especulaciones acerca del rostro que podía ocultarse bajo la máscara del halcón, extasiados por la belleza que no se les ocultaba.

Al final, cuando la frenética música alcanzaba un crescendo, Sandokazi dio un nuevo salto en el aire, con los brazos extendidos, y una pirueta. Se subió la capa de plumas hasta el hombro, y descubrió con ello su entera figura en su desnuda perfección, al tiempo que parecía volar por encima del pulido suelo. Arrastrando las alas, volvió a caer sobre el mármol, con la ligereza de un halcón que regresa a su percha. Envolviéndose en la capa, Sandokazi hizo una profunda reverencia al fascinado público.

—¡Señores, señoras! —gritó Santiddio, al tiempo que se reunía con su hermana en medio del tumultuoso aplauso—. ¡Habéis visto la danza del halcón! Pero recordad que el halcón es un ave de rapiña… ¡pues, ahora, tendréis que pagar el precio por vuestro

deleite!

Al principio, creyeron que solo pretendía que arrojaran a la muchacha monedas y chucherías, como se las habrían arrojado a una bailarina común. Pero airados gritos, y chillidos de alarma, les sacaron al instante de su engaño.

—¡Calmaos, señores! —advirtió Santiddio, desenvainando el estoque—. ¡Solo queremos vuestro oro y joyas, no vuestra vida!

Los convidados, que se agitaban en confuso desorden, parecían incapaces de darse cuenta de que aquello no era una especie de elaborada farsa. Mientras duró su atención al baile de Sandokazi, los hombres de Mordermi habían ido tomando posiciones, sigilosamente, en las puertas. En aquel momento, todas las entradas al pabellón eran vigiladas por forajidos de rostro sombrío, que empuñaban desnudas armas. En los jardines, juerguistas asustados huían de las amenazadoras figuras que, repentinamente, salían de la penumbra a la que no alcanzaban los farolillos multicolores.

—¡Quedaos todos quietos dónde estáis! —gritó Mordermi, que había saltado encima de una mesa, espada en mano—. ¡Cien de mis hombres tienen rodeado el pabellón! ¡Si no os resistís, no sufriréis ningún daño!

Unos pocos hombres, con la precipitación que nace de la incredulidad o de la borrachera, trataron de desenvainar sus armas. Al instante, los hombres de Mordermi cayeron sobre ellos, acometiéndoles salvajemente con cachiporras y espadas. Las mujeres chillaban horrorizadas, y la sangre reluciente y los gemidos de horror indicaron el destino que pronto habría de correr la fútil resistencia. Los convidados del rey habían ido al baile de máscaras a exhibirse; los bandidos de Mordermi habían ido a expoliar. Los forajidos estaban armados y organizados, y su ataque por sorpresa no había dejado a los convidados tiempo para aprestarse a su propia defensa. Los hombres que llevaban armas fueron rápidamente despojados de ellas —bien sin resistirse, o bien por la fuerza—, y sus espadas pasaron a manos de los atacantes que pudieran necesitarlas. En tan solo unos momentos, los convidados cayeron presa del pánico, y echaron a correr, indefensos, por la sala de baile.

Al primer atisbo de que se desenvainaba acero y corría sangre por obra de la violencia, la guardia del rey Rimanendo, por puro

instinto, empezó a bajar al patio de baile. Ya se esperaba que lo hicieran. Conan, con un satisfecho eructo, agarró con fuerza el mango de su hacha de guerra y fue a aguardar al pie de la escalera que bajaba de la galería. Varios de sus compañeros se apresuraron a unirse a él, y arrastraron sillas y mesas para hacer una barricada.

—¡Apartaos, y dejadme sitio para pelear! —gritó Conan—. ¡Podría retener en la escalera a un millar de esos perfumados soldaditos de juguete! ¡Acercaos a mí, engolados petimetres! ¿Quién es el primero que va a morir?

La fanfarronada de Conan tenía visos de poder cumplirse. Solo unos pocos hombres podían descender a la vez por la escalera. La guardia real estaba espléndida con sus terciopelos y sus cotas de malla plateada, pero era imposible enarbolar las alabardas en la angosta escalera, y no tenían arqueros que pudieran ir abatiendo a los asaltantes mientras avanzaban los guardias.

—¡Volved conmigo, necios! —chillaba Rimanendo, pues su embotado entendimiento percibía el peligro—. ¡Que os pongáis a mi alrededor, ¿oís?! ¡Tratan de matar a vuestro rey! ¡Haré despellejar vivos a todos los hombres que me abandonen!

El rey de Zíngara oprimía a sus efebos contra el pecho temblequeante. Gimoteando de puro miedo, rogaba a sus soldados que lo protegieran, y que lucharan hasta la última gota de sangre para defenderlo de aquel ejército de asesinos.

—¡Que los que están en el patio escapen como puedan! —ordenó—. ¡Por Mitra, y cómo chillan! ¿Por qué los soldados de la puerta no vienen a salvar a su rey de los asesinos?

Una fuerte guarnición estaba distribuida por la puerta y por el elevado muro que separaba de la ciudad el palacio de recreo del rey, y otros guardias patrullaban regularmente por la cresta de los escarpados precipicios que circundaban el promontorio por la parte en que este se adentraba en el mar. En principio, tenían que asegurar la intimidad del rey y de su fiesta, y desanimar a los ladrones, más que repeler un asalto armado; Zíngara no estaba en guerra, a pesar de las disensiones internas y las rivalidades que daban empleo a los asesinos.

Cuando la danza de Sandokazi alcanzaba su clímax, Mordermi había dado una señal a uno de sus hombres, que estaba fuera del pabellón. Este, a su vez, la había pasado a quienes estaban ocultos

tras los muros.

A la sombra de los árboles que había a lado y lado de la calzada que llevaba al palacio de recreo del rey, se encendieron de súbito brillantes antorchas. Se oyeron en la noche airados gritos, y una turba enfurecida se arrojó hacia los muros. Un centenar, o más, de miembros de la Rosa Blanca —lo más parecido que se había intentado a una movilización del tan cacareado ejército popular de Santíddio— cargaron en desordenada turba, blandiendo pancartas y cantando lemas.

—¡Dispersaos! —ordenó el capitán de la guardia—. ¡Dispersaos ahora mismo! ¿Me oís? —Y gritó frenéticamente al resto de sus soldados que fueran a reforzar a los guardias de la puerta.

—¡No nos dispersaremos hasta que nos concedan una audiencia con el rey Rimanendo! —gritó en respuesta su corpulento cabecilla. Se trataba de Carteo, el más radical de los rivales de Santíddio en el caudillaje de la Rosa Blanca, que andaba entusiasmado por el prestigio que sin duda le proporcionaría lo de aquella noche—. ¡Nuestro rey y su fatigada nobleza pasan la noche en ebrio libertinaje, mientras en Kordava las viudas y los niños han de comer desechos y dormir en los desaguaderos!

—¡Dispersaos, o mandaré soldados para que aplasten cabezas!

—¡No nos dispersaremos sin antes haber tenido audiencia con Rimanendo! —rugió Carico, entre los gritos socarrones de sus camaradas—. ¡El pueblo tiene hambre, mientras el tirano y sus esbirros le chupan la sangre al país!

—¡Llamad a los arqueros! —ordenó el preocupado capitán a su subalterno, al tiempo que una salva de piedras y basura empezaba a caer sobre la puerta—. ¡Si este disturbio llega al conocimiento de Su Majestad, me hará decapitar!

Así, mientras arreciaban los aplausos a la danza de Sandokazi, los soldados que tendrían que haber estado apostados en torno al muro se apresuraban a unirse a la refriega que estaba teniendo lugar frente a la puerta principal. A causa de la distancia, el tumulto de fuera del recinto no alcanzaba al oído de quienes se hallaban dentro del pabellón, así como los soldados que plantaban cara a la airada turba que estaba frente a la puerta no se habían enterado todavía del inesperado disturbio con el que la fiesta de cumpleaños había llegado a su culminación.

Al cabo de poco tiempo, los chillidos del pabellón, los asustados fugitivos que habían estado retozando en los jardines, alertarían a los guardias de la puerta de cuál era el peligro real. Antes de que estos pudieran acudir, Mordermi y su banda tenían que haber huido ya. Dominar una sala de baile llena de juerguistas borrachos y mujeres desmayadas había de ser más fácil que enfrentarse a un grupo de soldados fuertemente armados.

Mientras Rimanendo se agazapaba tras el protector muro de su guardia personal, los forajidos de Mordermi despojaron con rapidez a los invitados del rey de sus pertenencias valiosas; trabajaban con metódica destreza, pues les convenía terminar aprisa. Aquel había sido uno de los festivales importantes de la corte; los nobles y sus damas habían ido adornados con sus más magníficas joyas. Preciosos anillos, collares y tiaras de incalculable valor, dagas enjoyadas y limosneros llenos de monedas de oro y plata, todos eran arrebatados sin ceremonias a los temerosos convidados, y los echaban en sacos grandes y resistentes. Otros recogían con presteza fuentes de plata y cálices, bandejas de oro y candelabros.

Sandokazi, que se reía, excitada, bajo la máscara, iba de una parte a otra con un saco abierto; rápidamente lo llenó con una fortuna en oro y joyas, mientras su hermano blandía el estoque a su lado.

Tras el amago inicial de violencia, los bandidos habían hallado poca oposición. Las mujeres gimoteaban al entregar sus preciosos ornamentos, mientras que los hombres arrugaban el entrecejo y murmuraban por lo bajo protestas de venganza. Pero media docena de cuerpos que yacían en el pulido suelo, y algunos más que tenían el cráneo abierto, o sangraban por heridas, daban fe de que los forajidos no se sentían intimidados por el alto rango de sus víctimas.

Conan se sacudió un calambre de los tensos hombros y miró incómodamente a los guardias que se hallaban en lo alto de la escalera. Habría un duro enfrentamiento si se decidían a bajar de la galería. El cimmerio se maravillaba de que aquellos zingarios pudieran honrar como rey a un borracho cobarde que permitía que sus propios nobles fueran desvalijados en su presencia, y no permitía que sus soldados intervinieran.

—¡Vamos, daos prisa, leales súbditos! —les apremiaba

Mordermi, dando palmadas y saltando de un lugar a otro. Hacía una magnífica farsa con el disfraz de Rimanendo, aunque poco apreciaba su humor la corte de Su Majestad.

Se procedió con rapidez al saqueo del pabellón real. En cuestión de minutos, los bandidos hubieron cargado con tantos sacos —todos demasiado llenos— como les fue posible acarrear. Mordermi juzgó que había llegado la hora de dar las buenas noches a su anfitrión y de partir, antes de que los refuerzos les arruinaran la noche.

—¡No salgáis de aquí si queréis estar vivos cuando amanezca! —les advirtió Mordermi con poderosa voz—. Tengo arqueros apostados frente a las puertas. ¡A cualquier necio que trate de perseguirnos le alcanzará un dardo en el corazón!

Preguntándose por cuánto tiempo los retendría aquella mentira, Conan salió sigilosamente del pabellón junto con sus camaradas. Pensó que, si la aristocracia zingaria tenía el mismo fuste que su rey, se quedarían dentro hasta morir de hambre.

Poco después que hubieran abandonado el pabellón, los gritos y el clamor de los soldados que acudían a la carrera les indicaron cuan ajustada había sido su huida.

Enfrentada a la amenaza de los arqueros, la turba de la puerta había huido para ponerse a cubierto. A cobijo de la sombra de los árboles, habían seguido arrojando piedras e insultos contra los guardias; Carico les arengaba con el máximo esfuerzo de sus robustos pulmones. El fuego crepitó en medio de la calle, y una jocosa efigie del rey Rimanendo empezó a arder vivamente.

Furioso, el capitán de la guardia había ordenado a sus arqueros que tirasen contra aquella muchedumbre. Unos pocos alaridos de dolor recompensaron sus esfuerzos, pero los arqueros eran pocos, y sus blancos se ocultaban en la noche y en el bosque. Razonablemente protegida por su casual parapeto, la turba pareció exaltarse, más que acobardarse, por la exhibición de fuerza, y el motín que estaba teniendo lugar ante los jardines reales de recreo tan solo se vio avivado en su furia.

Sin esperar a que nuevas tropas procedentes de la ciudad se les unieran, el capitán de la guardia había ordenado una salida que dispersara a los amotinados. Un fuerte destacamento de sus tropas acababa de cruzar la puerta cuando les llegaron nuevas del saqueo del pabellón del rey. Con terrible indecisión, el oficial trató de

llamarlos para que regresaran a defender la entrada, y así pudiera enviar al pabellón otro destacamento, sin saber aún cuál de aquellas amenazas era la principal entre las fuerzas atacantes.

Como consecuencia, fue una partida de guardias desordenada y sin aliento la que llegó al saqueado pabellón, tarde ya para atrapar a los bandidos de Mordermi dentro del edificio de mármol. En cambio, se encontraron con una multitud asustada y ultrajada de convidados del rey, expoliada de todas sus pertenencias de valor, que, furiosa, pedía la cabeza de todos los culpables, incluidos los incompetentes guardias.

Con poca ventaja, Mordermi y su banda, cargados de tesoros, huyeron corriendo al abrigo de la oscuridad, fuera ya de los iluminados jardines. Aunque por el momento no los alcanzaran sus perseguidores, no tenían la huida bien preparada. Escarpados precipicios daban al mar por todos los lados del promontorio, salvo por uno, defendido por el muro, y no había manera de escalarlo si toda la guarnición estaba alerta. La tercera fase de la incursión de Mordermi había de funcionar perfectamente, porque si no serían cazados como el lobo que queda atrapado en un redil de ovejas.

De entre las brumas que ocultaban el mar surgió una pequeña flotilla de barcas de remo, que luchaba contra la marea por llegar a una estrecha franja de tierra que iba emergiendo delante del escarpado promontorio a medida que descendían las aguas. Con preciso cómputo de tiempo, surcaron las espumas y llegaron a la orilla en el lapso de tiempo en que los guardias que tendrían que haber patrullado en los precipicios eran mandados a repeler a los alborotadores de la puerta. En un reconocimiento previo habían acordado cuál sería el mejor punto por donde acercarse al promontorio, y los bandidos que eran perseguidos con tanto ahínco se dirigieron al lugar convenido.

El promontorio se elevaba unos cien pies, o más, por encima de las olas; su escarpadura era un desnudo muro de quebradas rocas. Cuando llegaron al punto de encuentro, uno de los que allí estaban arrojó una flecha con un cordel atado. Manos ansiosas tiraron del cordel, al extremo del cual habían anudado los otros una pesada cuerda. Cuando la tuvieron arriba, la ataron a un árbol que estaba firmemente enraizado cabe el precipicio.

Aferrándose a la cuerda, los bandidos bajaron apresuradamente

por el barranco; los pesados sacos de botín entorpecían su descenso.

Conan se despojó de la máscara de seda que le cubría los rasgos de la cara y miró con fiereza el sendero que habían seguido. El recinto era extenso, y, cabe los barrancos, árboles enanos reemplazaban a las rosas y a los árboles en flor. Como los cubría la oscuridad, era imposible saber por dónde se habían dado a la fuga los bandidos, y esto les daba una clara ventaja sobre sus perseguidores. Pero Conan oía el frenético rumor de las pisadas de hombres que se abrían paso entre los arbustos, que se desplegaban en su busca, y se dio cuenta de que se les acababa el tiempo.

—¡Baja por ahí, Kazi! —la apremiaba Mordermi—. Aquí, quizá tengamos que luchar dentro de muy poco.

—Voy a esperar al resto —le replicó Sandokazi.

—Santiddio, procura que tu hermana baje por esa cuerda, o la arrojaré por el precipicio para que se vaya volando con sus alas de halcón. Conan y yo os cubriremos las espaldas.

Conan observaba como los otros iban bajando.

—Llegaríamos abajo en seguida si dejáramos caer los sacos y luego bajáramos nosotros.

—¡Quiá! ¿Quieres que nos arriesguemos a que el oleaje se lleve esta delicia de chucherías? —le preguntó Mordermi con incredulidad—. Conan, ¿para qué habríamos robado todo este oro, si no para gastarlo?

—Aguza la mirada, pues —le advirtió Conan—. ¡Por ahí viene alguien que no quiere que lo gastemos con vida!

La primera y desordenada cuadrilla de soldados se arrojó sobre ellos, aullando como jauría que tiene acorralada a su presa. La luz apenas si les bastaba para distinguir la silueta de los bandidos al borde del precipicio, por lo que gritaron a sus camaradas que los forajidos estaban acorralados.

Conan se arriesgó a echar una mirada a la cuerda. La mayoría de los hombres había bajado ya; otros se debatían con alocada prisa. Pero Mordermi y él mismo tendrían que hacer frente a los soldados antes de que hubieran tenido ocasión de escapar.

Estos habían quedado sin aliento tras la persecución, pero estaban a punto ya de emplear sus espadas. Conan, que vestía yelmo, y lorigón, tenía ventaja sobre sus camaradas, y, sin dudar, atacó al primer guardia que les dio alcance. Blandiendo el hacha de

guerra con ambas manos, partió con su pesada hoja el estoque del otro, que había intentado una fútil parada, le atravesó la coraza y le hundió el arma en el pecho. Tras arrancar el hacha del cadáver, Conan paró el arma del otro con las bandas de acero que reforzaban el mango, le aplastó el brazo con el martillo del hacha y lo mató con un tajo de su ancha hoja.

A su lado, Mordermi estaba enzarzado en combate con otro de los soldados del rey. Aunque fuera claramente superior como espadachín, le contuvo por momentos la coraza del guardia. Con su rapidez, frustró el intento de su oponente de parar la acometida, y le clavó la punta del estoque en la desprotegida garganta, más arriba de la coraza. Retrocediendo, puesto que se había abalanzado sobre él, pisoteando el cadáver, otro guardia, Mordermi dio un traspiés, al tiempo que un tercer asaltante se agachaba y daba un tajo al vientre del forajido, que lo destripó.

Conan se apartó de su moribundo oponente y le abrió el cráneo al otro hombre, que se ponía en pie después de infligirle a Mordermi la herida mortal. Con asombro del cimmerio, Mordermi se echó a reír y clavó su arma en la cadera del otro atacante, y lo mató después que la herida lo hiciera caer. No salían sangre y entrañas del vientre del jefe de bandidos, sino tripa de almohadilla en cantidad; el arma solo se había clavado en el burlesco disfraz de Rimanendo.

—¡Baja por la cuerda antes de que vengan más! —le gritó Conan.

—Yo me quedo a vigilar la retaguardia —le dijo Mordermi—. Márchate tú.

Conan no llegó a replicarle, pues, de pronto, Mordermi gruñó, y se apartó, vacilante, del borde del barranco. Miraba con incredulidad la flecha que se le acababa de clavar en el hombro izquierdo.

Conan se arrojó cuerpo a tierra al pasarle cerca una segunda flecha. Entre maldiciones, Mordermi se dejó caer a su lado. Podían oír, allí cerca, la fuerza principal de guardias que se les acercaba. Otra flecha fue a dar en una roca, por encima de su cabeza.

—¿Es grave? —preguntó Conan, al tiempo que trataba de verlo entre los dedos ensangrentados de Mordermi que oprimían la herida.

—No me ha dado en el corazón, si es eso lo que te preocupa. —Mordermi gruñó por entre los apretados dientes—. Pero parece que tendré que bajar por la cuerda con una sola mano. ¡Quieres irte ya! ¡Te seguiré tan rápido como pueda!

—¡Por Crom! ¡Eres testarudo como un asno! —exclamó Conan.

Estaba observando la hilera de árboles que tenían a sus espaldas. Mordermi no vio nada, pero, cuando otra flecha se clavó en el suelo, cerca de ambos, Conan se levantó de un salto y arrojó la pesada hacha. Un grito de agonía se oyó por un instante y luego se hizo el silencio.

—Creo que había un solo arquero —dijo Conan, acercándose a Mordermi—. ¡Rápido, antes de que los otros nos den alcance! Nos iremos juntos.

Con la premura de la desesperación, empezaron a descender por el borde del precipicio. Conan iba el primero, para así sostener el peso de Mordermi. Fue difícil, pero ambos lograron ir bajando; se alejaban con un empujón de la superficie vertical, casi lisa, cuando querían descender, y frenaban la bajada aferrándose a la cuerda.

Ya casi habían llegado a la playa cuando la cuerda se tensó espasmódicamente, y luego se soltó. Mordermi arañó el aire; empezó la caída. Se hallaban a treinta pies, o más, de altura, y las rocas estaban aguardando sus carnes. Entonces, Conan empujó al otro hombre, menos corpulento, contra el acantilado. Agarrándose con la mano a una grieta del precipicio, el bárbaro sostuvo fuertemente a Mordermi con el otro brazo. La cuerda, cortada, cayó por su lado, liándose toda ella en inútiles anillos. Oyeron que de abajo subían gritos de consternación.

—He notado cómo se movía la cuerda mientras la cortaban —dijo Conan—. El precipicio es lo bastante quebrado como para encontrar a tiempo un asidero.

—Estamos atrapados —exclamó Mordermi—. No hay manera de que bajemos sin una cuerda. Conan bufó.

—En Cimmeria, los bebés aprenden a escalar riscos antes de que sepan andar por suelo llano. Esto es un sendero de jardín. Agárrate a mí si no quieres tener que bajar por tus propias fuerzas.

Casi indefenso, Mordermi se agarró a Conan y trató de sostener lo mejor que pudo su peso muerto con el herido brazo derecho. El barranco parecía liso cual luna de cristal, y costaba verlo a causa de

la bruma marina que ocultaba aún la luz de las estrellas. Las rocas estaban húmedas por la salpicadura del oleaje, y una resbaladiza capa de musgo y algas hacía el descenso cada vez más peligroso.

Con todo, Conan iba bajando por el precipicio con la facilidad con que un mono baja del árbol; parecía indiferente al peso de Mordermi. Este jamás había de olvidar aquello, aunque poco más de un minuto podía haber pasado cuando Conan pisó suelo firme en la playa.

—¿Es que queríais tomar un atajo? —dijo Santiddio, riendo incómodamente—. Vimos caer la cuerda, y nos preguntamos qué caería luego.

—La mitad del ejército de Rimanendo, si esperamos más aquí —masculló Conan—. Mordermi tiene ya una herida de flecha, y en cualquier momento nos arrojarán más.

—¡A las barcazas! ¿A qué estáis esperando? —gritó Mordermi, con el rostro ceniciento a causa de la pérdida de sangre—. Conan, no voy a olvidar esto.

—Tú me salvaste del patíbulo —le dijo Conan, al tiempo que caminaban por los rompientes hacia las embarcaciones—. Yo siempre pago mis deudas.

7. Luz dorada, luz azul

Había en el rostro de Mordermi una palidez fuera de lo común, pero nada enfermizo hubo en su sonrisa cuando acercó un reluciente collar de perlas iguales a la luz dorada de una vela.

—Sandokazi, esto es tuyo. Cuéntalo como que ha salido de mi parte del botín. Ninguno de nosotros hubiera bailado tan bien como para que esas ovejas se pusieran en fila para ser tundidas.

Mordermi tenía el hombro izquierdo fuertemente vendado, y seguía desnudo del talle para arriba. Le habían extraído la flecha del cuerpo antes de que llegara el alba, después de regresar a la Fosa, sin más incidentes, por uno de los pasajes que conectaban el dédalo de callejuelas subterráneas con el puerto. La flecha se había detenido en el hueso, y había quedado alojada en el prieto músculo del hombro de Mordermi; no le había causado ningún daño serio, una vez interrumpida la pérdida de sangre. El sueño le había devuelto buena parte de sus fuerzas, y el fantástico botín que habían obtenido de la incursión contribuyó a revitalizarle aún más.

Estaban sentados con toda tranquilidad en los cuarteles de Mordermi: Conan se desayunaba con una corteza de queso y un mendrugo de pan malo; Santiddio estaba despeinado e insomne a causa de las emociones; Sandokazi sonreía, y palpaba las perlas que se había puesto en torno al cuello; a Mordermi le centelleaban los ojos al contemplar los resultados de un robo que había de elevar su nombre a la categoría de leyenda entre la comunidad de ladrones.

En el centro de la artesonada estancia, una gran mesa de caoba para banquetes se combaba bajo el peso del oro y la plata que habían sido amontonados sobre sus tablas. Tan solo la masa de joyas representaba una fortuna que abrumaba el entendimiento. Un sidéreo aluvión de anillos y collares, arracadas y tiaras, pendientes y broches, como si todas las estrellas del firmamento hubieran sido

apiladas sobre aquella mesa. Al lado del cegador montículo de piedras preciosas, las desparramadas montañas de vajilla de oro y plata parecían insignificante oropel.

—¿Sabes? —Mordermi suspiró complacido—. Dividir todo esto en partes va a ser labor más difícil que robarlo.

—Pero yo creo que más placentera —dijo suavemente Santiddio.

Conan se ayudó a tragar un bocado de pan negro con el vino de una gran copa de oro.

—Quizá te encuentres con que no es menos peligrosa. Estas chucherías son bonitas, pero yo, desde luego, preferiría un cofre de monedas. No podemos montar un puesto en día de mercado y venderlo todo al que pase.

—No hay por qué preocuparse —le aseguró tranquilamente Mordermi—. Podemos manejar esto tan bien como cualquier robo ordinario. Después de todo, ya dispongo de una organización. Fundiremos la vajilla de oro y plata en lingotes, una vez lo hagamos no quedarán trazas de su forma anterior, y venderé las joyas a través de mis contactos en Aquilonia. Aun si tomamos algo de aquí y de allá, hay bastantes riquezas en este montón como para comprar toda Zíngara y contratar a Rimanendo para que limpie esponjas en los baños públicos.

—Aquí hay demasiado dinero —insistió Conan—. Ese es el peligro. —Bebió otro sorbo de vino y no quiso seguir hablando.

—Y la mitad será para la Rosa Blanca —exclamó con entusiasmo Santiddio, ignorando las reticencias de Conan, pues el cimmerio siempre había sido hombre de ánimo sombrío.

—Y bien ganada —corroboró Mordermi—. Ahora ya puedo confesar que tenía mis dudas acerca de la capacidad de tu gente para lograr sus metas.

—Yo tengo mi organización también —le dijo Santiddio presuntuosamente.

—Debe de ser tu organización —dijo Sandokazi con sarcasmo, pues acababan de llamar a la puerta de la estancia.

Uno de los hombres de Mordermi —desde la incursión, el campamento de los bandidos parecía un campo armado— abrió la puerta, y entraron Avvinti y Carico. Llegaban con tanta puntualidad que por fuerza tenían que haber esperado desde más temprano, delante de la puerta, la hora convenida. Avvinti se inclinó con

meticulosa formalidad; Carico gritó un estruendoso saludo y les estrechó la mano. En los rostros de ambos, a la vista del botín, se pintó el asombro.

Aquellos dos hombres —ambos rivales de Santiddio en el caudillaje de la Rosa Blanca— no eran amigos, a pesar de toda la retórica del hermano de Sandokazi en torno a la causa común. Avvinti, alto y calmoso, se parecía materialmente a Santiddio por sus rasgos aristocráticos y su refinada cortesía. Cuarto hijo de una casa noble, y cultivado en demasía, su afinidad con él provocaba celos entre ambos, más que unirles. Conan lo despreciaba. Carico era hombre de otro fuste: basto, sudoroso, de groseros rasgos y abultada barriga. Tenía los grandes hombros y la tez hollinienta de un herrero, pues aquel era su oficio cuando no pasaba el tiempo reventando las reuniones de la Rosa Blanca con sus propuestas de nuevas formas de pensamiento radical. Pues, aunque careciera de educación formal, Carico era un gran pensador, cualidad que sus seguidores ensalzaban. Conan, cuyo padre había sido herrero, tenía a Carico por buen compañero de borracheras, y por mejor en la pelea que en los discursos.

Las ideas políticas de Santiddio se hallaban en un punto medio entre la doctrina de Avvinti —la dictadura benevolente bajo una elite de intelectuales— y la utopía sin clases de Carico, a la que se había de llegar mediante una alianza entre los campesinos y los trabajadores urbanos. Así como ambas facciones le rechazaban, tenía el respaldo mayoritario de quienes no encajaban en ninguno de los dos extremos. Como consecuencia, era el caudillaje de Santiddio el que mantenía unida la Rosa Blanca.

—Es impresionante, ¿verdad? —hizo notar Santiddio cuando vio que los dos recién llegados quedaban boquiabiertos, sin habla.

—¡Aquí hay oro suficiente para mantener durante un año a todos los pobres de Zíngara! —exclamó Carico.

—Suficiente para que la Rosa Blanca establezca la base de poder organizada que necesitamos —dijo Avvinti sentenciosamente—, si queremos emerger en la política como una fuerza digna de ser tenida en cuenta.

—Podemos discutir en la próxima reunión cómo se distribuirá nuestra parte del botín —dijo Santiddio para interrumpir la incipiente disputa—. Mordermi necesitará tiempo para dar salida a

todo esto con discreción.

—¿Como cuánto? —preguntó Avvinti con suspicacia.

—Todo depende del general Korst —le replicó Mordermi—. Actuaremos tan rápidamente como osemos hacerlo; solo un necio se arriesgaría a que lo pillaran con un botín tan fácil de identificar. Cuento con que nuestra huida por mar haga que concentren sus primeros esfuerzos en los barcos que están amarrados en el puerto. Pero este no ha sido un robo ordinario, y Korst sabe que su cargo depende de que pueda aplacar la cólera de Rimanendo. Debemos actuar con extrema cautela.

—Entonces, ¿por qué no dividimos las monedas ahora mismo? —sugirió Carico—. Al fin y al cabo, todos tenemos gastos inmediatos a los que proveer. Yo confío en que Mordermi convertirá en dinero el resto de este tesoro con tanta equidad y rapidez como le sean posibles.

—Estoy de acuerdo, por supuesto —dijo Santiddio, secundándole—. ¿Avvinti?

—Podríamos dividir ahora mismo toda la masa de oro y joyas —sugirió este—. Estoy seguro de que podremos repartir nuestra mitad del botín entre toda la Rosa Blanca, con mayor eficiencia y menor ocasión de ser engañados.

Mordermi sonrió aviesamente.

—¿Engañados? —Una luz fría centelleó en sus ojos esquivos. No tenía herida alguna en el brazo derecho, y su diestra reposaba, como distraídamente, en el puño del estoque.

—Por intermediarios —se apresuró a aclarar Avvinti.

—¿A cuántos peristas conoces? —preguntó cáusticamente Carico.

—Además, necesitaremos un ojo experto que evalúe este botín en lo que vale —dijo Santiddio con sorna—. ¿Querréis que un comerciante en joyas shemita nos diga el valor de cada pieza? ¿O preferís partir en dos cada uno de los anillos y collares?

—Yo solo quiero lo mejor para la Rosa Blanca —dijo Avvinti con frialdad—. Me perdonaréis el que tenga menos experiencia que algunos otros en lo tocante a la venta y dispersión de propiedad robada.

Conan, que ya había asistido en demasiadas ocasiones a disputas como aquella, no decía nada. No le pasó por alto a Mordermi que el

bárbaro estaba comiendo con la mano izquierda, y que no apartaba la diestra de la empuñadura del sable.

Avvinti no era tan obtuso como para no apercibirse de la situación.

—Si esa es la voluntad de la mayoría, entonces, por supuesto, debo acatarla —concedió con airado garbo—. ¿Empezamos a dividir la moneda, pues?

—Bien —dijo Mordermi, a modo de conclusión—. Entonces, dividiremos las monedas en dos partes. Tengo balanzas, si os interesan. ¿O creéis que nuestros dignos señores no se rebajarían a darnos moneda falsa?

Todos se animaron en aquel momento de expectación cuando Sandokazi, inclinada sobre la mesa, acercó los pesados sacos de oro y plata y de monedas de cobre a Mordermi. Cuando el brillo refulgente de las monedas se desparramó sobre la manchada mesa de caoba, todas las caras se acercaron, mirándolas fijamente.

Tan atentos estaban, que solo Conan se percató de que las velas ardían de pronto con azulado nimbo. Las amarillas llamas parecían menguar bajo un velo azul. Conan iba a decir algo.

La puerta se abrió. Repentina, silenciosamente, sin previo aviso. Alumbrado por el lívido fulgor de las velas, un extraño apareció en el umbral. Sin esperar invitación, entró en la estancia. La puerta se cerró sola, mas no antes de que Conan viera las inmóviles figuras de los hombres de Mordermi que hacían guardia, indiferentes, en sus puestos.

Todo había sucedido tan repentina, tan inesperadamente, que el tiempo pareció haberse detenido hasta que alguien se decidió a moverse.

Mordermi fue el primero en hablar.

—¿Quién eres… y cómo has podido entrar aquí?

—Me llamo Callidios —dijo el recién llegado en tono de ironía —. Simplemente, he entrado.

—Yo di órdenes de que no me molestaran —masculló Mordermi, encolerizado por la interrupción y la mala vigilancia.

—Nadie me lo había dicho —replicó el desconocido.

—Bien, ¿por qué has venido?

—He venido a coronarte rey.

Conan aferró la empuñadura del sable, pero Mordermi solo rio,

y lo mismo hicieron los otros tras una nerviosa pausa. Aquella afirmación, formulada con toda tranquilidad en un tugurio de ladrones y asesinos, había de ser sin duda una absurda chanza. Pero Conan no participó de sus carcajadas, pues había sentido el frío hálito de la brujería, y el acento del desconocido era el de Estigia.

Callidios no tenía una presencia que inspirara temor. Era joven —no parecía más viejo que ninguno de los que allí estaban—, de figura delgada y esbeltos miembros, y vestía un jubón y unas trusas que precisaban de remiendos. Una ancha capa de tela gris caía desordenadamente sobre sus estrechos hombros, y andaba encorvado, apoyándose ora en una pierna, ora en la otra, de tal manera que parecía haber de tropezar con el largo estoque que colgaba, demasiado bajo, de su cadera. Tenía la tez morena y la nariz aguileña del estigio de elevada casta, pero el cabello lacio de color pajizo y los ojos verdigrises daban fe de su condición mestiza. Entre el lacio cabello y los ojos sombríos tenía una amplia frente, aunque el aura de gran intelecto que le envolvía quedaba menguada por los delgados labios que se contraían nerviosamente sin cesar, y por los ojos demasiado brillantes que lo delataban como adicto al loto.

—Te lo repito, antes de que mis hombres vengan a romperte el costillar: ¿qué haces aquí?

—Llama a tus hombres si quieres, pero no recibirás respuesta alguna. —Callidios sonrió, y se apoyó en la otra cadera—. Duermen demasiado profundamente. Quizá anoche fueron a dormir tarde.

—¡Sifino! ¡Amosi! —gritó Mordermi—. ¡Venid, y saltadle los dientes a este maldito necio!

Como no obtuvo respuesta, Mordermi llamó de nuevo, con igual resultado.

—Es un simple hechizo. —Callidios se encogió de hombros—. Conozco otro, por lo menos. ¡No desenvainéis la espada, caballeros! Si os quisiera algún mal, ya lo hubierais sufrido.

—Conan, mata a este necio si osa moverse —masculló Mordermi —. Santiddio, ve a ver qué sucede en el pasillo.

Santiddio fue a cumplir la orden, pero tuvo que detenerse. Ya no había puerta en aquella estancia. Solo una lisa pared en el lugar donde la puerta había estado.

—Se trata de una ilusión infantil, lo admito —dijo Callidios a

modo de disculpa—. Puede que la puerta todavía esté ahí, no lo sé con certeza. Pero, perdonadme mis precauciones. Esta reunión no debe conocerse fuera de nuestro reducido círculo.

Callidios no hizo ningún movimiento perceptible, pero de pronto la puerta reapareció. En el pasillo, oyeron voces lejanas que se gritaban acusaciones.

—No ha sido algo muy imaginativo —dijo Callidios, encogiéndose de hombros.

—¡Aguarda, Conan! —Mordermi se adelantó a la acometida asesina del cimmerio—. Oigámosle. Nuestro visitante es hombre de sutiles talentos.

—Es un brujo estigio, y parecerá menos sutil cuando le falte la cabeza —le espetó Conan—. Matémoslo ahora, o todos acabaremos por lamentarlo.

—Siempre podemos hacerlo —sugirió Mordermi, pues los otros parecían compartir la opinión de Conan—. Pero, puesto que Callidios ha querido hablar con nosotros, dejémosle que nos explique qué hace aquí.

—Desde luego —dijo Callidios lánguidamente—. He venido para ayudaros a invertir vuestro nuevo tesoro. —Con total despreocupación, se dejó caer en una de las sillas que había en torno a la mesa.

—¡Este hombre está loco! —dijo Mordermi, negando con la cabeza—. Creo que ya te he visto en otra ocasión. Te he visto por la Fosa, cerca del puerto, tambaleándote a causa de los humos del loto amarillo. No sé cómo has llegado hasta aquí, pero, tanto si eres un espía de Rimanendo como si sigues tu propio y estúpido juego, no te irás tan fácilmente de aquí con nuestros secretos.

—¿Secretos? ¿No pensaréis que un robo de esta magnitud puede mantenerse en secreto? Todas las lenguas de la Fosa están hablando de la valerosa incursión de Mordermi de la otra noche. A estas horas, incluso los lerdos de la corte de Rimanendo deben de saber qué mano los despojó de sus bagatelas… y de su orgullo. Qué lástima que no hayáis podido robar lo uno sin tocar lo otro, Mordermi. Hasta ahora, Rimanendo nunca ha actuado contra vosotros porque nunca habíais sido dignos de su atención. Aquí, en la Fosa, eres príncipe de los ladrones, pero Su Majestad y los nobles roban más al pueblo con los impuestos de una semana que vosotros

a Rimanendo en un año de saqueos.

»Mas ahora, les habéis robado su orgullo. Rimanendo solo salvará la cara si tú y tus hombres acabáis alimentando a los cuervos en el Patio de Baile. Y aún peor, te has aliado con la Rosa Blanca; los has incitado a que pasen de la sedición a la insurrección. Korst actuará contra la Fosa, y Rimanendo le dará autoridad para que emplee toda la fuerza que necesite en la destrucción de Mordermi y de la Rosa Blanca.

»Y así —acabó diciendo Callidios—, querréis invertir vuestra recién adquirida fortuna con sumo cuidado, para no tener que jactaros de vuestra riqueza con los cuervos.

—Este hombre es un genio. —Mordermi rio amargamente—. Y nosotros que creíamos que Rimanendo quería compartir sus tesoros con nosotros. Y, por favor, en el poco tiempo que te queda de vida, dinos cómo hemos de gastar nuestro tesoro.

—¡Usadlo para destruir a Rimanendo, antes de que él os destruya a vosotros!

Callidios se levantó torpemente de la silla, y empezó a andar por la estancia con sus enloquecedoramente descoyuntados andares.

—Habéis robado una fortuna, pero no conocéis su valor. Habláis de dar comida al hambriento, de finas ropas para vosotros, de libelos para difundir vuestras teorías políticas, de armas para vuestros seguidores. Me recordáis a los ladrones que una vez robaron un antiguo amuleto de un templo de Set, en mi patria. Cuando los capturaron, se descubrió que habían desengastado las gemas, y habían fundido el oro; creyeron que así serían ricos, pero el amuleto que destruyeron tenía el poder de hacer invulnerable a su portador.

»¿Sabéis qué es lo que tenéis aquí? ¡Tenéis el precio de un reino! Si empleáis con buen tino estas riquezas, podréis provocar la caída de Rimanendo. En vez de acosados fugitivos, ocultos en la Fosa, podríais ser los nuevos gobernantes de toda Zíngara, y vivir plácidamente en los palacios de vuestros antiguos amos.

—Lo que tú decías —le admitió Santiddio a Mordermi—, este hombre está loco.

—Quizá solo nos cuenta los sueños que le ha inspirado el loto —dijo Mordermi—. Pero tales sueños dan una espléndida visión.

—Yo le curaré su locura —bramó Conan.

—¡No, aguarda! —Mordermi le detuvo—. Escuchemos todo lo que Callidios tenga por contarnos.

—Meditad el equilibrio de poder que mantiene en pie el reino de Rimanendo —siguió diciendo Callidios, tan confiadamente como si hubieran sido los otros quienes se sentaban en casa de un extraño—. En lo alto de la pirámide se halla el rey Rimanendo, corrupto e incompetente, cuya única preocupación como gobernante es que los tributos le llenen los cofres reales en medida suficiente para que se pueda costear sus excesos. Al rey le siguen los nobles, que pueden tiranizar al pueblo de Zíngara de la manera que quieran con tal de que nada perturbe los placeres de Rimanendo. Cualquiera de las casas más elevadas podría deponerlo, de no ser por la envidia de sus rivales, que, sin duda, intervendrían si hubiera cualquier cambio en el equilibrio de poder. El ejército sostiene al rey y su corte; tanto el Ejército Real de Zíngara como los ejércitos privados de los poderosos aristócratas. Hacen cumplir la voluntad de sus señores por los que están en la base de la pirámide: el pueblo de Zíngara.

—Este hombre —dijo Santiddio— tiene una admirable obsesión por contarnos lo que ya sabemos bien.

—Y vosotros seguís tolerando esta situación —replicó Callidios, con sorna.

—¡No por mucho tiempo! —exclamó Carico, incapaz de contenerse por más tiempo—. Cuando la base de la pirámide se mueva, los que están arriba caerán. La Rosa Blanca guiará al pueblo de Zíngara a un nuevo orden social en el que no habrá opresores ni oprimidos.

—Estoy seguro de que todos los que nos hallamos aquí compartimos el mismo sentir —dijo Callidios, interrumpiéndolo—. Pero la retórica no derriba príncipes, ni campesinos armados de cachiporras van a derrotar a tropas disciplinadas.

—Los soldados no lucharán con sus hermanos, una vez la Rosa Blanca los haya convencido de que nuestra causa es la de todo el pueblo de Zíngara.

—¡Te equivocas, Carico! Los soldados lucharán contra los enemigos de quien les pague. Por eso son soldados.

Callidios se tambaleó, y señaló la mesa cargada de tesoros.

—Lucharán por esto.

A pesar de sí mismos, todos escucharon las palabras del estigio.

—Vosotros solo veis en ese tesoro riqueza material —siguió diciendo Callidios—. Sois como aquellos infortunados ladrones del amuleto. ¡Pues yo os digo que el valor verdadero de este tesoro es su poder! Y os diré más: es un medio para obtener poderes aún más grandes. El poder absoluto en Zíngara… si osáis…

—¿Y si pruebo las ilusiones de este brujo con honesto acero? —sugirió Conan—. Su lengua sigue un camino tan tortuoso como sus andares.

—Déjale que siga —intercedió Avvinti—. Quizá este hombre esté loco, pero no es un necio.

—Zíngara es un fruto maduro para la cosecha —siguió diciendo Callidios, sin inmutarse—. Pero no lo tomaréis a base de oratoria y de mezquinos robos. Cualquiera de los poderosos aristócratas podría hacerse con el trono de Rimanendo si sus rivales se lo permitieran. Pero la usurpación acabaría con el equilibrio de poderes y provocaría una guerra civil, y las guerras civiles suelen reducir a la miseria a ambas facciones. Así, Rimanendo sigue en el trono.

»Pero, con el poder que tenéis ahora, si os decidís a blandirlo, podéis deshacer ese equilibrio. Mordermi es un héroe para el pisoteado pueblo de Zíngara, y las masas escuchan a la Rosa Blanca. Con estas riquezas, podréis comprar amigos poderosos, ganaros la atención de quienes se hallan en puestos elevados. Podéis sobornar a los jueces del rey, comprar favores de los funcionarios de la corte. Podéis comprar armas y cotas de malla para vuestro ejército popular, o, aún mejor, contratar compañías de mercenarios veteranos para que luchen por vosotros. En cuanto vuestro poder sea reconocido, podréis formar alianzas con los grandes aristócratas. Entonces, tendréis fuerzas suficientes para dar un golpe contra Rimanendo y sus seguidores, y, con las llamas de la guerra civil, podréis forjar a voluntad un nuevo orden y un nuevo gobierno.

»El momento de grandeza está a vuestro alcance. Si vaciláis, lo habréis perdido para siempre, y seréis destruidos por el mismo poder que habéis adquirido.

—¿Y qué pintas tú exactamente en ese sueño de gloria? —quiso saber Santiddio.

—Quiero participar de vuestro poder, como es obvio —le dijo afablemente Callidios—. Tal y como ha observado Mordermi, soy un hombre de talentos sutiles. Podéis ver que he entrado en vuestra

fortaleza oculta sin que me lo impidiera vuestra formidable cuadrilla de forajidos. También podría marcharme, y con vuestro tesoro, si necesitara tales bagatelas. Pero tengo el designio de apoderarme de un reino, y no de gruñir entre otros perros por los huesos que caen de la mesa del rey.

—Designio audaz el tuyo —le dijo Mordermi—. Pero no alcanzo a ver de qué nos servirá un hechicero estigio renegado para llevarlos a término. Uno se maravilla de que un hombre con tantas cualidades como tú te atribuyes deba pasar sus días aquí, en la Fosa.

Callidios se encogió de hombros con tal violencia que se tambaleó.

—Como habréis adivinado, no me conviene regresar a Estigia. No soy uno de los señores del Anillo Negro, pues si lo fuera no me veríais en este lamentable estado. Pero tengo mis razones para dedicar mis días a deambular por la Fosa.

Se llenó de vino una copa al tiempo que hablaba, y se dejó caer en la silla, sin verter —imposible decir cómo lo hizo— ni una sola gota.

—Mi padre fue sacerdote de Set; mi madre, una esclava aesir comprada para que pusiera en escena algunos papeles centrales en cierto rito sacrificial. Era hermosa, mi padre la deseó, y al poco ya no fue aceptable para ningún ritual en que debiera sacrificarse una virgen. Mi padre tenía suficiente poder para eludir el castigo por sus actos, pero no la vergüenza. Cuando, poco después, nací yo, sus enemigos no me juzgaron digno de su atención, y mi padre me vio siempre como un recuerdo de su caída en desgracia.

»Mi madre murió. Se me permitía vagar por los templos como un animal, se me toleraba, igual que se deja entrar en la cocina a un perro abandonado siempre que no moleste. Aprendí mucho en los templos de Set, secretos y saber prohibido, igual que el perro busca migajas y restos a los que los despreocupados cocineros ni siquiera prestan atención. Al fin, me vi obligado a marcharme de Estigia, pero no sin antes dominar poderes suficientes como para que mi huida fuera segura. El que ahora esté sentado delante de vosotros prueba que no hago vano alarde.

»Desde Luxur, huí a Khemi, y allí tomé un barco para Kordava. Durante varias semanas he vivido aquí, en la Fosa, mas no porque

quisiera ocultarme, pues esta ciudad enterrada no me valdría como refugio contra los que, si pudieran, vendrían a buscarme. Vine a la Fosa, más bien, en busca de ciertas cosas de las que había tenido noticia. Encontré lo que buscaba, pero no estaba seguro de qué hacer con mi conocimiento. Por supuesto, todos los habitantes de la Fosa conocen las valerosas proezas de Mordermi. En cuanto supe del golpe de la pasada noche, vi que ambos podíamos ayudarnos con gran provecho mutuo.

—Callidios, te reconozco esto —dijo Mordermi, riendo—: Que para ser un hechicero autodidacto, tienes tanto descaro como cualquier rufián que haya conocido. Si tus hechizos tuvieran tanta fascinación como tus palabras, hoy estarías gobernando Estigia. Pero lo que dices no es ningún disparate, y siempre me vendrá bien tener otro despabilado canalla en mi banda. ¿Sabes manejar de verdad esa espada, o embrujas primero a tus oponentes y les asestas luego el mandoble?

—En realidad, no soy capaz de juzgarme en esa materia —dijo suavemente Callidios—. Pero puedo poner en pie a un ejército de espadachines al que ningún oponente humano osaría enfrentarse.

—¿Un ejército? —Mordermi se preguntó si tenía que reír. Había cierta gélida suficiencia en la manera de hablar de Callidios que ya no le resultaba divertida.

—Un ejército que puedo poner en pie gracias a mi saber secreto —le dijo Callidios—. Del mismo modo que vosotros podéis poner en pie a un ejército con las riquezas que habéis robado. Mordermi, ¿seremos aliados tú y yo?

Una risa mordaz relució en los ojos verdigrises del brujo, y Mordermi se preguntó cuál de los dos estaría actuando como un necio.

8. Un chapuzón matinal

Las olas rompían perezosamente contra los podridos pilares del malecón. Conan oyó el redoble de campanas, a cierta distancia. Miró como Sandokazi metía sus piernas desnudas en las tristes aguas, y se preguntó si aquello había de tener buenas o malas consecuencias.

—Necesitaremos un bote —había dicho Callidios—. Y alguien que reme. Y un nadador fuerte.

Conan tiró de los remos con agrio bufido, e hizo que el bote se deslizara sobre el mar poco profundo. En la popa, Sandokazi se había subido la falda hasta la cadera, e iba dando patadas en la estela que dejaban en las aguas. En la proa, Callidios hacía posturas grotescas y gritaba órdenes espasmódicamente. Conan había asentido a unirse a aquella excursión, con la idea a medio formar de atarle el ancla al cuello al estigio y arrojarlo por la borda en lo más profundo de la bahía.

Mordermi y Santiddio habían hecho muchos planes con los secuaces del jefe de forajidos y con la cúpula de la Rosa Blanca; habían pasado toda la noche en ello. Para evidente disgusto de Conan, habían aceptado con entusiasmo las ocurrencias del estigio, hasta el punto de que Mordermi había declarado ya —y quizás creía— que Callidios no había hecho más que secundar sus propias ideas.

Además, Callidios había hablado de ciertos poderosos embrujos que tenía a sus órdenes, de maravillosos poderes que podía emplear en ayuda de la causa de sus camaradas. Sueños inducidos por el loto, quizás. Pero no es prudente ignorar las afirmaciones de un hombre que haya intimado con los aborrecibles secretos de los sacerdotes de Set. Callidios decía que podría dar pruebas de su audaz afirmación; Conan había sido enviado para que examinara

tales pruebas, y Sandokazi se había unido a la excursión para coartar las hostiles intenciones de Conan para con un aliado que podía resultar útil.

Aquella mañana era fría, aunque menguaban las brumas marinas, aunque la presteza con que el sol naciente retiraba el velo gris daba fe del día claro y cálido que les aguardaba. Conan, recordando que Korst habría hecho vigilar el puerto, maldijo de nuevo a Callidios por aquella absurda salida a la bahía de Kordava. La marea estaba bajando, y un abigarrado tropel de bajeles mercantes y botes de pesca había de salir aquella mañana, por lo que Conan tenía alguna confianza en que su esquife no llamaría la atención.

—¡Conan, mira! —le gritó Sandokazi—. ¡Se ve gente ahí abajo, en el fondo!

Callidios estuvo a punto de caer al agua en sus prisas por ver lo que ella señalaba.

—¡Estatuas! —exclamó, quejumbroso—. Solo son estatuas de jardín. Yo voy a mostraros algo mejor.

Conan dejó los remos y se asomó por la borda.

Como la luz del amanecer penetraba en las azuladas profundidades, las ruinas sumergidas de la antigua Kordava eran visibles a algunas brazas de profundidad. Medio enterrado en un bosque de algas, un revoltijo de rota estatuaria hacía guardia entre las caídas columnas y las quebradas paredes de una villa. Bancos de pececillos relucían cual bandadas de aves de plata entre las piedras incrustadas y los montones de corroído ladrillo. Borrosos, otros arrecifes de edificios en ruinas se dejaban entrever en el invertido horizonte, donde largas serpentinas de algas ondeaban en la corriente como agitadas por una brisa de la mañana.

—No sabía que una parte tan grande de la ciudad antigua se hubiera hundido en el mar cuando el terremoto —dijo Conan, pensativo—. Creía que solo una estrecha franja de la costa se había sumergido, pero estamos a una milla de la ribera.

—Ya hemos dejado atrás los muros de la ciudad antigua —le dijo Callidios—. Esto había formado parte de una larga península que encerraba parte de lo que entonces era la ribera de Kordava. La península entera se hundió cuando el terremoto devastó la costa. Los opulentos tenían aquí sus villas; ahora estamos pasando por

encima de los restos de una de ellas.

Miró de soslayo al mar abierto, donde la marea, en su reflujo, se agitaba sobre la tierra sumergida.

—Bien, vamos por el buen camino. Ve remando por ese bajío. El sepulcro se halla más adentro del mar, pero con la marea baja no tendremos problemas para encontrarlo.

—Entonces, ¿nos llevas a un sepulcro? —le preguntó Conan con sarcasmo—. Yo creía que nos ibas a mostrar un ejército.

—Te aseguro que vas a quedar satisfecho, cimmerio.

Conan escupió al mar y siguió remando. El cimmerio había prestado poca atención y menos fe a los alardes de Callidios. Tenía la vaga noción de que el renegado estigio debía de comandar alguna especie de panda de asesinos, que quizá le aguardara en un barco, lejos de la costa, o acechara en una de las pequeñas islas del delta del río Negro, que iba a desembocar cerca de Kordava.

—¿De quién es el sepulcro que buscamos? —preguntó Sandokazi, para romper el silencio.

—Es el del rey Kalenius.

Sandokazi, pensativa, frunció los labios.

—Quizá fuera rey en algún sueño inducido por el loto. No recuerdo que ninguno de los reyes de Zíngara se llamase «Kalenius».

Conan gruñó, pues pensaba que las aguas serían muy profundas una vez dejarán atrás aquel bajío.

—Kalenius fue uno de los más grandes reyes thurios —le explicó Callidios con solemnidad—. Vivió en una era en que Atlantis todavía emergía entre las olas, y los reinos que había en esta tierra eran Verulia, y Farsún, y Valusia, y aún faltaba un milenio para que naciera el reino de Zíngara.

—Bien, yo no he oído hablar nunca de este Kalenius —dijo Sandokazi con petulancia—. Ni de su reino, ni de su tumba.

—Los reyes y reinos de la antigua Thuria son hoy espectros y polvo, olvidados por la orgullosa civilización hiboria que se ha alzado sobre la osamenta de su antigua grandeza —le respondió Callidios, socarrón—. Yo creo que ha de llegar un día en que también nuestra edad se hundirá en el polvo, y los niños que bailen sobre nuestros huesos recordarán nuestros países y nuestras razas solo en sueños.

—¡Qué memez! —dijo Sandokazi, riendo—. Los reyes pueden

morir, pero ¿cómo han de desaparecer esta tierra y sus pueblos?

—Mira bajo la estela que dejamos en las aguas y sabrás cómo —le replicó Callidios.

Conan se abstuvo de hacer comentarios. Si Sandokazi quería conversar con un loco, que se divirtiera con ello. Una cuerda no muy larga atada a un ancla, y un centenar de brazas de profundidad, no habrían tardado en acallar la lengua de Callidios.

—En los siglos que vinieron después que Kull el Atlante se hiciera con el trono de Valusia y empujara a los reinos thurios a una época de guerras, fue Kalenius quien por fin impuso la paz del conquistador a las tierras que se hallaban al norte y al oeste de Grondar y de las Tierras Olvidadas. El imperio de Kalenius no alcanzaría a soñarlo ni el ambicioso príncipe de Turan. Los soberanos y los pueblos de todo un continente doblaron la cerviz a su voluntad y antojo. Kalenius declaró que su imperio había de durar mil años, y su fama por toda la eternidad.

»Pero Kalenius envejeció y murió; su imperio se quebró por las guerras civiles ya en el mismo momento en que se daba sepultura al rey. Al fin, el Cataclismo tendió un velo de negrura sobre los reinos de Thuria, y la fama de Kalenius es recordada solo por los que buscan el saber perdido de una edad perdida.

Callidios interrumpió el monólogo con un violento cambio de postura, y gritó, frenético:

—¡No remes más, Conan! ¡Hemos llegado!

Al instante, el estigio echó el ancla. Su risa sardónica se cruzó con la mirada de Conan, y este maldijo en silencio.

Estaban anclados a quizás una legua de la costa. Con la marea baja, el bajío se hallaba tan solo a una braza por debajo del esquife. Rizadas olas espumeaban en la superficie, sobre la península sumergida, y Conan adivinó que las corrientes serían traicioneras en cuanto la marea comenzara a subir. No había otros bajeles al alcance de la voz; sus capitanes los conducían a aguas más profundas.

—Debajo de nosotros el sepulcro de Kalenius —indicó Callidios con gestos.

Conan y Sandokazi se asomaron obedientemente por la borda. La mar estaba clara, pero las olas que agitaban la superficie no les dejaban ver bien el fondo. Las gaviotas daban vueltas y chillaban

por el cielo; el viento y el mar chocaban desagradablemente. Conan tuvo la impresión de que el fondo se alzaba allí, al extremo del bajío, como un otero sumergido de considerable extensión.

—¿Qué sepulcro? —preguntó Conan, al tiempo que miraba expresivamente a Sandokazi.

—Está bajo el mar, y bajo las arenas —le respondió Callidios—. Hace un milenio, habríais podido distinguir algunos de los monumentos funerarios más grandes del mausoleo, en cuya edificación se esforzó Kalenius durante treinta años. Lo que el Cataclismo no destruyó, se lo llevaron los padres fundadores de Kordava como material de construcción. Solo quedó el túmulo, y aun este acabó por tragárselo el mar. Estamos anclados sobre todo lo que resta de ese túmulo.

—Es fascinante —dijo Sandokazi, mintiendo.

—Treinta años dedicó Kalenius a la edificación de su sepulcro. Unos cien mil habilidosos trabajadores, diez mil maestros artesanos, la riqueza de un imperio, dirigidos por la voluntad del monarca absoluto del continente thurio, le erigieron un sepulcro que había de ser la maravilla del mundo, que había de perdurar a través de los siglos.

—Estoy seguro de que aquí hallaremos muchas cosas interesantes —dijo Sandokazi, bostezando.

El sol empezaba a pegar con fuerza, y la aventura de aquella mañana perdía interés.

—No hallaremos nada —corrigió Conan, pues se sentía engañado tras escuchar el altisonante discurso del estigio. Callidios estaba quitándose las botas.

—Hallaréis, si sabéis dónde buscar. Los templos de mármol y las fuentes de oro no habrán aguantado el paso de las edades mejor que un ramo de flores arrojado sobre el ataúd, pero las supremas maravillas del sepulcro del rey Kalenius se hallaban bajo tierra.

Callidios dejó sus botas al lado del estoque, puso sobre estas el jubón y empezó a quitarse con dificultad las trusas.

—Por descontado —dijo, mirando al cimmerio— que tendréis que nadar un poco si queréis verlo vosotros mismos.

Conan se encogió de hombros, y se quitó las botas. Ya iba desnudo de cintura para arriba, y en un momento se hubo quitado los pantalones. Ajustó en torno a su desnuda cintura la correa que le

sujetaba la daga al cinto, asegurándose de que esta estuviera segura en su vaina.

Sandokazi le sonrió con audacia, y empezó a desabrocharse el corpiño. Tras quitarse la falda, se sacó la blusa por la cabeza y le miró, vestida solo con unas ligeras enaguas de algodón.

—¿Vas a venir con nosotros? —empezó a discutirle Conan.

—¿Por qué no? Es una buena mañana para nadar, y Callidios ha prometido que nos mostraría «supremas maravillas».

—Esto no nos llevará mucho rato —dijo Callidios, al tiempo que ajustaba la cuerda del ancla para que el bote flotara sobre el borde mismo del sumergido otero.

Desnudo, el estigio parecía una irregular colección de sudadas articulaciones y angulosos miembros. Al lado del cuerpo de Conan, bien musculado, bronceado por el sol, Callidios parecía un gato callejero mal nutrido que acabara de salir de un charco.

—¿Y qué se supone que vamos a ver? —preguntó Conan.

—Vosotros seguidme —respondió Callidios evasivamente, y se arrojó con torpeza al mar.

Riendo alegremente, Sandokazi se zambulló después que el mago. Frunciendo el ceño, Conan les siguió.

Tres cabezas se meneaban sobre las aguas del mar abierto. Callidios, cuyos rizos del color de la estopa le hacían un turbio amasijo en el cráneo de cupulada forma, chapoteó como un perro hasta un lugar donde el fondo marino se hundía bruscamente. Agitando las piernas para mantenerse a flote, aguardó a los otros dos nadadores.

—El mausoleo de mil columnas, por cuyos ventanales de lapislázuli entraba de día el dorado sol, y de noche la luna de plata, y por cuyas baldosas de mármol serpentino fluían ríos de mercurio, no había de ser más que un ostentoso espectáculo para generaciones de dolidos súbditos. El cadáver del rey Kalenius, preservado mediante los poderes arcanos de sus brujos, fue sepultado bajo tierra, en una tumba secreta cuyas maravillas sobrepasaban a las del mausoleo, del mismo modo que destacaría este al lado de la sepultura de un pobre. Kalenius ordenó a sus súbditos que, sobre la llanura, erigieran una montaña. Doscientos mil esclavos se afanaron a lo largo de tres décadas, acarrearon tierra para levantarle a Kalenius una montaña donde ninguna montaña había.

»Fue un túmulo digno de acoger a un dios muerto. Se alzaba doscientos pies sobre la llanura, y era circular, de mil pies de anchura. En su cima se edificaron los templos y monumentos funerarios que habían de aturdir la imaginación de sus súbditos. Pero en su interior se hallaba un palacio aún más suntuoso que aquel, desde el que Kalenius reinaba sobre todo un continente, y en este fueron depositados los despojos del rey, sobre un trono de oro, para que reinara por toda la eternidad sobre el mundo de ultratumba.

Callidios se detuvo para tomar aliento. Conan echó una mirada de hastío al esquife, vio que no se había soltado el ancla, y pensó que el estigio podría haberles ofrecido su altisonante charla antes de que hubieran saltado por la borda.

—En el tiempo en que la tierra tembló, y destruyó la antigua Kordava —prosiguió Callidios—, el nombre de Kalenius había sido ya olvidado, y su túmulo no era más que un vulgar otero. Entonces, el océano se tragó los restos de una de las mayores obras de la Edad Precataclísmica, y la montaña que un rey había erigido quedó reducida a un bajío sin nombre. Hendido ya por el Cataclismo y por el terremoto, el escondido sepulcro de Kalenius se hundió en el mar, donde, ahora, las mareas y tormentas de más de un siglo han ido erosionando, implacablemente, las últimas barreras que protegían su palacio subterráneo. Si queréis una prueba de lo que digo, seguidme.

Conan sintió de pronto interés por aquello, a pesar de su escepticismo. La ocasión de saquear un sepulcro regio le agitaba el pensamiento con sus posibilidades. El oro del rey Kalenius, al contrario que su fama, debía de haber aguantado el paso de los siglos.

—Este sepulcro… —empezó a decir Conan.

Pero Callidios ya se había zambullido, y se hundía en las aguas.

Conan tomó aire, maldiciendo para sí, y, zambulléndose a su vez, buceó en pos del estigio hacia las profundidades.

El agua salada, al principio, le escoció en los ojos, pero, una vez pasado aquel estorbo, vio muy bien. A su lado, alcanzó a ver a Sandokazi; se le habían vuelto translúcidas las enaguas blancas, en tanto que estas se plegaban y ondeaban en torno a la esbelta figura. Más adelante, Callidios había pasado de largo ante los márgenes del

sumergido otero, y seguía descendiendo a profundidades aún mayores. Aunque la presión empezara a lancinarle el cráneo, Conan apretó los dientes y siguió buceando detrás del brujo.

Una vez pasado el bajío, el fondo marino se alejaba mucho de la superficie. Enredadas marañas de algas ocultaban la sumergida pendiente, de tal manera que habría sido imposible definir con exactitud sus contornos. Conan alcanzaba a ver, vagamente, la silueta de unas grandes losas que, ladeadas, sobresalían irregularmente del fondo marino. Al verlo más de cerca, le pareció que distinguía las cilíndricas formas de columnas truncadas.

Cuando Conan sentía ya opresión en el pecho, y el dolor del cráneo le abrumaba, Callidios se detuvo en una inesperada extensión oscura que había en la sumergida ladera. El estigio señaló frenéticamente hacia abajo, y luego subió disparado hacia la superficie. Con su último aliento, Conan se acercó al lugar que Callidios le había señalado.

Festoneada por las hebras flotantes de las algas, una hendedura se abría, oscura, en el sumergido otero. Un talud de losas, y de rotas columnas, rodeaba la hendedura, y seguía ladera abajo hasta desaparecer en las lóbregas profundidades de lo que había sido franja costera. Al pasar buceando por delante de la abertura, Conan creyó ver que ahondaba en el túmulo hasta más allá de lo que podía verse. Medio cegada por el limo y los escombros, la entrada del pasaje estaba flanqueada por una hilera de figuras de piedra, que apenas si llegó a vislumbrar contra la negrura del interior.

Con los pulmones sedientos de aire, Conan volvió rápidamente al exterior. Como relieves en el muro de luz que, desde el fondo, parecía la superficie, vio las huesudas piernas de Callidios que se movían sin cesar, y a su lado los bien formados miembros de Sandokazi, en tentadora exhibición, pues las enaguas le flotaban sobre el agua. Conan emergió a su lado, y aspiró una larga bocanada de aire.

—¿Y bien? —le preguntó Callidios—. ¿Lo has visto?

—He visto ruinas de piedra, y entre estas una cueva —bramó Conan, al tiempo que se frotaba los ojos.

El esquife flotaba sobre las olas, no lejos del lugar donde estaban nadando.

—Tal y como os dije —exclamó entusiasmado el estigio—. La

mar y el terremoto abrieron por fin el túmulo, y ahora tenemos un camino hasta el sepulcro del rey Kalenius. Yo había pasado muchos días por aquí buscando esa hendedura y pruebas de que se trataba en efecto de la tumba de Kalenius. ¿Y acaso no la he encontrado? ¿No habéis visto? ¿Veis como tenía razón?

—Tú decías conocer un misterioso ejército que podrías llamar para que nos ayudara a derrocar a Rimanendo —le recordó Conan —. Vinimos aquí en busca de pruebas de tu baladronada, pero tú nos enseñas ruinas y ese sepulcro sumergido. Se me ocurre que tu promesa de ayudarnos no fue más que una huera baladronada, y que en realidad quieres que te ayudemos nosotros a sacar un dudoso botín del sepulcro.

—¿Crees que os hubiera confiado este secreto a ti y a los asesinos que tienes por amigos si no necesitara vuestra ayuda? —dijo Callidios en tono de reprobación—. La tumba contiene riquezas que no alcanzaríais ni a soñar, cimmerio. Si no fuera así, no habría huido de Estigia para buscarla. Pero dije que os daría una prueba de los poderes que puedo emplear para vosotros. Piensa de nuevo. ¿Qué más has visto abajo?

—Nada, salvo un agujero en el fango y columnas rotas —repitió Conan—. Y algunas estatuas, como aquellas que hemos encontrado antes.

—¿Estatuas? —dijo Callidios, riendo—. Entonces, ¿las has visto? Vuelve a examinarlas con más atención, cimmerio.

Sin aguardar respuesta, Callidios se sumergió de nuevo y bajó buceando a las profundidades. Preguntándose adonde querría llegar el estigio con aquella absurda chanza, Conan lo siguió.

De nuevo, el dolor lacerante en el cráneo cuando la presión de las profundidades marinas actuó sobre él. Conan juzgó que solo un buceador experto habría podido alcanzar la hendedura de no ser por la marea baja. Que el estigio hubiera sido capaz de encontrar la cueva submarina constituía de por sí una proeza, por la que Conan tenía que otorgarle de mala gana su respeto. Sin embargo, cuál fuera el juego del brujo, seguía siendo para él un enigma.

Callidios buceaba lentamente por encima de la negra abertura, por el lado de una cresta submarina. Aunque la espesura de las algas ocultara el fondo, Conan pensó, por cómo estaban situadas las piedras, que el estigio había dicho la verdad: que el terremoto,

aparejado con la acción de las aguas, había abierto una entrada a un túmulo cuyo oculto sepulcro había debido de tener regia magnitud.

Tras acercarse nadando a la entrada del pasaje, Conan vislumbró las estatuas que había dentro, medio enterradas entre escombros y algas. Eran figuras a tamaño natural de guerreros, cargados de armas y armaduras de diseño arcaico y extraño, ingeniosamente esculpidas, con cuidadosa atención al detalle, en una piedra negra y lustrosa que había logrado resistirse a la corteza de lapas y algas que se habían ido incrustando en las ruinas. Habría media docena, o más, dispuestas cerca de la entrada del pasaje, y, más adentro, otras apenas visibles. El trabajo de artesanía era exquisito, y en caso de que lograran sacarlas de allí, podrían venderlas por un precio indudablemente elevado en Kordava. Era aquel, pues, el ejército de las chanzas de Callidios. Debía de haber, sin duda, fantásticas riquezas en el túmulo sumergido, que estaban a salvo de cualquier ladrón que careciera de branquias. No le maravillaba que Callidios buscara ayuda para saquear aquel sepulcro que había descubierto.

Sandokazi se le adelantó buceando para ver mejor el descubrimiento del estigio. Sus bronceadas piernas la impulsaron con fuerza hasta la entrada del pasaje y la mantuvieron cerca del más visible de los guerreros de piedra.

El brazo de la estatua hizo un rápido gesto. Una mano de ónice la agarró por las enaguas.

Sandokazi ya se había propulsado hacia la superficie. Miró abajo para ver dónde habían quedado prendidas sus enaguas. Un grito brotó de sus labios en forma de torrente de burbujas.

Agarrando con fuerza a Sandokazi, la estatua levantó una maza de piedra con la otra mano y atrajo hacia sí a la forcejeante joven. Apenas frenada por la resistencia del agua, la maza cayó sobre su cabeza para asestarle un golpe mortal.

Sin perder tiempo para comprenderlo, Conan sacó el cuchillo y nadó a toda prisa hacia la frenética figura de la muchacha. Aferrándola por el hombro, logró apartarla de la trayectoria de la maza, que a punto estuvo de matarlos a ambos.

Por el rabillo del ojo, Conan vio que otra de las figuras de piedra negra se volvía hacia ellos. El lodo marino se revolvió en torno a sus piernas medio enlodadas mientras se abría camino para salir del

pasaje, blandiendo la espada de ónice.

Ya no salían burbujas de los labios de Sandokazi, cuyos miembros se agitaban en impotente frenesí. Conan atacó con el cuchillo el brazo negro que la tenía sujeta, y la hoja de acero resbaló, sin hacer daño, sobre la firme piedra. La maza cayó sobre él. Conan dio una voltereta, eludió el golpe, y arreó salvajes patadas al hombro de piedra en un esfuerzo por liberar a ambos.

Las enaguas de algodón de la muchacha se rasgaron en el forcejeo, y con ello quedó libre. Con el ímpetu del impulso que se había dado, Conan se alejó del guerrero de piedra y agarró de paso el desnudo cuerpo de Sandokazi.

Sujetando con los brazos a la muchacha medio ahogada, Conan nadó frenéticamente hacia la superficie. Se arriesgó a echar una breve mirada hacia abajo. El guerrero de piedra los miraba airado desde la entrada del pasaje, con la maza alzada, y un jirón de las enaguas de Sandokazi en su puño negro; una prueba de que aquello no había sido una horrible ilusión de las profundidades marinas.

Conan emergió. Sandokazi sufría arcadas, y trataba de respirar, debatiéndose todavía, presa de irracional pánico.

—¡Callidios, bastardo traidor! —rugió Conan—. ¡Tú sabías que aquellas cosas están vivas! ¿Por qué no nos has avisado?

—Yo sabía que se moverían tan pronto como os acercarais a ellas —dijo el estigio en su defensa—. Pero, al cabo, son demasiado pesadas como para daros alcance a nado, y no creía yo que os descuidarais hasta el punto de poneros a su alcance. —Callidios sonrió con malicia—. ¿Y qué ha sido de vuestra burlona condescendencia, amigos? ¡Y bien! ¿Soy, pues, un demente adicto al loto? Es lo que hace un momento creíais de mí. ¿Por qué iba a malgastar mi sabiduría con un bárbaro patán y una ramera arrogante? Yo os dije que podía poner en pie un ejército con mis saberes secretos; vosotros dudasteis, y exigisteis prueba de mis afirmaciones. Os he mostrado la prueba que se requería, y aunque la demostración no ha carecido de peligros, el caso es que los he compartido con vosotros.

—Oh, déjalo correr, Conan —le dijo Sandokazi, apremiándole entre accesos de tos—. Tiene razón. De no haberlo visto con nuestros propios ojos, no le habríamos creído. Yo quería ver en qué piedra estaban talladas; si no, no hubiera cometido el error de

acercarme.

Conan maldijo con fervor al brujo, pero este no se le acercaba, y Sandokazi estaba demasiado fatigada todavía para nadar sin la ayuda de Conan. Jurando para sí que ajustaría cuentas en otro momento, el cimmerio fue hacia el esquife.

Tan rápido como pudieron, los tres nadadores llegaron al bote y treparon a bordo.

—Con todo, podrías habernos avisado —repitió Conan, colérico. Le ardieron peligrosamente los ojos con disimulado fuego cuando levó el ancla.

Sandokazi, que todavía estaba tosiendo agua de mar, echó una mirada intranquila por la borda. Aunque los guerreros de piedra no fueran capaces de nadar, estaba deseando que Conan dejara de prestar atención a Callidios y remara. Estaba temblando, aunque el sol calentara.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó.

—Las llamaban Guardia Póstuma —respondió Callidios—. Un millar de los mejores guerreros de todo el imperio de Kalenius, fanáticos que habían jurado fidelidad a su rey con juramentos que ni la muerte podía romper.

—¡Esos no son guerreros humanos! —protestó Conan—. El brazo que yo acuchillé paró mi daga como si su carne hubiera sido de piedra.

—En otro tiempo fue carne viviente —le dijo Callidios—. Pero Kalenius sabía que la carne mortal no iba a guardar su nimba en los milenios venideros. Las ocultas cámaras acabarían por entregar sus secretos al hombre paciente; las trampas sutiles se delatan al dispararse; los hechizos de muerte pueden ser contrarrestados por hechicerías aún más potentes. Kalenius sabía que todas estas cosas no bastarían para defender su palacio eterno contra ladrones e intrusos.

»Sus archimagos crearon la Guardia Póstuma. Para que la tumba de Kalenius tuviera vigilancia en las edades por venir, mil de sus guerreros más selectos fueron transformados en criaturas inmortales de piedra viva. Ha durado milenios su subterránea vigilancia, mientras los continentes se tambaleaban y se hundían, y Kalenius y su imperio entraban en la leyenda y desaparecían del recuerdo. Como habéis visto, siguen en sus puestos.

—¡Cómo pudo un hombre elegir tal destino! —Sandokazi se estremeció; se puso sus ropas, al tiempo que el sol le secaba la piel.

—La historia no cuenta si les dio la oportunidad de negarse —dijo Callidios, encogiéndose de hombros—. No es extraño que un gran monarca ordene enterrar con él a sus domésticos, vivos o muertos. La Guardia Póstuma era un regimiento de elite, compuesto por fanáticos que consideraban un honor el haber sido elegidos. Y, al fin y al cabo, así como otros monarcas permiten a sus soldados que mueran por ellos, Kalenius, en cambio, otorgó cierta inmortalidad a los guerreros de la Guardia Póstuma.

—¿Llamas honor a estar muerto en vida? —Conan resopló mientras remaba con vigor.

—Pero tendrás que darme la razón en que han cumplido irreprochablemente con su deber —dijo Callidios—. Aunque la mano del tiempo haya reducido el palacio eterno de Kalenius a sumergida ruina, su sepulcro no ha sido saqueado en ningún momento por ladrones humanos. ¿Cómo va a poder un hombre contra guardianes como estos? El acero no es capaz de matarlos; el oro no puede corromperlos. Solo Kalenius podría darles órdenes, y Kalenius ha muerto. Les ordenó que defendieran su palacio eterno, y la Guardia Póstuma obedecerá esa orden hasta que el mismo tiempo llegue a su fin.

Conan dejó de remar.

—Así pues, nos has traído hasta aquí para mostrarnos un ejército de guerreros que nadie puede controlar, y un sepulcro regio que nadie puede saquear. Mordermi no va a agradecértelo.

—Sin duda, Mordermi me lo agradecerá si logro hacer ambas cosas.

—¡Conan! —gritó de pronto Sandokazi—. ¡Hay fuego en el barrio portuario!

El cimmerio se volvió para mirar a donde ella señalaba. Una nube de humo oscuro había empezado a ascender hacia el cielo sin nubes. Entonces, en otra parte de los barrios ribereños, otros tentáculos grises empezaron de pronto a trepar al cielo desde los miserables edificios. Conan se protegió los ojos de la luz del sol con la mano, y observó atentamente. El sol y las llamas daban luz con su resplandor a las minúsculas figuras que se estaban arremolinando en las lejanas calles.

—¡Es Korst! —dijo Conan, sombrío—. ¡Está atacando la Fosa!

9. Callejón sin salida

El ataque de Korst se había gestado en la desesperación.

Tras la incursión de Mordermi, el rey Rimanendo había ordenado al general que acudiera a su presencia. Rimanendo había expresado su regia voluntad con inusitada franqueza.

—Si en tres días no han sido ahorcados esos ladrones, te mandaré ahorcar a ti.

Que Mordermi era el cerebro que había planeado el ultraje, eso lo habría descubierto una red de espías mucho menos eficaz que la dirigida por Korst. Hasta aquel momento, el osado forajido había sido poco más que una molestia para el general; las depredaciones de Mordermi incumbían a la guardia de la ciudad, y no al ejército. Todo había cambiado con el asalto al pabellón del rey. El honor de Rimanendo había sido objeto de afrenta, y la participación de la Rosa Blanca ponía de manifiesto que se trataba de una abierta insurrección. Recobrar el botín era algo secundario; Mordermi y su cuadrilla tenían que ser aniquilados a cualquier precio.

Y Korst sabía muy bien que el precio sería elevado. La Fosa era como una segunda ciudad dentro de Kordava, un reino donde las leyes de Zíngara no hallaban más aplicación que las de Khitai o las de Vendhia. Un ataque contra la Fosa se asemejaría a la invasión de un país extranjero, y los ciudadanos de la Fosa ofrecerían, sin duda, sanguinaria resistencia a la autoridad de Rimanendo.

Korst no tenía ninguna intención de ocupar el puesto de Mordermi en el Patio de Baile.

Cuando Conan llegó cerca del puerto, el ataque de Korst estaba ya avanzado. Los colores dorado y borgoña del Ejército Real de Zíngara parecían inundar las calles. Por los edificios que se hallaban sobre la Fosa salía humo y fuego, y compactas barreras humanas cerraban las principales salidas de la ciudad subterránea.

—¿No pensarás en ir allí? —le preguntó Callidios.

—Mordermi es amigo mío —se limitó a responder Conan. El cimmerio no tenía ninguna duda acerca de lo que debía hacer.

—Está cogido en una trampa —dijo Callidios—. Tendrás que arrojarte entre las líneas de Korst y luchar por el dudoso privilegio de unirte a tus amigos en una última refriega.

—Ahora estaría con ellos, si no nos hubieras llevado en esa absurda búsqueda —masculló Conan—. Si Mordermi aguanta lo bastante como para detener el primer ataque de Korst, entonces tendremos una oportunidad. Korst no se atreverá a arrasar media Kordava para llenar de humo la Fosa. —Y añadió—: Sandokazi, será mejor que no te entrometas en esto. Tú y Callidios, marchaos en el esquife después de dejarme en la ribera, e intentad…

—Si crees que voy a huir es que estás tan loco como Callidios —exclamó Sandokazi—. Esta lucha es más mía que tuya, Conan.

—Como quieras —dijo el bárbaro, encogiéndose de hombros.

Las cimmerias jamás se apocaban ante el derramamiento de sangre, aunque había observado que las razas civilizadas exigían cierta timidez de sus mujeres.

—Callidios —siguió diciendo—, por mí puedes irte a remo hasta Estigia en cuanto lleguemos a la costa.

El brujo se había vestido, y tenía la mano sobre el puño del estoque.

—Le dije a Mordermi que le haría rey —dijo, sonriente—. Es una desgracia que el general Korst se nos haya adelantado en una jugada, pero ahora no es cuestión, para ninguno de nosotros, de echarse atrás. Tú y tus amigos hablabais de una revolución. Bien, habéis empezado una, y no hay cuartel para los rebeldes. Si queréis que nos aclamen como libertadores, y que no nos ahorquen por traición, tendremos que confiar en nuestras espadas… y en nuestro ingenio.

Con lo que se reducían a la nada las esperanzas de Callidios, pensó Conan. El renegado estigio le aperplejaba. ¿Había verdadero coraje tras aquella cínica mirada? ¿O quizá los vapores del loto le habían borrado la conciencia del peligro físico? Conan optó por no pensar más en ello; contempló su propio sable.

Sandokazi tuvo una idea.

—Callidios, la pasada noche fuiste capaz de colarte en nuestros

cuarteles. ¿No podrías emplear tu magia para que fuera posible atravesar el cerco de Korst?

—¿Hacer que pasemos los tres por en medio de la refriega, a plena luz del día? —protestó el estigio—. Esta situación es enteramente distinta. ¿Es que creeríais capaz a un trilero de convertir metales plebeyos en oro? Si tuviera tales dotes, ahora no estaría aquí.

—Creo que, por fin, este brujo nos ha confesado la verdad acerca de los poderes de que tanto alardea —dijo Conan, mofándose.

—¿Qué sabes tú de hechicerías, Conan? —exclamó Callidios, airado—. Aunque un guerrero sea experto en el arco, ¿creeremos por ello que ha de tener la misma pericia con la espada? Yo he seguido ciertos senderos, y no he seguido otros. Pero no hay señor del Anillo Negro que haya avanzado más que yo por los caminos que he escogido.

—Cuéntaselo al primero de los asesinos de Korst que te pregunte qué estás haciendo aquí —le sugirió Conan—. Trataremos de llegar hasta Mordermi por el pasaje por el que entramos después de la incursión. Korst no puede tener hombres vigilando cada madriguera.

En esto, Conan tenía razón. El general Korst había meditado aquel problema y todas las consecuencias que podía tener. Por ello, había dispuesto un cerco en las calles, en torno a los límites aproximados de la Fosa, y luego había mandado a tres compañías del Ejército Real de Zíngara contra la ciudad subterránea. Como el rey Rimanendo le había dado carta blanca, Korst pretendía tratar a la Fosa como a una fortaleza enemiga. Los que no ofrecieran resistencia serían hechos cautivos, y luego liberados, o arrestados, de acuerdo con ulteriores pesquisas. Los que se resistieran, incurrirían en abierto desafío a la ley marcial, y a la voluntad del rey; habían de ser aplastados sin misericordia.

Si todo le salía bien, Korst acorralaría a Mordermi en su cubil, y derrotaría a sus hombres antes de que los forajidos hubieran comprendido que se hallaban bajo ataque. El carácter realista de Korst le hacía ver que una victoria tan fácil no era probable; seguramente, todos los habitantes de la Fosa se enfrentarían, armas en mano, con los soldados del rey. Daba igual.

Korst estaba dispuesto a emplear toda la fuerza necesaria en la captura de Mordermi, y que hubiera mortandad entre las gentes no le importaba más al general que a su regio señor.

El pasaje que empezaba en la ribera había escapado a la atención de Korst, y les permitió burlar el cerco. Conan no sabía cuánto tiempo podría pasar antes de que descubrieran aquel pasaje, pero no se hacía ilusiones con poder usarlo para volver a salir. Seguido por Sandokazi y Callidios, el cimmerio se abrió camino ente el gentío, con la esperanza de encontrar la fortaleza de Mordermi antes de que los soldados pudieran invadir la Fosa.

Conan se iba enervando, porque se hallaba en un campo de batalla ajeno a toda su experiencia. Bajo las calles de Kordava, la Fosa se asemejaba a un laberinto claustrofóbico, presa de la carnicería y el desorden, con más trazas de tumultuosa pendencia tabernaria que de batalla campal. No había espacios abiertos, solo calles y edificios abarrotados de una humanidad frenética y forcejeante, mientras que, arriba, un manto de humo hacía como un segundo techo, más bajo que la bóveda que cubría la Fosa. El aire le sofocaba los pulmones; el tumulto le ensordecía. Una vez, Conan había visto dos ejércitos de hormigas enzarzados en batalla sobre el montículo de un hormiguero, y lo había abierto para maravillarse ante el feroz combate que atacantes y defensores libraban en las galerías. Acudió a su memoria aquel recuerdo mientras se abría paso, a codazos, por las atestadas calles de la ciudad sepultada.

Era el caos, más que la resistencia armada, lo que prolongaba la batalla. Tras cercar la Fosa, Korst había invadido la ciudad subterránea por tres puntos, en un intento de ocuparla antes de que sus habitantes hubieran podido reaccionar. Pero los de la Fosa se habían apercibido del cerco desde el principio, y la aparición del Ejército Real de Zíngara había convencido a todos los que estaban allí dentro de que Rimanendo pretendía librar a Kordava de aquel sumidero de vicio y crimen, como tantas veces había amenazado con hacer. Desesperados, sin posibilidad de huir, los habitantes de la Fosa luchaban como ratas acorraladas.

La vanguardia de Korst, que no había esperado hallar más resistencia que la de un rebaño de asustados corderos, se encontró en cambio con bestias salvajes. No eran aquellos unos ciudadanos respetuosos de la ley, acostumbrados a obedecer ciegamente las

órdenes de la autoridad. La Fosa estaba poblada de canallas y endurecidos criminales, de hombres fuertemente armados para quienes la violencia era uno de tantos hechos de la vida, que odiaban las leyes del rey solo un poco menos que a los encargados de su aplicación. Cuando apenas si habían penetrado todavía en los estrechos callejones, los hombres de Korst hallaron el camino cegado por barricadas, y por turbas de hombres y mujeres desesperados. Las flechas y las piedras caían sin ser vistas sobre sus ordenadas filas, pues los muros de los edificios más elevados servían de refugio a los resistentes. Los soldados se veían entorpecidos por sus propios heridos y sus muertos, y no podían avanzar por las angosturas de calles que más bien parecían madrigueras. Después de retirarse tan airosamente como pudieron, informaron a Korst de que el avance que se había dispuesto era imposible. Este, sin arredrarse, atacó con tropas de refresco.

Aprovechando el punto muerto que medió entre ambos ataques, Conan y sus compañeros lograron abrirse paso hasta el interior. Tras asegurarse de la solidez del cerco, los soldados de Korst habían luchado en vano para forzar la entrada. Dentro, se había declarado el estado de sitio, pues los moradores de la Fosa se habían unido para defender la ciudad de un invasor cuyo triunfo había de significar, sin duda, el exterminio. Los incendios ardían sin control por la periferia, amenazando con extenderse a toda Kordava. Hombres y mujeres corrían por las calles, con armas y material para erigir barricadas en todos los pasajes que conducían a la Fosa. Tras las barricadas, y en las angostas callejuelas, la torva y cruel lucha a muerte levantaba nuevas barreras de carne asesinada.

A punto ya de alcanzar la fortaleza de Mordermi, Conan vio al caudillo de forajidos, montado a caballo en medio de un círculo de los suyos. La ira le enrojecía el rostro, pero no daba muestras de pánico, y, sereno, iba dando órdenes para la defensa de su reino. Cuando respondió al saludo de Conan, una breve sonrisa afloró a sus labios.

—¡Ese es un cimmerio sin tacha! —dijo Mordermi, riendo—. Mientras algunos bravucones hablan de huir, Conan vuelve a toda prisa, buscando pelea. ¿Qué has descubierto?

—Korst tiene la Fosa rodeada… —empezó a explicar Conan.

—Dime algo que no sepa. ¡Korst tendrá que pagar un elevado

precio por nosotros! Estamos resistiendo su asalto, y Santíddio ha alzado en armas a la Rosa Blanca para que defiendan las barricadas. Korst no podrá desenterrarnos sin echar abajo la mayor parte de Kordava, y ni siquiera Rimanendo le permitirá llegar a tanto. —Mordermi señaló a Callidios con la cabeza—. Yo quería que me contaras qué has averiguado de este que dice que va a coronar reyes. ¿Te ha enseñado algo digno de mención, o había salido todo del loto amarillo?

—Pregúntale a Sandokazi —dijo Conan, gruñendo, pues no estaba de humor para hablar de brujerías; el olor de la batalla le llenaba las narices—. ¿Dónde quieres que luche?

—Ponte al mando de las barricadas de la Calle de las Urracas, y envíame a Sifino para que informe —le dijo Mordermi, al tiempo que se tocaba el hombro izquierdo, que tenía vendado, frunciendo el ceño—. Korst está concentrando allí el grueso de su tropa y, si abre una brecha, podrá entrar en la Fosa con todas sus fuerzas. Yo coordinaré la defensa desde aquí, con el hombro así, no valdría un adarme la pelea cuerpo a cuerpo, y nos retiraremos a mi fortaleza si es necesario. Mejor lo tendremos si podemos impedir que Korst entre en la Fosa.

—¡Mira quién trae ahora noticias frescas! —le replicó Conan—. Dame uno de esos caballos, o la lucha habrá terminado antes de que logre abrirme paso entre la muchedumbre.

Uno de los hombres de Mordermi desmontó, y le brindó a Conan las riendas. El cimmerio se encaramó a la silla y fue a caballo hacia la Calle de las Urracas, ansioso por distraerse de los planes y hechicerías de Callidios arrojándose a la sangrienta batalla. Hombre a hombre, acero contra acero… Conan no pedía juego más sutil que aquel.

Mordermi sonrió al ver que el cimmerio cabalgaba hacia la refriega.

—¡Por Mitra! ¡Dadme un centenar de hombres como este, y Zíngara tendrá un nuevo rey! —Sintió que Callidios le miraba—. ¿Y bien, estigio? —le preguntó con aspereza.

—Conan va cabalgando a la batalla, como buen peón que es —dijo el mago con una sonrisa—. Tales peones son provechosos para ganar batallas, y tales batallas para ganar guerras. Pero el hombre que sabe hacer uso de sus peones, y de sus victorias, ese es el que

sigue el camino de los reyes. Yo creo, Mordermi, que es momento de que ambos hablemos de tales cosas.

10. Caos

La Calle de las Urracas —de nuevo, un chiste típico del humor zingario— era lo más parecido a una gran vía de que pudiera jactarse la Fosa. En los tiempos de la antigua Kordava, aquella avenida había tenido otro nombre —ya olvidado—, y había sido un paseo ancho, recto, entre orgullosos edificios. En el momento aquel, en que por la mayor parte de las calles de la Fosa no habrían podido pasar a la vez dos carretas que se encontraran de frente, la Calle de las Urracas ofrecía a Korst el punto más vulnerable a un asalto, y como sus tropas estaban siendo contenidas en otros lugares, el general del rey había concentrado allí su ataque.

—¡Conan! —Una voz familiar le llamaba entre un grupo de heridos—. ¡Cuánto me alegro de verte! Santiddio decía que te habías ido a pescar.

Carico se estaba atando una venda sucia en torno al grueso muslo.

—Un bastardo logró darme un pellizco debajo de la loriga —dijo, a modo de disculpa, mientras Conan desmontaba—. Pero allí está, sin quejarse, en el mismo lugar donde le desparramé los sesos.

—¿Dónde está Santiddio? —preguntó Conan al herrero.

—Se ha largado por la puerta trasera —dijo Carico mientras trataba de apoyarse en la pierna herida—. Ha ido a intentar que la ciudad nueva se una a nuestra lucha. Más valdría que hubiera ido yo a hablar con ellos, pero esta refriega requiere más agallas de las que Santiddio tiene.

—Mordermi quería que yo dirigiese la defensa de este lugar —le dijo Conan—. ¿Dónde está Sifino?

Por toda la calle llena de humareda, el clamor del combate se asemejaba al del trueno.

—Seguramente muerto —dijo Carico—. Estaba en la primera

barricada, y esa ha caído ya. Korst nos está arrojando todo lo que tiene. Necesitarás una cota de malla. Coge la mía. Mi fragua está cerca de aquí, y mandaré un muchacho a que me traiga otra mientras se restaña este maldito rasguño. Apenas si hay muertos de nuestra talla que puedas despojar. —Señaló con la cabeza a un montón de cadáveres.

Conan murmuró su apresurado agradecimiento y se puso en el torso el perpunte almohadillado y la loriga de Carico. El fornido herrero no era tan alto como Conan, pero en nada desmerecían sus hombros y espaldas al lado del gigantesco cimmerio. La oferta de Carico no valía poco; sin cota de malla, ningún guerrero habría podido sobrevivir largo rato en aquella lucha cuerpo a cuerpo, y Conan habría hallado pocas ocasiones de hacerse con una cota adecuada a su corpulencia.

La luz del día se coló por el extremo de la Calle de las Urracas, oscurecida solo en parte por un cúmulo de mampostería y escombros encendidos, pues uno de los edificios de arriba se había derrumbado, envuelto en llamas. Los defensores ganaron con ello un momento de respiro, mientras que el calor hizo retroceder a los soldados de Korst. Aquende los ardientes escombros, algunos hombres se llevaban a rastras cadáveres de la barricada, que había llegado a ceder, a juzgar por los cuerpos ataviados con vestiduras de color dorado y borgoña que yacían entre esta y una segunda barricada que estaba más lejos de la entrada. Conan se detuvo por un momento, observó los frenéticos esfuerzos por reforzar las improvisadas fortificaciones: carretas, puertas, maderos y grandes muebles se amontonaban de pared a pared, desde el pavimento hasta el techo. A diferencia de las barricadas ordinarias, no había manera de trepar por esta; los invasores tendrían que derribarla. Había una brecha en la segunda barricada por la que los hombres podían ir hacia la que antes había caído.

—Tratad de avanzar —había ordenado Conan—. Podemos volver a tomar la primera barricada mientras los de Korst se reagrupan, y retroceder hasta aquí si nos obligan de nuevo a abandonarla. No sería razonable ceder a esos bastardos más suelo del necesario. Y empezad una tercera barricada más atrás. Arqueros, apostaos en lugares desde donde podáis diezmar su frente cuando avancen, y retroceder hasta la siguiente barricada para cubrir la

retirada en caso de que nos desborden.

Los defensores que luchaban en aquel lugar —Conan estimaba su número en varios centenares— eran en su mayoría ciudadanos ordinarios, y había también gentes de la cuadrilla de Mordermi y miembros de la Rosa Blanca que habían acudido con Carico. Si alguien se extrañaba de que un joven cimmerio diera órdenes, no murmuraba en voz alta. Conan era apreciado y respetado por quienes conocían su persona o su reputación; para los demás, aquel gigante, que vestía cota de malla y blandía un sable, tenía una estampa demasiado formidable como para cuestionar su caudillaje.

Conan halló una borgoñota de acero entre un montón de cadáveres, y se la puso en la cabeza. Revolviendo más, encontró una adarga todavía aprovechable. Los hombres se apresuraban a reforzar la más avanzada de las barricadas; amontonaban cadáveres sobre ella. Conan pensó que aquello era como luchar en una caverna, tenebrosa y angosta. Había de librarse un combate brutal, sin elegancia, de los que no alimentan románticas baladas. Sin embargo, cierta calma se había adueñado de sus pensamientos. Los usos y razones de los amigos civilizados desconcertaban a Conan, pero, cuando la civilización prescindía de sus refinamientos, el bárbaro se sentía en su elemento.

Tras la ardiente barrera en que se había convertido el edificio al desmoronarse, Conan alcanzó a ver soldados zingarios que se esforzaban por extinguir las llamas y abrirse paso a través de los escombros. Los camaradas de estos que habían quedado atrapados en el lado de acá habían caído ante los reagrupados defensores. En el caso contrario, los hombres de Korst habrían tenido éxito, probablemente, en sus intentos de entrar.

A medida que las figuras de estos iban tomando forma en el pasaje lleno de humo, los arqueros rebeldes empleaban el arco. Los hombres de Korst, que avanzaban protegiéndose con sus escudos, tropezaban e iban flaqueando bajo la cruel descarga, que de cerca resultaba mortal. Pero nuevos soldados se abrían camino entre los cadáveres de sus camaradas, y cruzaban el breve espacio que se interponía entre ambos lados de la pila de escombros para asaltar la primera barricada. Su primera línea estaba ya demasiado cerca para que los arqueros pudieran hacerles algún daño, pues los atacantes se guarecían en los huecos de la barricada, y esta devino muralla de

cuerpos que trepaban y de aceros que asestaban mandobles.

Conan estaba agazapado bajo una volcada carreta. Las tablas de esta retemblaron al ser golpeadas por varios que trataban de apartarla. Un rostro apareció al otro lado de uno de los huecos a través de los que habían lanzado flechas los arqueros. Conan, torpemente, trató de alcanzarlo con la espada, erró la garganta, y abrió herida en la comisura de los labios. Una lanza atacó por el mismo hueco cuando Conan ya se apartaba. Otro hombre que estaba al lado del bárbaro la agarró y tiró de esta hacia sí. Un puño aferraba su astil, y antes de que el soldado pudiera retirarse, el arma del cimmerio hubo cortado por la mitad lanza y muñeca. El compañero de Conan cayó, aferrando todavía con la mano el quebrado astil. El bárbaro se detuvo un momento para ver por qué aquel hombre no volvía a levantarse, y vio que tenía una flecha clavada en el rostro.

Otra flecha se clavó en la adarga de Conan. Korst también tenía arqueros, y estaban arrojando flechas por todos los resquicios de la barricada en un intento de alcanzar a los defensores. Avanzaban ya más soldados, protegiéndose con improvisados manteletes, y cargaban contra la barrera. Espadas, lanzas y garrotes golpeaban y herían desde ambos lados de la barricada, pues los rebeldes luchaban por hacer retroceder a los soldados del rey antes de que estos pudieran echar por tierra la muralla que tan apresuradamente habían erigido.

Las hachas golpeaban madera con sordo ruido. Conan aguardó a que se rompiera una tabla de la carreta, y entonces hundió su espada bajo el brazo que sostenía el hacha de guerra. El sable no era muy adecuado para una acometida de aquel género, pero con todo le solucionó el apuro, y el acero, con las aguas de su filo, aguantó con metálico tintineo el contragolpe del hacha, que habría partido en dos un arma más ligera.

Una alabarda pinchó a Conan desde un claro que no había visto abrir. La punta atravesó con dificultad su cota de malla y se detuvo en el almohadillado perpunte, sin infligirle más daño al cimmerio que el de obligarle a retroceder ante la fuerza de la acometida. El regalo de Carico le había salvado la vida. Conan no malgastó fuerzas con el astil de guardas de acero de la alabarda. Dejando aparte su filosofía política, Carico era un buen herrero. Conan pasó

la adarga por debajo del hacha de la alabarda, la apoyó allí, y empujó con fuerza. Los anillos de la cota de malla eran sólidos y estaban bien trabados; habían aguantado ante aquella punta de hierro, mientras que otros similares se habrían partido. El portador de la alabarda fue arrojado contra la carreta, pues trataba de retener el astil del arma. El acero de Conan lo destripó entre las rotas tablas.

El cimmerio comprendió, mientras proseguía la batalla, que los soldados eran demasiados. La barricada, que habían reconstruido con grandes prisas después de que cayera por primera vez, iba a ser tomada de nuevo por el enemigo. Los hombres de Korst habían ideado la táctica de atar con cuerdas secciones enteras de la barricada y, tirando desde más allá del alcance de los rebeldes, hacerlas caer. Conan vio que los defensores tendrían que retirarse a la barricada siguiente, y deseó que la construcción de esta fuera más sólida. Muy probablemente, había sido un error no ordenar a los arqueros que avanzaran; hubieran podido asaetear a los hombres que tiraban de las cuerdas. Conan tomó nota mentalmente de aquel hecho.

Detrás mismo de la barricada, una figura salió dando traspiés por la puerta de una vinatería. Conan se dio la vuelta para hacerle frente, y no llegó a asestar el mandoble porque reconoció, bajo una ensangrentada venda, el rostro de negra barba de Sifino. El lugarteniente de Mordermi hedía a vino, y no se tambaleaba solo por la herida que había recibido en el cráneo. Miró a Conan parpadeando, algo confuso.

—Me arrastré por debajo del mostrador al caer la barricada —murmuró—. Debo de haberme desmayado. ¿Dónde está Carico? ¿Y cómo hemos vuelto a apoderarnos de esta barricada?

—Carico se está haciendo vendar la pierna —le dijo Conan con aspereza—. Mordermi quiere verte. Coge mi caballo y ve a contarle cuál es nuestra situación. Y dile que voy a tener que retirarme a la segunda línea de defensa. Necesitaré más hombres para poder aguantar.

Para dar mayor énfasis a sus palabras, una gran sección de la barricada se desmoronó. Conan empujó a Sifino hacia la puerta, pues una enorme alacena caía sobre ellos desde el cúmulo de maderas que se estaba derrumbando. Casi al instante, un par de

soldados treparon a la brecha. Conan atravesó al primero, y Sifino le abrió el cráneo al otro con una pata de mesa. Aunando fuerzas, volvieron a poner la voluminosa alacena en el hueco. Una lluvia de flechas cayó con sordo ruido sobre sus tablas mientras la empujaban para devolverla a su lugar.

Conan profirió un juramento.

—Esta barricada no aguantará. La incendiaremos. Eso nos dará tiempo para reagruparnos.

Sifino asintió, y entró de nuevo con pasos vacilantes en la vinatería. Volvió a salir al instante con un odre de vino medio vacío y un frasco lleno de aceite de lámpara.

—Con esto la haremos arder —dijo, y empezó a echar aceite por encima de los objetos apilados.

Conan arrojó una antorcha, y una llama amarilla se extendió por la tambaleante barricada. Al poco, las llamas cubrieron las maderas que la formaban, y obligaron a atacantes y defensores a apartarse de aquel calor abrasador y del humo que les sofocaba. Algunos soldados zingarios, que habían ido abriendo un túnel en la base de la barricada, aparecieron en medio de la brillante pira, y bailaron locamente hasta que las llamas los engulleron.

Conan tomó el odre de vino de manos de Sifino, y bebió con avidez.

—Ve a contárselo a Mordermi —masculló.

Carico se unió a él en la segunda barricada. El fornido herrero había vuelto a equiparse, y a armarse con una pesada hacha de doble hoja. Tenía rígida la pierna herida bajo prietos vendajes, pero en aquella batalla podía prescindirse del paso ligero.

—¿Algo nuevo? —preguntó Conan sombríamente.

—Parece que estamos aguantando.

Carico le prestó el hombro para levantar una carreta de bueyes, que Conan empujaba por la rueda. La gran carreta se ladeó, y cayó estrepitosamente hacia el hueco de la barricada por el que se habían retirado los hombres de Conan. El calor de la barrera en llamas que habían abandonado les chamuscó el rostro mientras, ayudándose con pesadas maderas, acababan de introducir la carreta.

—El ataque de Korst parece haber encallado —siguió diciendo Carico—. Queda por ver si persistirá en su intento de abrir una gran

brecha, o si lanzará un asalto por todos los frentes, por cada pozo de ventilación y madriguera que viene a dar a la Fosa.

—Korst no puede entrar. Nosotros no podemos salir —le espetó Conan—. En fin, él no se retirará, y nosotros no podremos seguir retirándonos detrás de barricadas en llamas.

—Lo mejor sería retirarnos hasta un lugar donde pudiéramos establecer una sólida línea de defensa —dijo Carico, con optimismo —. Tenemos comida y agua suficientes para resistir un asedio. En cuanto la ciudad vea que los hombres libres de la Fosa pueden plantar cara al ejército del tirano, se sublevarán contra Rimanendo, y aplastaremos a los carniceros de Korst en un abrir y cerrar de ojos.

—Por la victoria —dijo Conan a modo de brindis, con amargura, y le pasó el odre de vino a Carico. El juicio que él se formaba de la situación era más pesimista, pero resultaba difícil resistirse al entusiasmo del herrero—. ¿Cuándo empezará nuestro contraataque?

—Santiddio está amotinando al pueblo llano de Kordava en favor de nuestra causa. Avvinti se ha llevado parte de nuestro botín para tentar a ciertos nobles ambiciosos a que nos brinden su apoyo. A la Fosa le bastará con resistir firmemente contra el ejército de Korst. Rimanendo gobierna gracias al miedo. Cuando el pueblo vea que es posible desafiar su poder, abandonarán todo temor, y solo les quedará el odio.

—¿Qué es eso de Avvinti? —farfulló Conan, que no sentía ningún interés por la oratoria de Carico—. ¿Cuándo ha sucedido eso? ¡Mordermi no puede ser tan necio como para confiar en ese engolado mequetrefe!

—No siento gran aprecio por Avvinti —le replicó Carico—, pero sé que jamás traicionaría a la Rosa Blanca. Avvinti tiene amigos de alta cuna, y esos contactos, entre otros, hacen que sea un aliado inestimable para nuestra causa. Se fue antes del alba con la misión de jugar las cartas que tenía en la manga, como suele decirse.

—¿Antes del alba? —Las sospechas de Conan se agravaron—. ¿Es que Avvinti tenía alguna idea de lo que planeaba Korst?

—Oh, el ataque de Korst no fue del todo inesperado —le recordó Carico—. Callidios lo había predicho, y era obvio que no podíamos demorarnos en poner en marcha nuestros planes.

—Pero, si Mordermi sospechaba que Korst lanzaría un gran

ataque, ¿por qué no sacaba de aquí botín y hombres al mismo tiempo que salía Avvinti? —preguntó Conan—. Korst habría ocupado la Fosa sin hallar resistencia, se habría encontrado con que habíamos huido con el oro, y no habría habido batalla.

—Sin batalla, no hay guerra. —Carico le estaba explicando lo que le parecía obvio—. Necesitábamos una sangrienta batalla con las fuerzas de Rimanendo, como esta, para que el pueblo de Zíngara se uniera a nuestra revolución.

Algo afloró al rostro de Conan que alarmó a Carico. Este se corrigió apresuradamente:

—Todo esto, naturalmente, es una visión retrospectiva. ¿Cómo íbamos a saber que Korst organizaría un asalto a gran escala contra la Fosa?

Conan calló, y frunció el ceño, desanimado, a la vista de los llameantes escombros de la primera barricada. La corriente de aire había empujado hacia fuera la mayor parte del humo, que obligaba a los soldados del rey a abandonar la Calle de las Urracas y a salir de la Fosa. El interludio que así se había producido daba tiempo a los defensores para recobrar el resuello y reforzar sus fortificaciones. También le daba a Conan tiempo de preguntarse si sus amigos eran necios o dementes.

Sifino regresó antes de que el incendio se hubiera extinguido por completo.

—¿Qué ha dicho Mordermi? —le preguntó Conan.

—No he podido hablar con Mordermi —le juró Sifino—. Él, y ese maldito estigio, se han encerrado a deliberar, ellos dos, solos, y no quieren que se les moleste. No he esperado a que terminaran. Le he contado las nuevas a Sandokazi, y he vuelto con todos los hombres que he podido encontrar.

—¿Callidios? —Conan arrugó todavía más el entrecejo—. ¡Diablos de Crom! ¡Mordermi también ha enloquecido! Ya no es el momento de urdir tramas y absurdos planes. ¡Para seguir con vida, tenemos que luchar! —Tomó una decisión—. Sifino, vuelve a tomar el mando en este lugar. Yo voy a ver cómo están las otras barricadas. Luego, informaré a Mordermi, ¡y si está tan ocupado trazando planes con Callidios que no puede dirigir la batalla, yo mismo os acaudillaré, si es necesario!

La Fosa era un dédalo de tortuosos corredores y de sótanos

sobrepuestos a sótanos. Aunque su peculiar arquitectura impidiera un asalto directo, por lo mismo no había posibilidad de establecer una sólida línea de defensa en aquel laberinto. Como desdeñaba la capacidad que pudiera tener la Fosa de resistir un asalto organizado, Korst, hasta aquel momento, no había querido apartarse de su estrategia de batalla original: abrumar a los defensores con un ataque en masa, decisivo, desde tres frentes. Pero Conan comprendía que, si seguían frustrando los avances de Korst, el general del rey acabaría por responder con un asalto masivo por todas las escaleras y grietas por las que se pudiera acceder a la Fosa. Las bajas del ejército serían enormes al principio, y sus fuerzas quedarían dispersas por aquellas calles… pero la Fosa terminaría por caer ante las fuerzas superiores del Ejército Real de Zingara.

El saberlo empujó a Conan a la temeridad. Si las barricadas no aguantaban, la Fosa caería; si las barricadas aguantaban, la Fosa caería también. Solo podrían salvarse si otra fuerza rompía el cerco desde fuera. Conan tenía pocas esperanzas en el intento de Santiddio de amotinar a los ciudadanos de Kordava en favor de la causa perdida de su reino de tugurios, y estaba seguro de que Avvinti ya estaría cerca de Aquilonia con la fortuna por la que sus camaradas habían entregado la vida. Solo le restaba aguardar a que la impaciencia de Korst se sobrepusiera a su gusto por la precisión militar.

Conan cabalgó hasta la Calle del Agua, y se encontró con que la línea de defensa estaba casi abandonada. Los incendios se habían extendido por aquel lóbrego barrio, que se encontraba debajo del puerto, y ambos bandos se habían visto forzados a huir, pues la conflagración estaba engullendo aquel confín de la Fosa, y se había propagado a la Kordava propiamente dicha.

En la Calle del Mercado Antiguo, los defensores habían socavado las bases de las columnas que sostenían las calles y edificios del exterior. El derrumbe resultante había matado a tantos rebeldes como soldados, pero la Calle del Mercado Antiguo había quedado enterrada bajo una montaña de escombros. Korst necesitaría un mes para abrirse paso por allí.

Conan dio una rápida vuelta por toda la Fosa, azuzando, inmisericorde, a su caballo entre las multitudes que se debatían en su confusión. Había barricadas por todas partes, con las que habían

sido cegados los pasajes y callejones más secundarios que daban acceso a la ciudad enterrada. Habían entablado las ventanas, y atrancado las puertas. Ansiosos rostros iban mirando desde sus escondites, y aguardaban el ataque del enemigo. No había soldados a la vista. Difícilmente habría Korst abandonado el asalto. Presagiando algo malo, Conan espoleó el caballo y fue de nuevo, galopando, hacia la Calle de las Urracas.

Los fugitivos, presa del pánico, le previnieron contra lo que le esperaba allí.

Conan azuzó todavía más a su caballo contra el ímpetu de las turbas. Al llegar a la Calle de las Urracas, se apercibió del desastre con una simple ojeada. Después del fracaso de los otros asaltos, Korst había concentrado el ataque en aquel lugar. Al tiempo que sus soldados asaltaban la barricada, un destacamento de los Luchadores de Korst había descendido, sigilosamente, a un burdel que tenía su fachada en la Calle de las Urracas, detrás de la línea de defensa, y había asesinado a todos los que se hallaban dentro. En la furia del combate que se había librado en torno a la barricada, nadie sospechó de su presencia, hasta que los invasores habían salido a la calle para golpear a los rebeldes por la espalda. En la refriega subsiguiente, había sido imposible calcular su número exacto. Temiendo que el enemigo hubiera hecho una entrada a gran escala, la fuerza de reserva que Conan había dejado para que erigiera la tercera barricada había abandonado sus posiciones y huido.

Conan irrumpió entre ellos, y los detuvo a base de golpearlos con el plano de la espada.

—¡Quedaos y luchad, cobardes de sangre aguada! —bramó—. ¿Dónde queréis esconderos? ¡Quedaos, y luchad… porque si no, moriréis!

A pesar del pánico que sentían, la presencia del cimmerio se impuso. Por un momento, vacilaron.

—¡Seguidme, perros sin agallas! —les dijo Conan a modo de arenga—. ¡Volved a las barricadas! ¡Podemos aguantar ante los carniceros de Korst! ¡Ha sido rechazado de todos los otros frentes! ¡Quedaos, os digo, y luchad! ¡Si permitimos que entren por aquí, podemos darnos todos por muertos! ¡Seguidme!

Sin mirar atrás para ver si le obedecían, Conan pasó cabalgando entre ellos, pues prefería luchar él solo hasta la muerte que morir

con unos cobardes. Unos pocos se alejaron, arrastrando los pies, con la vergüenza en el rostro, pero los más se volvieron y siguieron al gigantesco cimmerio.

Para despejar la brecha de la tercera barricada, que no había llegado a completarse, Conan aplastó con su corcel a dos de los Luchadores de Korst antes de que estos supieran que la muerte se les acercaba. En la atestada primera línea no había espacio para maniobrar, ni para esquivar las arrolladoras pezuñas y los mandobles que asestaba Conan con su arma. Los soldados se volvieron para hacer frente al nuevo peligro, y con ello dieron un respiro a los rebeldes que tenían acorralados contra la segunda barricada. Gritando, todos los que habían seguido el asalto que Conan había emprendido en solitario fueron añadiéndose a la refriega.

El caballo del cimmerio dio un relincho, y se tambaleó; le habían cortado el tendón de una de las patas. Conan saltó de la silla al tiempo que caía la bestia. Esta, con las patas que movía frenéticamente, y con su propio y enorme peso, mató a varios de los que no pudieron alejarse a tiempo. Conan logró ponerse de rodillas, aturdido por unos momentos a causa de la caída. Una espada se abatió sobre él. Conan la paró con torpeza, casi tuvo que soltar la empuñadura adornada con gavilanes. Su atacante sonreía sardónicamente; un hacha de doble hoja le partió el rostro en todavía más amplia sonrisa.

Carico agarró al cimmerio por el hombro y lo ayudó a ponerse en pie.

—¡Espléndido, muchacho! —exclamó—. ¡La próxima vez que quieras alquilar tu espada a algún gran señor, enrólate en la caballería, y no en la infantería!

Conan ahorró resuello, porque lo necesitaba para herirle las piernas a un soldado que estaba tratando de saltar por encima de la maltrecha barricada. Salían más Luchadores de Korst del burdel, y se enzarzaban en combate con los rebeldes que habían seguido a Conan. La barricada estaba desintegrándose ante sus propios ojos.

—¡Retroceded! —gritó Conan—. ¡Incendiad todo esto!

—¡Ya es demasiado tarde! —gimió Carico. Antes de que terminara de hablar, se desplomó buena parte de la barricada.

Atacando con todas sus fuerzas, los hombres de Korst

aprovecharon el caos que se produjo para arremeter a través de la barrera, protegiéndose con un improvisado mantelete. Los arqueros zingarios tiraban desde lugar seguro mientras sus camaradas iban entrando por la brecha.

—¡Retroceded! —ordenó Conan. Una flecha rebotó en su borgoñota—. ¡Retroceded! —Con su orden convertía una derrota en una retirada estratégica—. ¡Tomad posiciones en la tercera barricada!

—¿Y cuando esta caiga? —murmuró Carico. La batalla iba perdiendo sentido como manifestación política.

—Entonces, construiremos otra barricada y nos retiraremos detrás de ella —Conan rio ásperamente—. Teníamos que aplastar a Korst en un abrir y cerrar de ojos, ¿recuerdas?

11. El asalto de la Guardia Póstuma

Por todo el puerto de Kordava, el humo y las llamas se alzaban, cual horrible bandera sobre el infierno de mortandad que ardía en la Fosa.

Bajo las plomizas aguas de la bahía, un horror mucho más grande emergió, implacable, a la hora del ocaso que iluminaban los incendios.

Nadie estuvo allí para presenciar su llegada. Al principio. Los muelles ardían al borde mismo de las aguas; los soldados de Korst habían abandonado el cerco por aquella parte, habían huido del fuerte calor, junto con todos aquellos cuyos establecimientos y viviendas se habían abrasado. En otros lugares, el tumulto de la batalla y las filas de los soldados de atuendo dorado y borgoña que todo lo infestaban, habían impelido a los curiosos y a los ávidos de sensaciones a volver a la seguridad del hogar. En un enfrentamiento de aquel género, todo el que no vistiera la librea del rey aparecía como posible enemigo, y los hombres de Korst no eran célebres por su moderación.

Si algún vigilante hubiera montado guardia en los desiertos muelles, habría podido notar un súbito alboroto bajo las aguas aceitosas, que salpicó las escaleras de piedra por las que se bajaba desde el malecón hasta las mismas aguas. De haber seguido mirando, le habría sorprendido una hilera de cabezas de nadadores que asomaban a la superficie, cuyas caras le habrían parecido extrañas a la luz de las llamas. Momentos después, una segunda hilera de rostros saldría del agua, mientras los hombros y el pecho de los primeros emergían ya. No eran nadadores; estaban caminando por el fondo marino, y caminando salían de las aguas.

El primero llegó hasta la escalera medio sumergida, y subieron por esta en cerrada fila. A sus espaldas, una ordenada procesión de

silenciosas figuras iba saliendo, con dificultosos andares, del agitado mar. No proferían sonido alguno, solo el traqueteo de sus armas y la pisada extrañamente sonora de sus pies calzados con sandalias rompían el silencio. En el anochecer que los incendios alumbraban, armas y cuerpos parecían imbuidos por igual de negro y reluciente lustre, como el de la obsidiana pulimentada, o del azabache. El agua resbalaba por su piel y sus ropajes como por cristal encerado, e iban quedando secos, y brillantes, a medida que subían por la escalera y se alineaban en el muelle.

En cada uno de sus movimientos se reconocía la precisión que solo a fuerza de entrenamiento se consigue, como si se hubiera tratado de un regimiento de elite que formara para el desfile. No se oían ecos metálicos; en cambio, sí se oía un sonido parecido al del afilado cuchillo que se desliza sobre la aceitada piedra, o al del temblor de los carámbanos que agita el viento ártico, o al chirrido de unas uñas sobre seca pizarra, o al grito de muerte del cristal que se rompe. Las llamas se reflejaban cual estrellas carmesíes en la punta de sus mazas, en el filo de sus espadas, en la hoja de sus hachas de guerra, y estas también eran negras, y brillantes, y cortaban como el cristal roto.

Como obedeciendo a una callada orden, el primer grupo, en cuanto estuvo formado, se dirigió desde el puerto a las calles iluminadas por los incendios. Y, como las olas del mar, siguieron apareciendo en los muelles, incesantemente, en gran número.

La conflagración que había obligado a los soldados de Korst a retirarse de su ataque en la Calle del Agua (se llamaba así porque la marea primaveral, ocasionalmente, la inundaba), amenazaba con devastar aquel miserable barrio de los puertos de Kordava. Algunos se colaban, desesperados, por los claros que iban dejando los incendios, en un intento de salvar lo que se pudiera de aquel siniestro. Estos fueron los primeros en presenciar la llegada de la Guardia Póstuma. Huyeron.

Su reacción era comprensible. El fuego que devoraba uno de los decrépitos almacenes de la calle que daba al puerto se había extendido a otro almacén similar que tenía enfrente. Parte de la pared de ambos se desplomó, y explosivas llamaradas iban rodando, cual líquidos relámpagos, entre los dos edificios incendiados. A través de aquella tormenta del infierno marchó el primer centenar

de miembros de la Guardia Póstuma, con la misma indiferencia con que hubiesen andado aplastando hojas secas.

En el extremo opuesto del incendio, el cerco militar mantenía su férrea vigilancia ante posibles fugitivos que pudieran salir del subsuelo, como un círculo de felinos que espera para atacar. Al oír gritos aterrados, se volvieron y vieron al centenar de guerreros que avanzaban, impasibles, a través de un muro de fuego. Algunos huyeron. Otros murieron.

Como la entrada del ejército en la Calle de las Urracas parecía ya inminente, Korst había trasladado la mayor parte de sus tropas a aquel sector. A pesar de los retrocesos y las cuantiosas bajas, fruto de la inesperada resistencia, parecía que la operación había de terminar satisfactoriamente para el general. Había forzado a los rebeldes a aceptar un combate abierto, y estaba a punto de aplastarlos con un ataque decisivo. Tal vez algunos huyeran —y serían perseguidos—, pero el fallido brote de revolución habría sido aplastado, aniquilado en sus raíces y sus ramificaciones. Rimanendo se mostraría generoso para con el general que, con su victoria, habría vengado el honor del rey, y acabado, en el mismo lance, con aquellos que ponían en peligro su gobierno.

La Guardia Póstuma, cuyas armas ya estaban carmesíes de roja sangre, avanzó hacia la Calle de las Urracas.

Su breve y mortífera escaramuza en el cerco había alertado ya al cuerpo principal de las fuerzas de Korst de la presencia de la Guardia. Unos pocos sobrevivientes habían balbuceado confusas explicaciones, demasiado fantásticas como para no ser consideradas producto de una imaginación atacada por el pánico. Creyendo que encontraría no más que una desesperada salida de los asediados rebeldes, el Ejército Real de Zíngara fue con rapidez a rechazar el contraataque. A causa de la cerrada negrura que reinaba en las calles que no estaban ardiendo, quizá no se apercibieran de inmediato del extraño aspecto de sus enemigos… quizá supusieron que los rebeldes se habían teñido la piel con algún oscuro pigmento como estratagema para luchar de noche.

Una lluvia de flechas recibió a los callados guerreros al salir estos de la penumbra cargada de humo. Ni trataron de ponerse a cubierto, ni flaqueó su avance. Los arqueros de Korst lo atribuyeron a la oscuridad y a la buena armadura de los otros, y retrocedieron

para dejar que la infantería terminara con la salida rebelde.

Los gritos de batalla de los infantes —cosa extraña— sonaron sin suscitar el bramido de respuesta de sus impasibles enemigos; los soldados zingarios se arrojaron sobre la Guardia Póstuma. Hubiérase dicho que una ola inmensa se abalanzaba sobre un escarpado de basalto. La ola rompió con gran efusión de espuma. Esta espuma era roja.

Las armas de acero se quebraban en la pétrea carne. Espadas que brillaban cual diamantes negros desgarraron cota de malla, carne y hueso de un solo tajo. Los soldados de Korst quedaron literalmente destrozados. Los gritos de guerra se transformaron en alaridos de muerte, acallados por el suave y repugnante sonido de la carne al ser cortada, del chapoteo de la sangre que se iba derramando, de la torpe caída de las extremidades amputadas.

Alguna brujería arcana había transmutado a seres humanos en indestructibles máquinas de matar. La Guardia Póstuma estaba compuesta por criaturas de piedra viva que se valían de la celeridad y los reflejos de los maestros guerreros que antaño fueran. Pero sus cuerpos invulnerables eran movidos por músculos de fuerza sobrenatural. Armas duras como el diamante cortaban y destrozaban armaduras y carnes; puños de obsidiana se cerraban sobre los miembros humanos, y arrancaban músculo y tendón de los huesos aplastados.

Tan grande fue el horror, que quienes lo presenciaron sufrieron momentánea parálisis. Luego, mientras las primeras filas eran exterminadas sin piedad, los camaradas que les seguían se recobraron del embotamiento que les había causado el miedo y huyeron, presa del pánico. Los soldados de la retaguardia, que todavía no conocían la muerte que se les avecinaba, oyeron los gritos y, suponiendo tan solo que las primeras filas habrían hallado resistencia inesperada por parte de los rebeldes, avanzaron a toda prisa para socorrerles. Se encontraron con los que trataban de huir. Los oficiales gritaban órdenes; los soldados, aterrorizados, proferían gritos incoherentes y farfullaban sinrazones como respuesta a las preguntas que les hacían. Encerrados en la angosta calle, frente y retaguardia se unieron en compacta e inmóvil masa.

La Guardia Póstuma avanzó hacia aquel confuso caos; agitaba sus armas empapadas en sangre con la infatigable precisión de los

segadores que siegan con sus guadañas. Había de ser una cosecha roja. La calle se llenó de entrañas humanas; los cuerpos aplastados llegaron a cubrir todo el pavimento. La Guardia Póstuma, compuesta de criaturas de piedra, andaba con la pesada marcha de las estatuas vivientes. De la misma manera que antes habían caminado por el fondo del mar, avanzaban ahora por un mar humano. Sus pisadas golpeaban el pavimento con la fuerza de las pezuñas de un caballo de tiro. Los que iban cayendo en aquel marasmo eran aplastados por sus pies; los otros, que no podían huir, eran destrozados contra la pared en el implacable avance de la Guardia Póstuma. Replegándose sobre sí mismo como los anillos de una herida pitón, el Ejército Real de Zíngara se detuvo en su avance, y luego se dispersó sin orden ni concierto. Fue dejando una estela de ensangrentados despojos, y sobre esta marchaba, como si de un desfile se hubiera tratado, la Guardia Póstuma, que volvía del mar y del abismo de los tiempos.

12. Si quieres seguir el camino de los reyes

En la tercera barricada, Conan luchó con la ferocidad del león herido. El equilibrio de la batalla se había vuelto contra los rebeldes; la derrota era cierta, la fuga improbable. Los soldados habían pasado al otro lado de la segunda barricada como una avalancha humana, forzando a los rebeldes a retroceder hasta su última línea de defensa. Sifino había caído en algún momento de la retirada; Carico, cuya cadera herida sangraba de nuevo, blandía su gran hacha con fuerzas vacilantes. La mayoría de los defensores había muerto; unos pocos lograron escapar de la refriega, y huyeron. Conan, a la cabeza de los que se habían quedado para oponer la última resistencia, luchó salvajemente por detener el avance zingario, y repartió muerte a diestro y siniestro sin cuidar de su propio pellejo. Quizá lo mataran, pero había jurado que no lo harían prisionero de nuevo. Cuando cayera, quienes lo viesen habían de saber, por los muertos apilados en derredor, que los cimmerios venden cara su vida.

Erigida con frenético esfuerzo, la tercera barricada era demasiado débil para aguantar por mucho tiempo el empuje. Los soldados de Korst estaban pasando ya por los huecos que habían quedado sin llenar en la barrera. Era su propio número lo que frenaba su avance, en tan gran medida como la desfalleciente defensa rebelde; tantos atacantes se habían apiñado en la Calle de las Urracas, que el mismo abarrotamiento les impedía luchar con eficacia. Pero la batalla pronto habría de terminar.

Al oír tumulto a sus espaldas, Conan creyó primero que los soldados de Korst habían logrado sobrepasar la línea de defensa y rodear a los rebeldes por detrás. Pero, cuando retumbaron los vítores, y los gritos de alegría, el bárbaro se arriesgó a echar una mirada atrás para conocer el motivo.

Mordermi, que blandía bravamente el estoque con la mano sana y llevaba imponentes vendajes en el hombro izquierdo, cabalgaba a la cabeza de sus hombres. Los defensores recién llegados se apresuraron a tomar el relevo del exhausto puñado de hombres que aún defendía la barricada. El caudillo de forajidos había comprometido a sus reservas; y, a juzgar por la exaltada turba que llegó después que Mordermi, este debía de haber traído consigo a los que habían luchado en los otros frentes.

Permitiendo que otros ocuparan su lugar en lo más reñido de la batalla, Conan saludó a su amigo con un sanguinolento apretón de manos.

—Pareces bello como el monumento a la victoria de un rey —dijo Conan, con abierta y fatigada sonrisa—. Pero quizá hayas esperado más de la cuenta. Korst tiene demasiados hombres; ya ha penetrado mucho en nuestras líneas.

—¡Por Mitra, cuán pesimistas sois los bárbaros del norte! —dijo Mordermi, riendo, al tiempo que envainaba la espada para abrazar al cimmerio—. Es Korst el que ha caído en una trampa, no nosotros. ¡El gato se ha metido demasiado en la madriguera del ratón! Dentro de un momento lo verás.

Conan recordó el especioso discurso con que Carico le había predicho que la ciudad tomaría las armas en favor de los rebeldes.

—Entonces, ¿Santiddio…?

—No, Santiddio no —le explicó Mordermi—. Callidios.

—¿Qué ha podido hacer ese adicto al loto…?

—Tú ya lo has visto —le dijo Mordermi en tono de reproche—. Sandokazi ha corroborado lo que él decía. La Guardia Póstuma…

—¡Unos diablos de piedra que guardan los huesos de su rey en el fondo del mar!

—Ya no. Callidios los ha llamado para que vinieran.

—¿Cómo puede ese renegado estigio dar órdenes a tales demonios?

—Bueno, Conan —dijo Mordermi—, si yo lo supiera, no necesitaría a Callidios, ¿verdad?

—¡Me estás diciendo que te has dejado engatusar por las mentiras de ese loco!

—Observa —le dijo Mordermi, señalando con el dedo.

Conan miró con atención.

Era difícil percibir con claridad los hechos que estaban teniendo lugar al otro lado de la barricada. El denso humo ocultaba la poca luz que había, y la misma barricada impedía ver la mayor parte de la calle. Fue el súbito cambio que se había operado en el ánimo de los atacantes lo que Conan sintió. Un momento antes, habían gritado llenos de júbilo por el triunfo inminente. La llegada de los refuerzos de Mordermi no podía haberles infundido aquel súbito horror.

Por unos macabros instantes, la batalla cesó. Ambos bandos sintieron el gélido aliento del horror a lo desconocido. Los hombres, en la furia del combate, quedaron inmóviles, prácticamente a media zancada; las armas que estaban desgarrando las carnes del enemigo se detuvieron, como si el aire se hubiera convertido en cristal para aprisionarlas. Conan, que en ocasiones había visto a hombres que, enzarzados en combate, caían de lo alto de la muralla de una ciudad y no cejaban en sus forcejeos hasta llegar al suelo, no podía dar crédito a sus ojos. En verdad, la brujería había proyectado su repulsiva forma sobre el campo de batalla, y, aunque sin duda su hechizo había apartado la guadaña de la derrota que se cernía sobre los camaradas del cimmerio y la había vuelto contra el enemigo, Conan tuvo en su fuero interno la idea de que no tendría que haber regresado a Kordava sin antes ahogar a Callidios.

Empezaron los chillidos.

Al principio, los soldados que se habían detenido frente a la barricada trataron de volver atrás con el fin de descubrir qué especie de desastre había caído sobre los de la retaguardia. El pánico se había apoderado de estos, que pugnaban por retirarse por la Calle de las Urracas. Entonces, supieron qué suerte de terror había causado tales gritos en guerreros veteranos, y supieron, al mismo tiempo, que la retirada era imposible.

La Guardia Póstuma entró en la Calle de las Urracas.

Al instante, los soldados huyeron hacia la barricada, con el único propósito de escapar de los guerreros inhumanos que les daban caza. Presa de ciego pánico, se abalanzaron sobre la barrera. El miedo les volvió ciegos para con los defensores. Casi derribaron la barricada, y solo por el mismo terror que les empujaba, pues aun el más bravo guerrero mantiene el instinto de conservación durante el combate y no se arroja insensatamente sobre las espadas del

enemigo, tal y como estaban haciendo aquellos soldados.

Conan, que antes había presenciado impasible la matanza que tenía lugar en ambos bandos, se alejó de aquella mortandad, asqueado. Los cimmerios, en la guerra, no matan a un enemigo que ha perdido toda voluntad de defenderse.

—¡Detenlos! —le gritó a Mordermi.

—Descuida —Mordermi no había entendido lo que el otro le decía—, Callidios puede dominarlos.

—¡Digo que detengas esta carnicería! Deja que los hombres de Korst se rindan.

—Mi pueblo necesita una victoria. —Mordermi se encogió de hombros—. Además, hemos sufrido mucho a manos de los perros de Rimanendo.

Conan profirió un juramento; pero sabía que ya no podría hacer nada. Ningún soldado trataba ya de abrirse paso por la barricada. A lo largo de la Calle de las Urracas se oían las fuertes pisadas de la Guardia en su marcha, amortiguadas de inquietante manera por el chasquido, apenas audible, de los huesos que iban aplastando. Las negras filas de la Guardia Póstuma fueron abandonando la oscuridad y, con pesados movimientos, aparecieron a la vista.

Se detuvieron delante de la barricada, firmes, y aguardaron nuevas órdenes. Los rebeldes se detuvieron, en el entusiasmo de la victoria, para mirar boquiabiertos, con angustia, a sus diabólicos aliados. Sus gritos de júbilo se convirtieron en miedosos murmullos.

Mordermi se hizo cargo de la situación.

—¡Miradlos, amigos míos! —gritó, avanzando sin miedo—. Estos son los aliados que llamamos para que nuestra causa triunfara. Con la ayuda de mi muy apreciado amigo y consejero, el notable hechicero Callidios, he traído, de la edad de las leyendas, un ejército de guerreros indestructibles. Vosotros mismos habéis visto cómo pueden ayudarnos unos guerreros tales. Ahora saludadlos, amigos míos. ¡Estos son nuestros aliados en la guerra de liberación, la Guardia Póstuma!

Al principio, los aplausos fueron tímidos. Luego, quizá como reacción al miedo que habían sentido, todos estallaron en una ovación clamorosa.

Mordermi dejó que llegara a su grado máximo, y luego levantó el brazo para imponer silencio.

—El general Korst ha huido, con su jauría de asesinos, a la perrera de su amo. En estos momentos, Rimanendo, que ya ha sido informado de nuestra victoria, está temblando en sus ropas de armiño, y reza porque los soldados, y los muros de su palacio, puedan protegerlo de la cólera del pueblo al que ha gobernado mal. Pero decidme, amigos míos, ¿podrán los soldados, y los muros, proteger al tirano de la justicia del pueblo?

Mordermi aguardó hasta oír el crescendo del coro de los «¡NO!».

—¡Entonces, a las armas, amigos míos! ¡Con nuestros invencibles aliados al frente, vayamos a deponer a ese depravado tirano, y a su corte corrupta! ¡La hora de nuestra liberación se acerca!

La salvaje marcha por las calles de Kordava que siguió a la arenga de Mordermi, pese a la pasión y la emoción del momento, no dejó de parecerle a Conan un mal sueño.

Salieron como un torrente de la Fosa, ellos, los despreciados y oprimidos ciudadanos del mundo de las sombras, y, a cada paso, crecía su número. Carico, cuya cadera herida apenas si le permitía andar, cedió a su orgullo y a la insistencia de Conan, e hizo el camino a caballo después de que el cimmerio le prometiera que iría a su lado, y que le sostendría en caso de que cayera. Mientras avanzaban por la ciudad, Santiddio se presentó por fin con una muchedumbre de varios millares, que marchaban bajo el pendón de la Rosa Blanca. Conan se preguntó cuántos se habrían unido al ejército popular de Santiddio antes de que se extendiera por Kordava la noticia de la victoria en la Fosa. Santiddio les saludó ruidosamente —algo inusitado en él—, y se consoló con Carico de que Avvinti no estuviera allí para compartir el momento. Mordermi, a quien Sandokazi acompañó hasta la aparición de su hermano, cabalgaba a la cabeza de aquel desfile que constantemente iba captando nuevos seguidores.

No había trazas de Callidios, pero su presencia se hacía sentir más allá de toda duda. Los hombres y las mujeres coman para unirse a sus filas, o se quedaban discretamente tras una puerta atrancada, cuando pasaban los estandartes de la Rosa Blanca. El general Korst, que había renunciado a trabar un combate perdido de antemano con la Guardia Póstuma, había huido de la matanza de la Fosa con tantos hombres como le había sido posible llevarse con

vida. Tras los muros del palacio de Rimanendo, Korst trató de reagrupar a su tropa para ofrecer resistencia contra los rebeldes y sus inhumanos aliados. Pero el desastre de la Fosa había desmoralizado demasiado al ejército del rey. Los que habían huido de la matanza contaban lo que había sucedido a sus camaradas, y sus relatos dieron a conocer los horrores de aquella matanza. No era lo mismo hacer frente a un oponente humano que luchar con las imparables fuerzas de la magia negra. Compañías enteras —oficiales y soldados— desertaron del ejército zingario.

El rey Rimanendo llevaba demasiado tiempo gobernando mediante la tiranía y la corrupción. Los zingarios habían sufrido su reinado, no por lealtad para con el monarca, sino por miedo. Los héroes de la Rosa Blanca habían conjurado un poder mayor que el del ejército del rey. Le había llegado al déspota la hora de conocer el temor, una hora que sus súbditos rebeldes querían abreviarle piadosamente. Abandonado por todos los que tuvieron ocasión y buen juicio, el rey Rimanendo se acurrucó en sus opulentas estancias, con los fieles perros que le restaban, aprestados para una defensa sin esperanza.

Nadie estorbó aquella marcha hasta el palacio de Rimanendo. Solo al pasar cerca de los barracones de la fortaleza hallaron los rebeldes alguna resistencia armada, por parte, además, de una pequeña guarnición que no había oído, o no había querido creer, las horripilantes noticias que iban llegando del diabólico ejército de los rebeldes. Las primeras filas de la Guardia Póstuma la aplastaron sin variar apenas el paso; como si los soldados hubieran tratado de contener una avalancha con las manos desnudas. El breve y sangriento espectáculo enardeció todavía más a las turbas, pues los que aún no habían visto el imponente poder de destrucción de la Guardia Póstuma pudieron contemplarlo.

Conan recordó la matanza de los gunderios de Venarium, que había tenido lugar varios años antes. Los clanes cimmerios se habían unido para destruir aquel fuerte, que los aquilonios habían construido para colonizar las comarcas meridionales de Cimmeria. Hombres, mujeres y niños habían sido asesinados; Venarium, abrasado hasta sus cimientos. Para Conan, aquel era un recuerdo glorioso. La matanza en la que acababa de participar quedaría también, para siempre, en su memoria, pero Conan sabía ya que

jamás hallaría gloria en su remembranza.

Una corona de acero, de armas y armaduras, que brillaba a la luz de las antorchas, y al fulgor del lejano incendio que seguía devastando los barrios portuarios, remataba los muros del palacio real. Un velo de humo cegaba las estrellas.

Quizá los muros de la fortaleza les dieran confianza. En todo caso, parecía evidente que el general Korst no pensaba rendir el palacio a las turbas. Desde lo alto, flechas con púas de acero caían sobre la multitud. Escudados tras las almenas, los pedreros arrojaron una salva de piedras a la muchedumbre que avanzaba. Hombres y mujeres aullaban de dolor y rabia cada vez que la muerte alcanzaba a la horda rebelde, y les recordaba que Mordermi los estaba guiando a la batalla, y no a un festivo desfile. Retirándose ante la mortífera lluvia de flechas y piedras, los rebeldes trataron de refugiarse detrás de los edificios adyacentes.

Conan, con su montura, se puso a cubierto tras un contrafuerte, y se asomó para ver qué efecto habían tenido los proyectiles de piedra en la Guardia Póstuma. Estos proyectiles que arrojaban los pedreros iban desde cestos de piedras del tamaño de un puño hasta grandes rocas de cincuenta o sesenta libras. Las más pequeñas caían en gran cantidad sobre la Guardia Póstuma sin causar mayor efecto que otros tantos copos de nieve. Entonces, un peñasco dio de lleno en el pecho y los hombros de uno de los guardias, y su impacto derribó al suelo al diablo de piedra. El proyectil se partió en varios cantos; el guerrero de piedra viva se levantó, ileso. Se movía con tanta naturalidad, que no habría sorprendido a Conan si se hubiera sacudido el polvo de su peto de azabache.

Mas, aunque invulnerable a las flechas y piedras, la Guardia Póstuma no aguantó ociosa la descarga. Mientras los soldados se esforzaban en repeler a la turba devenida ejército, formó una cerrada columna y anduvo rápidamente hacia el portalón principal de la fortaleza. En la barbacana, se recrudeció la salva de proyectiles, que todos pudieron ver en la negrura cuando tinajas de aceite en llamas fueron vaciadas sobre los demoníacos atacantes. Los defensores habrían podido arrojar agua de baño perfumada, pues el mismo daño hubieran infligido sus frenéticos esfuerzos en la callada formación de combate.

La Guardia Póstuma llegó al enorme portalón de la fortaleza; las

robustas maderas tenían gruesos refuerzos de hierro; habían sido construidas con la idea de que resistieran los golpes demoledores de un ariete. Los que miraban desde ambos lados del muro contuvieron el aliento y aguardaron.

Tras envainar por un momento sus armas, las primeras líneas de la Guardia Póstuma oprimieron con ambas manos las sólidas jambas de madera de roble. En lo que dura un latido de corazón, sus miembros de piedra viva se esforzaron contra la obra del hombre. Solo por un instante se detuvo el avance de los primeros. Entonces, con el gemido de agonía de los cerrojos de hierro que se estaban doblando y de las maderas de roble que se astillaban, el portalón de la fortaleza cedió. Roto, salido de su quicio, aplastó a los defensores, que, desesperadamente, habían tratado de apuntalarlo a fuerza de hombros cuando lo oyeron crujir. Pasando entre sus rotas tablas, la Guardia Póstuma entró en la fortaleza, repartiendo muerte entre aquellos que veían traicionada su fe en los muros y en las armas humanas.

Solo por un momento, el temor reverencial contuvo a la muchedumbre. Entonces, con un rugido hambriento que brotó de diez mil gargantas, el pueblo de Kordava asaltó el ya condenado palacio con el propósito de vengarse de sus odiados opresores. La bestia había caído. Y la jauría se aprestaba a la matanza.

Conan, decidido a quedarse hasta el final, espoleó a su montura para que avanzara. Hacía solo un momento —iba meditando él— que había aguardado una muerte cierta entre sangre y suciedad, en la Fosa. Y poco después, se disponía a saquear el palacio de un rey.

Como la Guardia Póstuma iba derribando a todos los que se ponían en su camino, el asalto a la fortaleza de Rimanendo había pasado de batalla, a mera carnicería. La Guardia Póstuma no ofrecía cuartel. Los soldados y domésticos que trataban de rendirse a Mordermi eran descuartizados por la multitud. Algunos, que se quitaron el atavío dorado y borgoña, y se unieron a la sanguinaria turba, pudieron escapar; otros lograron adelantarse al caos, saltaron el muro, y huyeron antes de que las masas les dieran alcance. Y unos pocos, que se habrían avergonzado de huir, se aprestaron para una última refriega, en la que habían de salvar el honor, aunque no la vida.

Conan encontró al general Korst en el mismo lugar donde había

caído junto con el último de sus temidos Luchadores, en fútil defensa de la entrada del palacio. La turba había pasado por encima de sus cuerpos, buscando más rico botín. Conan se detuvo un momento, como gesto de respeto para con un bravo militar que había servido hasta la muerte a su rey.

Tenía la azulada barba llena de coágulos de negra sangre, un terrible mazazo le había aplastado el pecho, pero la vida aún no había escapado por completo de su cuerpo. Korst abrió los ojos, le devolvió a Conan la mirada, y, pese al lacerante dolor, demostró recordarle.

—Te conozco —dijo Korst con voz apagada—. El amotinado cimmerio. Escapaste del patíbulo. Mordermi te tomó por lugarteniente.

—Yo te ofrecí mi espada. —En la voz de Conan alentaba todavía el rencor—. Tú me pagaste con una soga de cáñamo. Así pues, aprovecho la suerte que Mordermi me brinda.

Los ojos de Korst se volvieron hacia lo que estaba sucediendo en torno a ambos.

—De la misma manera aproveché yo mi suerte. Este ha sido el resultado. Mírame, cimmerio. Tal vez estés contemplando lo que ha de sucederte.

Al ir a responder, Conan vio que Korst no podría oírle ya.

Abriéndose paso entre las multitudes que se habían apoderado de cada una de las estancias del palacio real, el bárbaro buscó a Mordermi. Se encontró con que el victorioso caudillo de forajidos estaba tratando de derribar la pesada puerta por la que se entraba en los aposentos privados de Rimanendo. Conan prestó sus fuerzas a la rota columna que empleaban a modo de ariete, y la puerta se quebró.

No estaba preparado para la escena que les aguardaba dentro.

Como su entendimiento, ya menguado por el alcohol, había caído presa del pánico, el rey Rimanendo se había atrincherado en sus estancias con aduladores y efebos que le consolaran de su terror. Estos, sabedores de que el reino de Rimanendo iba a terminar, se habían decidido a congraciarse con los nuevos señores de Kordava traicionando a su caído monarca.

Cuando Mordermi y Conan pisaron el umbral de los aposentos del rey, dos jóvenes se destacaron del acobardado grupo y

avanzaron hacia ellos con pasos menudos. Tenían el cabello rizado y perfumado, las desnudas carnes untadas con aceites y carmín, y llevaban entre ambos una bandeja dorada. En la bandeja había una corona de oro, que ceñía todavía la frente de la cortada cabeza de Rimanendo.

13. Un nuevo orden, y una coronación

Se decidió que Mordermi sería rey.

Al principio, Mordermi no quería saber nada de aquello, pero los otros acabaron por refutar todas sus objeciones.

Rimanendo y sus cortesanos habían perecido en la matanza palaciega. El rey no había dejado sucesor ni heredero alguno, ni parecía que los sublevados debieran entregar Kordava a quien compartiera la sangre del tirano. Tampoco parecía probable que algún pretendiente al trono reclamara la corona a los victoriosos rebeldes, pues estos disponían de la Guardia Póstuma.

El antiguo régimen de corrupto despotismo había pasado. Un nuevo orden gobernaba en Kordava y, desde Kordava, exigía el gobierno de toda Zíngara.

Santiddio gustaba de señalar que no se trataba de un simple cambio de gobernantes, puesto que las revueltas palaciegas y golpes de estado solo sustituyen a una camarilla de sinvergüenzas por otra. No, la victoria de la Rosa Blanca marcaba el inicio de un nuevo orden social. La Rosa Blanca redactaría una nueva constitución para el pueblo de Zíngara, daría voz al pueblo para su propio gobierno, decretaría leyes que habían de asegurar justicia equitativa para todos.

Por supuesto, empresa tan importante y audaz precisaría de largo tiempo y deliberaciones. Habría que formar comités, elegir representantes, compilar ideas y hechos, estudiar, discutir. Entretanto, un comité revolucionario nombrado por la Rosa Blanca se haría cargo del gobierno de Zíngara.

Además, aquellos eran tiempos peligrosos para el nuevo orden. Ciertamente, la Guardia Póstuma podía asegurar la libertad de Kordava frente a las fuerzas contrarrevolucionarias, mas Zíngara era un país vasto, amenazado por enemigos interiores que querían

regresar al antiguo despotismo de su clase, y por enemigos exteriores que veían, en el éxito de aquel nuevo orden, un peligro para su propio gobierno corrupto. En consecuencia, había que elegir un miembro del consejo revolucionario que se arrogara poderes dictatoriales, con los que pudiera hacer frente a cualquier amenaza que se presentara. Ese hombre, además, había de ser un caudillo de probada capacidad, un hombre salido del pueblo, que, al mismo tiempo, pudiera guiar al pueblo en la batalla hasta la victoria. Tales poderes solo serían temporales, por supuesto, hasta que se terminara la nueva constitución y se eligieran representantes.

Aunque era innegablemente cierto —Mordermi se vio obligado a aceptarlo— que la situación requería medidas de emergencia, y que el propio Mordermi reunía las cualidades necesarias… sin embargo, aceptar la corona de Zíngara cuando el cadáver del rey que acababa de derrotar todavía no estaba frío…

Avvintí, que regresó de su misión, cuyo éxito estuvo asegurado una vez que las noticias de la victoria de los rebeldes llegaron a oídos de la aristocracia más alejada de la capital, indicó que, en período de transición entre dos formas de gobierno, a la aristocracia zingaria, cuyo apoyo era indispensable para el inexperto nuevo poder, le resultaría mucho más llevadero jurar lealtad a un rey, con toda la carga de santidad y tradición de la monarquía, que al presidente de un comité.

Mordermi protestó. Al fin, se rindió a la lógica de los otros.

No dejaba de asombrar a Conan el que sus amigos malgastaran fuerzas con tanta verborrea y tantas discusiones tortuosas para ponerse de acuerdo en lo que le parecía obvio. Entendió que se trataba de otro de los incomprensibles rituales que preocupaban a las gentes civilizadas.

Y por mediación de semejantes rituales fue establecido el gobierno provisional de Zíngara. Mordermi había de ser el rey. Como caudillos que eran de las principales facciones de la Rosa Blanca, un triunvirato formado por Avvinti, Santiddio y Carico encabezaría el comité revolucionario. Callidios, cuya perspicacia política se había mostrado no menor que su dominio de las artes de la brujería, ejercería de primer ministro. Conan, que por su bravura y destreza en la batalla se había convertido en héroe popular, sería general del Ejército Revolucionario de Zíngara.

—De vulgar mercenario, a general del ejército del rey en solo unos meses; no ha sido pequeño mi ascenso —observó Conan en la coronación de Mordermi.

—Bien, sí, todo ha ido muy rápido, ¿verdad? —dijo Mordermi, riendo, al tiempo que le indicaba a un criado que les trajera más vino—. ¡Pero no más que mi ascenso: de príncipe de los ladrones a rey de Zíngara!

Se rio todavía más de su propia agudeza.

—Aparte eso —siguió diciendo Mordermi con más seriedad—, necesito como general a un amigo en quien pueda confiar. Eres joven, Conan, pero has presenciado más batallas que muchos veteranos. Sin duda alguna, sabes más de la guerra que cualquiera de los canallas de mi partida, y que los engreídos petimetres del círculo de Santiddio. Y no me atrevo a confiar mi ejército a ninguno de los antiguos oficiales de Korst, ni de los amigos que tiene Avvinti entre los grandes aristócratas. Tú eres amigo mío, Conan, el único amigo en quien sé que puedo confiar.

—Si es así, atiende a mi consejo —le dijo Conan severamente—. Líbrate de Callidios.

—Veo que los cimmerios no cambiáis fácilmente de idea. Necesito a Callidios. Tardaremos semanas en reagrupar al ejército. Hasta entonces, seríamos presa fácil para cualquiera de los grandes señores que disponen de unas tropas privadas y de alguna costra de sangre regia si no dispusiéramos de la Guardia Póstuma para nuestra defensa. Callidios sabe cómo dirigirlos. Yo no.

—Dame tiempo para que ponga en pie un Ejército Revolucionario de Zíngara que no exista solamente en los lemas de Santiddio —le prometió Conan—, y no necesitarás ya un ejército de diablos de piedra.

—Cuando lo tengas, vuelve a repetirme tu consejo —le sugirió Mordermi.

—¿Qué? ¿Es que sois vosotros dos los únicos que estáis sobrios? —Santiddio se acercó a ellos con paso vacilante, apoyándose con torpeza en el hombro de su hermana—. Que una plaga caiga sobre tu corona, Mordermi, si ha logrado que estés sobrio en tu propia coronación.

—Conan y yo estamos hablando del nuevo ejército. Muéstrate más respetuoso cuando te dirijas a tu rey y a tu general.

Santiddio echó un regüeldo que pareció desmentir su escuálida figura.

—Avvinti cree que sería un gesto de diplomacia por tu parte si te dejaras ver con el barón Manovra y el conde Perizi, que han acudido a la coronación de su nuevo rey.

—Por supuesto. —Mordermi le hizo una reverencia a Sandokazi —. ¿Vuestro brazo, dama mía? Vos les embotaréis las mentes con vuestra hermosura, y así podré empujarlos yo a cualquier alianza.

Conan vio como los tres marchaban por el atestado salón de baile, y recordó el día en que los había conocido. Mordermi estaba verdaderamente majestuoso con el atavío cortesano y la corona de oro. Santiddio seguía pareciendo un estudiante borracho, aquella vez con su mejor atuendo. Sandokazi estaba radiante con el vestido de rígido brocado, que le dejaba los hombros al descubierto, y se abombaba sobre las numerosas enaguas por debajo del talle firmemente encorsetado. Conan, mirando sus propios ropajes, no muy nuevos, se preguntó si alguien esperaría que el general del rey vistiera con formalidad en la coronación.

El palacio de Rimanendo —de Mordermi— había sido adecentado en cierta medida tras la noche de pillaje de algunos días antes. En algún momento, debía de habérsele ocurrido a Mordermi que él y sus hombres estaban saqueando su futuro palacio. El pueblo de Kordava había aclamado a Mordermi como nuevo rey en medio de atronadores vítores y alocado festejo. Siempre habían tenido por héroe al cabecilla de forajidos, y, como caudillo de los victoriosos rebeldes, también le tenían por libertador, y no solo por gallardo rufián.

—Que el pueblo me proclame rey —había dicho Mordermi—. Me bastará con esa coronación.

Avvinti, recordándole que la aristocracia de Zíngara también tendría que reconocerle como rey, le indicó que debía pasar por aquel trámite.

Así fue. En el palacio medio demolido que había tomado por la fuerza, Mordermi fue coronado rey de Zíngara, de acuerdo con los sacros rituales de la nobleza. Como para compensar aquel hecho, Mordermi invitó a toda Kordava a su coronación. El patio, donde poco antes las losas habían estado cubiertas de cadáveres y escombros, había sido tomado de nuevo por las turbulentas

multitudes, si bien esta vez habían ido a divertirse, y fue vino lo que aquel día se derramó generosamente.

Conan apuró su copa, maravillado de que su ánimo no participara de la alegría general. Sus amigos habían obtenido una formidable victoria, le habían recompensado con una posición elevada. En el tiempo en que partiera hacia el sur para buscar fortuna en las naciones civilizadas, lo de aquel día le hubiera parecido un sueño absurdo.

No lograba apartar de sus mientes el rostro moribundo de Korst. Sus últimas palabras aún le escarnecían. ¿Korst había dado voz a la amargura que le causaba su destino? ¿O bien había alcanzado la clarividencia en el momento de morir? Conan había visto sucederles lo mismo a hombres y mujeres de su raza al acercárseles la muerte.

Conan escupió, y miró, hostil, a las acicaladas grandezas que se apiñaban en el salón de baile. Los de afuera, los que gritaban en el patio, los que, borrachos, armaban jarana en las calles cercanas, esos eran como él. Con ellos, habría podido emborracharse, y olvidar la sorna con que le habían mirado los ojos de cierto moribundo. Habría hallado una moza alegre que le brindara sus favores, y, si hubiera encontrado gentes deseosas de cantar, o de pelear, habría participado en su diversión.

Conan se marchó disgustado del salón de baile. ¡Crom! ¡Aunque la corona aún estuviera fría en la frente de Mordermi, aquel lugar se convertía ya en una corte real!

14. Conan sale de campaña

Las semanas siguientes fueron para Conan de tremenda actividad. Una y otra vez, se maldecía por haber aceptado aquella tarea. Aunque, sin duda, le honraba su elevado rango, el bárbaro no tardó en descubrir que los generales, aparte de ganar batallas, tienen otras obligaciones, y que la destreza en el combate era solo una entre las cualidades de que precisaba en su nuevo cargo. Conan se sintió contrariado al tener que pasar revista a las tropas, en vez de jugar a los dados con otros soldados de infantería que estuvieran de permiso en los barracones; al quedarse despierto, descifrando listas e informes, hasta altas horas de la madrugada, en vez de beber y putañear en los mesones de Kordava; al verse obligado a sortear con paciencia las protestas y objeciones de sus oficiales, aunque sintiera el impulso de abrirles el cráneo.

Pero Mordermi dependía de él para que todo aquello se hiciera, y Conan apretaba los dientes y hacía su trabajo.

Aunque el cimmerio no lo habría admitido, solo la presencia de la Guardia Póstuma le permitía llevar a cabo su tarea. Durante las primeras semanas del reinado de Mordermi, mientras Conan se esforzaba por poner en pie un nuevo ejército con lo que había quedado después de la victoria de los rebeldes, nadie habría podido asegurar que el incipiente Ejército Revolucionario de Zíngara fuera capaz de defender Kordava de un gran asalto. Algunos de los grandes aristócratas, que disponían de ejércitos privados, murmuraban que era intolerable que el trono de Kordava hubiera sido usurpado por un forajido común, mientras los reyes de otras naciones hiborias calibraban la posibilidad de que una fuerza expedicionaria pudiera llevar un títere de su gusto al trono de Zíngara, desgarrada por sus divisiones internas.

Pero las noticias del violento fin del rey Rimanendo no se

mostraban parcas en detalles horripilantes cuando se referían a la carnicería que la Guardia Póstuma había llevado a cabo. Un ejército de indestructibles guerreros de piedra estaba defendiendo Kordava. No era sabio atacar abiertamente a un gobernante a quien servían los poderes de la magia oscura; lo más prudente sería aguardar hasta que se le pudiera encontrar alguna debilidad oculta. Y mientras los chacales se agazapaban, y aguardaban, Mordermi actuó con rapidez para apuntalar su gobierno.

Conan se enfrentaba a un problema inusual para las facciones victoriosas: el vencedor no tenía ejército. La fuerza rebelde había surgido de una coalición entre la cuadrilla de forajidos de Mordermi y la Rosa Blanca —y ninguno de estos grupos podía llamarse ejército en ninguna de las acepciones de la palabra—, cuyas filas se habían alimentado de ciudadanos armados en el curso del enfrentamiento. La batalla de la Fosa había costado la vida de muchos de los rebeldes que habían pertenecido al grupo original, y los que luego se habían unido a los victoriosos revolucionarios carecían, en su mayoría, de entrenamiento militar y experiencia en el combate.

—No tienen más utilidad que la de abultar en nuestras filas —había dicho Conan, airado—. Tal vez algún enemigo los tomara por soldados y los atacara, aunque ni siquiera sepan por qué parte del casco se mete la cabeza. Valdrían para una pendencia callejera, pero llevarlos al campo de batalla sería como forjar una espada tratando de pegar clavos a base de escupitajos.

—Bien, pues, ¿qué es lo que necesitas? —le preguntó Mordermi.

—Necesito soldados de verdad. Proclama una amnistía para todos los del Ejército Real de Zingara que se avengan a jurarte fidelidad. Conozco a la mayoría de oficiales mercenarios. Se dispersaron durante la matanza, pero puedo lograr que vuelvan si les prometo una amnistía y oro suficiente.

—El oro no es problema. ¿Podremos contar con su lealtad?

—Los mercenarios brindan su espada a cualquier gobernante que les pague. Y en lo tocante al Ejército Real de Zingara, la mayoría de los que eran leales para con Rimanendo murieron junto a Korst en la batalla final. Si Rimanendo hubiera despertado aprecio, o si hubiese dejado algún sucesor, la situación sería otra, pero, en la presente circunstancia, aceptarán la amnistía y se

alegrarán de tener la ocasión de trabajar para el nuevo régimen.

—Convendría aceptar la oferta de algunos de los amigos de Avvinti, que han ofrecido oficiales y compañías de sus ejércitos personales para reforzar nuestra tropa.

—Yo creía que no confiabas en Avvinti —le recordó Conan.

—No confío en él —le dijo Mordermi suavemente—. Pero tampoco confío en Carico, ni en sus absurdas ideas políticas, y he notado que demasiados de sus seguidores se han apresurado a alistarse en nuestro ejército.

Conan creyó que tenía demasiados problemas propios como para preocuparse con la obsesión de su amigo por las rencillas y las nimias discusiones. Tenía la misión de convertir el Ejército Revolucionario de Zíngara en algo que pudiera ser guiado razonablemente por un general. Y, en esto, el cimmerio tuvo éxito. La amnistía logró que salieran a la luz muchos reclutas; el oro de Mordermi atrajo a muchos más. Conan logró reunir un cuerpo de oficiales experimentados y capaces de hacerse cargo de la parte rutinaria de las tareas de organización, y acabó por aprender a delegar responsabilidades, algo a lo que el cimmerio se adaptó con dificultad, pues era un hombre solitario, y por tanto no estaba acostumbrado a confiar a otros labores importantes.

El oro, tal y como había dicho Mordermi, no era problema para los nuevos gobernantes. En comparación con el botín que hallaron en la corte de Rimanendo, los despojos que habían sacado de la incursión en el palacio de recreo del fallecido rey no parecían más que el puñado de monedas de bronce que se echa al cuenco de un mendigo.

Y este botín, a su vez, menguaba hasta la insignificancia al lado de las riquezas que sacaron del sepulcro de Kalenius.

Después de haber invocado a la Guardia Real, Callidios no se dejó ver a menudo. Conan no sabía con certeza si el renegado estigio estaba avanzando todavía más en los senderos que había seguido, o si meramente se evadía con los vapores del loto amarillo. Él sospechaba esto último, y esperaba que así fuera, pues los adictos al loto aguantan poco tiempo en este mundo. Preocupaba sobremanera al cimmerio el que Callidios y Mordermi se hubieran acostumbrado a encerrarse juntos largo rato. Conan tenía la esperanza de que Mordermi estuviera trabajando con su astucia

para arrancarle al estigio el secreto del dominio de la Guardia Póstuma.

En una de tales reuniones se decidió saquear el sepulcro del rey Kalenius. Fue esta muestra del completo dominio de Callidios sobre los inhumanos guerreros, más que el haberlos llamado para que pusieran en fuga al ejército de Korst, lo que impresionó a Conan. Callidios había ordenado a la Guardia Póstuma que saqueara el sepulcro que durante tanto tiempo protegieran.

Una vez se dejaba de lado la enormidad de aquel plan, su lógica parecía evidente. ¿Quién mejor para saquear una cámara de tesoros que quienes la habían guardado? Aún mejor, aquellos saqueadores de tumbas podían aguantar en las profundidades donde se hallaba el antiguo túmulo, y los pasadizos desmoronados y desconocidos peligros que pudieran hallarse en el palacio eterno del rey no representaban amenaza alguna para la Guardia Póstuma. Aquel era un acto de traición que atentaba contra todo honor: traicionaba al rey muerto, traicionaba más todavía a los guardias que habían sufrido una muerte en vida, durante inacabables centurias, para impedir que la tumba fuera profanada.

Tal y como indicó Mordermi, de nada le servía el oro a Kalenius. Conan era demasiado pragmático como para oponerse, pero, a pesar de que el bárbaro deseaba tener rico botín, Conan no estaba seguro de que no fuera mejor dejar ocultos aquellos tesoros.

Fue un espectáculo macabro. La Guardia Póstuma se adentró en el mar, y volvió a salir de las profundidades con baúles sellados y corres de oro macizo. En los milenios que habían pasado desde que el rey Kalenius construyera su palacio eterno, gran parte de los costosos muebles y los tesoros del sepulcro se habían podrido hasta desmigajarse en polvo, y el polvo se había disuelto en el mar. Pero, si bien las pieles exóticas y las alfombras exquisitas, los tapices, y pinturas, y tallas en maderas preciosas, el opulento mobiliario, y las mesas llenas de viandas escogidas ya no eran más que manchones de limo sobre las baldosas de lapislázuli, las gemas de gran valor y suntuosos metales habían resistido. En los abismos del tiempo, donde el hierro y el bronce se habían pulverizado, y nada quedó de la plata salvo renegridas cenizas, el rubio oro y el gélido fulgor, como de estrella, de diamantes, esmeraldas, rubíes, y de una veintena de otras raras gemas, fueron rescatados de la sumergida

penumbra del olvidado túmulo y llevados a la luz del sol que brillaba sobre una nueva era.

El desfile era una pesadilla, parecía una alucinación inducida por drogas. Los demonios de obsidiana iban saliendo del mar con cofres de oro, cuyo contenido habría podido comprar un imperio. Solo un ejército tan temible como la Guardia Póstuma había podido proteger tal tesoro de la avaricia y la codicia de generaciones de buscadores. La riqueza que tenía Mordermi a sus pies había de convertir su corte en la más rica de los reinos hiborios.

Callidios le había dado el poder a Mordermi; luego, le daba riquezas. Conan se preguntaba cuál sería el pacto que ambos habían cerrado, y si Callidios tendría un tercer regalo por ofrecerle.

Le consolaba el hecho de que Mordermi ya no dependería de Callidios en cuanto el Ejército Revolucionario de Zíngara fuera lo bastante fuerte como para iniciar una campaña. Entonces, la Guardia Póstuma ya no sería necesaria. Callidios —si no se hubiera dado aún el caso de que, tras perderse en sus sueños inducidos por el loto, no encontrara el camino de vuelta— podría ser suprimido, y el reinado de Mordermi se vería libre de la mácula de la hechicería. Para que aquel día no tardara, Conan redobló sus esfuerzos con el nuevo ejército.

Fuera de Kordava, las fuerzas enfrentadas se hallaban en tablas. La Guardia Póstuma defendía la ciudad de cualquier ataque, pero, en el resto de Zíngara, el gobierno de Mordermi no estaba afianzado en absoluto. Los poderosos nobles, con sus fortalezas y ejércitos personales, podían reconocer o no reconocer la aspiración de Mordermi al trono, a voluntad. Aunque ningún ejército humano hubiera sido capaz de hacer frente en batalla a las fuerzas de la Guardia Póstuma, Mordermi no podía enviar fácilmente a sus diabólicos guerreros a otro extremo de Zíngara para que luchasen contra quienes desafiaban su poder. Aunque hiciera destruir las propiedades de estos, sus enemigos podrían huir del avance de los guerreros de piedra, y, si reducía las fuerzas de la Guardia Póstuma dispersándola por todo el país, Kordava quedaría expuesta a un ataque por sorpresa.

Así pues, Mordermi necesitaba su nuevo ejército, y necesitaba tenerlo sin tardanza, antes de que las provincias más extremas decidieran que ya no era necesario obedecer las Órdenes del

usurpador de la lejana capital. La amenaza de la Guardia Póstuma había ganado para Mordermi algún apoyo fuera de Kordava; los ricos sobornos que podía ofrecer le compraron alguno más. Pero, al final, necesitaría un ejército en campaña para consolidar su reinado.

La amenaza contra su poder no tardó en materializarse. Envalentonado por la negativa de Mordermi a mandar la Guardia Póstuma fuera de Kordava, el conde Dicendo, que gobernaba extensas posesiones en la lejana frontera oriental de Zíngara, declaró la independencia de sus tierras. Para respaldar su proclamación, tropas de la vecina Argos cruzaron el río Khorotas, en retribución por algunas concesiones territoriales que el conde Dicendo, sin autoridad legítima alguna, había otorgado muy generosamente a costa de las tierras de su rival, el barón Lucabos.

—Tendremos que atacar rápida y eficazmente, por supuesto. —Mordermi informaba a Conan de la situación—. Si no, todos los terratenientes de Zíngara irán proclamando la independencia de sus estanques de pesca y cultivos de cebada.

—El ejército está a punto para luchar —le dijo Conan, con más resolución de la que él mismo sentía—. Nos pondremos en marcha al alba.

—Bien —dijo Mordermi, asintiendo—. Te deseo una rápida victoria. Trata sin misericordia a esos rebeldes. Si les damos un escarmiento ejemplar, también abandonarán otros la tentación de desafiar mi autoridad. Corren rumores de que se está urdiendo una conspiración en el norte en torno a un necio que dice ser el hijo bastardo de Rimanendo. Eso sí que desafiaría a las leyes de la Naturaleza. ¡Por Mitra, que la traición echa raíces en cada una de las esquinas de mi reino!

—Puedes confiar en mí —le dijo el bárbaro.

—¡Lo sé, Conan! —Mordermi le tomó de la mano—. ¡Por Mitra! ¡Si tuviera otros cien como tú a mi servicio!

El Ejército Revolucionario de Zíngara salió de Kordava al despuntar la aurora. El general del nuevo ejército, que partía hacia su primera campaña, estaba inquieto; veía las negras siluetas de la Guardia Póstuma en los cielos grises. Arrugaba el entrecejo, pero no por aquella primera misión.

15. Algunas muertes

La estación hubo cambiado, de verano a otoño, antes de que Conan regresara a Kordava. Le había agradado ver el paso de la sequedad veraniega al fresco estallido de color del otoño. Su estancia en la Fosa había sido una estación de inacabable penumbra. Conan pensó que estaba harto de Kordava. Tras haber consolidado la autoridad de Mordermi por toda Zingara, se despediría de los amigos que tenía allí, transmutaría la amistad de Mordermi en un buen caballo y un saco de oro, y volvería al norte, a Cimmeria. La vida que tenía como general del ejército de un rey no se asemejaba en nada a la que habría deseado vivir hasta el fin de sus días. Estaba hastiado de luchar por otro hombre.

En los montes de las marcas orientales de Zíngara, el nuevo ejército de Conan sostuvo una tozuda campaña sobre terreno difícil, hasta que acabó por tomar la fortaleza del conde Dicendo, y el aristócrata rebelde fue ahorcado ante sus maltrechos muros. Aquellos mismos días, el barón Lucabos, cuyas tierras había entregado Dicendo a los de Argos a cambio de apoyo militar, sufría asedio, y pedía ayuda a gritos a su nuevo señor. Conan obligó a los argoseos a retirarse al otro margen del río Khorotas y los persiguió hasta allí, pero entonces se le ordenó que regresara. Los emisarios de Mordermi le explicaron que la invasión de Argos por Zíngara habría sido un acto de guerra; la presencia de soldados argoseos en suelo zingario no había tenido sanción oficial, y sin duda, los responsables del incidente serían castigados por su propio rey.

Además, una conjura en toda regla había reunido fuerzas en el norte, tal como había temido Mordermi. Un aventurero poitanio llamado Capellas decía ser el hijo bastardo de Rimanendo y de una aristócrata aquilonia con quien el rey zingario se había entretenido durante una estancia en Poitain. Capellas presentó algunos

documentos, pasablemente falsificados, para dar fuerza a sus afirmaciones, y como no podía negarse que el rey Rimanendo había cruzado Poitain en alguna ocasión, los realistas se regocijaron de saber que se había hallado un auténtico heredero para el trono de Zingara. Seguido por abundantes partidarios, aquellos de la corte de Rimanendo que habían huido al exilio aquilonio, Capellas atravesó el río Alimane y entró en Zingara, donde se les unieron algunos aristócratas norteños que no sentían gran lealtad para con un usurpador que se hallara en Kordava, puesto que tenían cerca a un aspirante que les prometía generosas recompensas a cambio de su apoyo.

Capellas logró recorrer con sus fuerzas la mitad de Zingara antes de que Conan, por fin, le derrotara a orillas del río Trueno. Aquella fue la mayor prueba por la que hubiera pasado hasta entonces el Ejército Revolucionario de Zingara, pues Capellas conducía tropas veteranas, y él mismo tenía experiencia como comandante de campo. La batalla estuvo en el filo de la navaja durante todo un largo día, hasta que las reservas mercenarias de Conan rompieron el flanco de Capellas y forzaron a sus soldados a huir hacia el río. Cortándose un miembro para escapar de la trampa, Capellas sacrificó las tropas que los otros habían acorralado y se retiró al norte con su caballería. Conan le dio caza tras masacrar a los invasores que había cercado en los márgenes del río Trueno, y le alcanzó cuando ya vadeaba el Alimane para ponerse a salvo en Poitain. Conan lo había vadeado por otro trecho, e hizo frente a la caballería de Capellas antes de que esta saliera del río. La devastación que Conan había presenciado en los lugares por donde había pasado el aspirante al trono, en su avance y su retirada, selló el destino de este, que protestaba porque la emboscada del bárbaro había roto un tratado internacional; Capellas jamás terminó de cruzar el Alimane.

Entonces llegó la noticia de que los salvajes pictos, cuyas tribus vivían en los yermos que se encontraban al norte de los confines noroccidentales de Zíngara, se habían apercibido de que ya no había guarniciones en los puestos fronterizos, y estaban efectuando atrevidas incursiones a lo largo del río Negro. Conan condujo a sus fatigadas tropas a la frontera septentrional, pues la experiencia le decía que, una vez los pictos se dieran cuenta de que podían

cruzarla con total impunidad, pegarían fuego a todos los asentamientos que hallaran hasta Kordava. A marchas forzadas, el Ejército Revolucionario de Zíngara alcanzó la frontera, a tiempo para reforzar la guarnición de los fuertes que se habían visto abandonados a su suerte a causa de la reorganización del ejército. Varias partidas de saqueadores pictos, que se habían envalentonado con los recientes éxitos, fueron interceptadas y aniquiladas. Los pictos se retiraron a sus impenetrables yermos, donde aguardarían a que Zíngara se descuidase de nuevo.

Así, Conan regresó por fin a Kordava después de pasar varias semanas sin conocimiento alguno de los asuntos de la capital. Alguna vez, Mordermi le había mandado emisarios, y en otras ocasiones le habían alcanzado chismes y rumores. El cimmerio no había tenido casi ningún respiro durante la campaña, había luchado sin cesar a lo largo de la frontera. Tenía demasiado de qué preocuparse con su ejército como para prestar atención a los prolijos e inútiles debates del comité revolucionario. Mordermi le mandaba aviso cada vez que lo necesitaban en algún sitio, y Conan no sentía interés más que por completar su tarea. Pero reinaba ya en las tierras fronterizas, si no la paz, sí la calma, y el cimmerio decidió regresar a Kordava para avituallarse y para que sus hombres gozaran de un merecido descanso.

Hubieron cambios en ausencia de Conan.

Se hicieron patentes tan pronto como el cimmerio entró en Kordava. Una larga hilera de estacas de madera había sido clavada en tierra frente a la puerta principal de la ciudad. En lo alto de cada estaca, una cabeza humana descompuesta sonreía con sonrisa contrahecha a quien pasara por allí. Era una práctica muy común la de exponer de aquella horripilante manera las cabezas de los criminales ejecutados. Conan se preguntó si Mordermi habría decidido abandonar la antigua costumbre de dejar los cadáveres colgando en el Patio de Baile, o si los patíbulos habrían estado tan ocupados que había sido imposible mantener aquel refinamiento.

El cimmerio se detuvo, pues no podía dar crédito a sus propios ojos. Quizá la putrefacción de las carnes le engañara. Sabía que no. Una de las cabezas que le saludaban a la vuelta era la de Carico.

Conan la contempló con incredulidad. Observando la hilera de cabezas cortadas, reconoció a otros cuyo rostro le resultaba

conocido, hombres a los que recordaba como amigos y seguidores de Carico.

Tras ordenar a sus tropas que se dirigieran a los barracones, espoleó el caballo para ir a palacio. Mientras galopaba por las calles, vio signos recientes de discordia civil. Había tiendas con el escaparate destrozado, y vacías; paredes medio derruidas, que dejaban a la vista los extremos de las vigas chamuscadas. Una atmósfera de tensión y miedo reinaba en Kordava, así como antes había relucido un aura de esperanza a la partida de Conan. Había destacamentos de la Guardia Póstuma por toda la ciudad, silenciosos, dispuestos a destruir.

Conan no sabía nada de aquello; sin duda alguna, un importante motín había tenido lugar en días muy recientes. ¿No habrían tenido tiempo de ordenar al ejército que volviera a Kordava? ¿O quizá Mordermi había confiado en que la Guardia Póstuma podría dominar la situación? ¿Por qué habían ultrajado la cabeza de Carico como si se hubiera tratado de la de un criminal?

Mordermi sabría las respuestas. Conan tenía que hallar a Mordermi.

El palacio estaba guardado por los guerreros de piedra negra, así como por una fuerte guarnición del Ejército Revolucionario de Zíngara. Varios oficiales a quienes Conan no conocía se adelantaron a recibir a su general y lo escoltaron hasta la presencia de Mordermi. Mientras caminaban por el palacio, Conan tuvo que notar que, en su ausencia, Mordermi parecía haberlo renovado, tras su saqueo, con lujos que habría envidiado el propio Rimanendo.

Mordermi saludó afectuosamente a Conan y lo hizo pasar a sus aposentos privados.

—Has vuelto antes de que pudiera llamarte —le explicó, mientras le servía vino al cimmerio—. La pasada noche, nos hallamos en un momento crítico. No es que no estuviera preparado para solucionarlo, pero, de no haber tenido la Guardia Póstuma, tal vez todo hubiera sido distinto.

Conan miró con hostilidad a Callidios, que holgazaneaba despreocupadamente en una de las sillas.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Conan—. He visto, frente a las puertas de la ciudad, imágenes que no creía que tuviera que ver jamás.

—Entonces, ya habrás adivinado lo que sucedió —le dijo Mordermi, con la voz preñada de angustia—. No supieron ponerse de acuerdo en nada… el Comité Revolucionario, de esos te hablo. Cuando la Rosa Blanca solo era un círculo de discusión, daba igual lo que defendiera cada uno. Cuando, de pronto, se encontró con que tenía el poder, y pudo poner en práctica sus filosofías… entonces, las ideas divergentes que se habían formado del nuevo orden acabaron por causar una mortífera disensión. Ya se incubaba cuando tú saliste en campaña.

—Avvinti sostenía que solo los propietarios habían de tener voz en el gobierno; Carico insistía en que a todo hombre, fuera mendigo o aristócrata, le correspondía igual derecho al voto. Ya les habrás oído discutirlo. Yo tenía la esperanza de que Santiddio lograra conducirles a alguna especie de compromiso, pero no lo logró.

Mordermi se detuvo en su plática para beber un sorbo de vino. Tenía la amargura pintada en el rostro.

—Avvinti fue asesinado… con veneno. Era obvio que Carico había preparado su muerte. Estuvo claro, cuando ordené su arresto, cuan lejos había llegado en su conspiración. La facción de Carico se retiró del comité revolucionario, y empezó a alborotar por las calles pidiendo la liberación de su cabecilla. Para mi dolor, Carico había decidido que una segunda revolución tenía que llevarlo al poder. Me apenó el tener que ordenar su ejecución, pero no pude hacer otra cosa. Callidios llamó a la Guardia Póstuma para que acabara con los motines callejeros. No pudimos evitar que corriera alguna sangre, pero se ha restaurado el orden.

—¿Y Santiddio? —le preguntó Conan sombríamente.

—Cuando me vi forzado a disolver el comité revolucionario y declarar la ley marcial, Santiddio tuvo una reacción histérica. Esto solo ha sido una medida de urgencia para mantener el orden, por supuesto, y estoy convencido de que durara poco. Sin embargo, Santiddio no se atuvo a razones. Empezó a hacerme acusaciones completamente falsas… muy dolorosas para mí, a causa de nuestra amistad.

—¿Qué le ha ocurrido a Santiddio? —insistió Conan.

—Dadas las circunstancias, no tuve más remedio que ordenar su arresto. Por muy infundadas e irracionales que fueran sus acusaciones, no puedo permitir que una figura popular me vaya

acusando públicamente de haber traicionado a la revolución en beneficio propio.

—¿Cuán infundadas e irracionales son esas acusaciones? —le preguntó el bárbaro.

—Es bueno que seas mi amigo, Conan. Si no, esas palabras habrían sido muy peligrosas. Como tú sabes bien, tengo enemigos por todas partes… tanto en las fronteras de Zíngara como aquí, en mi propio palacio. He combatido denodadamente por mi trono, y no para que otros me lo roben.

—Carico podría haber peleado con Avvintí en el calor de la ira —dijo Conan, meditativo—, pero no hubiera envenenado a nadie. Los que he visto al frente de la guardia de palacio eran aristócratas amigos de Avvinti, ¿verdad? Al deshacerte de Carico, te has ganado el favor de la nobleza; los discursos con que Carico exigía que sus tierras fueran entregadas al pueblo les habían inquietado.

Mordermi volvió a llenarle la copa a Conan.

—Tú sabes tan bien como yo que las ideas de Carico, en su mayor parte, eran pura majadería. Y estás sacando las mismas conclusiones absurdas que Santiddio. Debes recordar que las palabras y acciones, sacadas de su contexto, pueden adoptar aspectos siniestros, completamente desprovistos de fundamento real. Tú, por ejemplo, al dirigir la defensa de las barricadas en la Calle de las Urracas te convertiste en un héroe. Y sin embargo, me han llegado voces de que, en un momento dado, abandonaste el puesto, y declaraste con insolencia que «si Mordermi no aparecía, tú mismo tomarías el mando del movimiento revolucionario». Deserción y traición; sacados de contexto, ciertamente, pero que bastarían como fundamento para ordenar tu arresto.

—¿He de entenderlo como una amenaza? —masculló Conan, al tiempo que daba un paso adelante—. ¿Es así como arrestaste a Santiddio? ¡Dime dónde está, y déjame hablar con él!

—No habrá problema —le dijo Mordermi con sinceridad—. Ya me temía yo que tu primitivo código de honor causara problemas cuando intentara hacerte atender a razones.

La voz de Mordermi tuvo un extraño eco, y su rostro pareció difuminarse. Conan gruñó con su airada réplica, pero tenía la lengua entorpecida. El cimmerio miró furiosamente la copa que Mordermi le había servido. Pesaba demasiado como para sostenerla.

La oyó romperse en el suelo, al mismo tiempo que arrojaba el peso de su cuerpo contra el zingario. No llegó a oír su propia caída.

Mordermi contempló al inconsciente cimmerio con expresión apenada.

—Quizá, cuando haya tenido tiempo de sentarse y meditarlo, se mostrara razonable. Al fin y al cabo, no es más que un aventurero bárbaro. ¿Qué le importa la causa por la que luche, si se encuentra en el bando de los vencedores?

—Sabes que no es así —le dijo Callidios. Hurgó con la punta de la bota en la desmadejada figura del cimmerio, y se admiró del efecto de sus propias mañas—. Te sirvió como peón porque confiaba en ti. Un rey ha de saber cuándo sus peones dejan de serle útiles.

16. Quién es el asesino

Al final, llegó un momento en que la negrura de su mente se mezcló con la de una mazmorra. Conan se ayudó a incorporarse con los brazos, y le vinieron arcadas, pues el esfuerzo le había dado náuseas.

—Toma, bebe un poco. —Santiddio le acercó a los labios un cuenco de agua tibia.

Conan bebió torpemente; tenía la lengua seca y pastosa. Se enjuagó y escupió en la sucia paja, en un intento de quitarse de la boca el acre sabor.

—Así —dijo Santiddio—, también tú.

Conan obligó a sus ojos a mirar lo que tenía en derredor. Se hallaban en una de las celdas subterráneas de palacio. Desde el corredor les llegaban pálidos reflejos de luz de antorchas. Él y Santiddio estaban juntos en una sucia mazmorra que apenas si hubiera bastado para un solo hombre. Tenían a un lado del angosto cubículo una gruesa puerta de tablas de roble con refuerzos de hierro, y al otro una pared de piedra. Había en la puerta una mirilla con sólidos barrotes de hierro. Se hallaban en una larga galería flanqueada por celdas similares, en cuyo extremo estaba el cuarto de los guardias, que daba a las escaleras de la mazmorra. Al otro extremo se encontraba la cámara de torturas, que durante el reinado de Rimanendo había sido mantenida en buen estado. Conan recordaba bien aquel lugar, por lo que los rebeldes victoriosos habían encontrado allí la noche en que asaltaron el castillo del tirano.

—¿Qué ocurrió después de que me marchara de Kordava? —le preguntó Conan mientras pugnaba por recostarse en la húmeda pared.

—Todo se malogró. Creíamos que nuestros sueños se habían

hecho realidad; pero el sueño se tomó en pesadilla.

—Mordermi me ha dicho que Avvinti fue envenenado. He visto la cabeza de Carico, clavada en lo alto de una estaca, frente a las puertas de la ciudad… Mordermi admite haber ordenado su muerte. Dice que Carico estaba planeando una segunda revolución.

—Ya he oído esa conseja. El pueblo de Kordava la recibió con el mismo agrado que tú. Hubo motines callejeros en protesta porque Mordermi había ordenado el arresto del comité revolucionario… y fue entonces cuando ese diablo mandó a la Guardia Póstuma para que restaurara el orden. Mordermi atribuyó la matanza que él mismo había ordenado a una conjura de Carico y su facción.

—No comprendo que Mordermi haya hecho esto —exclamó Conan.

—Quizá ninguno de nosotros supiera qué intenciones llevaba en realidad. Sandokazi piensa que Callidios le tiene dominado de algún modo. Ese estigio sería capaz de hacer cualquier cosa.

Santiddio se rascó las costras que tenía por todo el rostro. A él no le habían dado vino drogado para meterlo en la celda.

—Yo habría tenido que preverlo —dijo amargamente—. Aceptamos a Callidios con los brazos abiertos. Nuestra causa era justa; no reparamos en medios para alcanzar nuestras metas. Quizá, sin Callidios, nuestra revolución hubiera sido aplastada, quizá con el tiempo hubiésemos podido derrotar a Rimanendo sin ayuda de otros. En ningún momento pensamos que la misma arma podría usarse para aplastar nuestra causa. Al fin y al cabo, Mordermi había sido durante años un campeón del pueblo llano, y Callidios era un camarada revolucionario.

»Claro que, visto en retrospectiva, todos estuvimos muy ocupados riñendo entre nosotros, y no pudimos prestar atención a nada que no fuera nuestras teorías personales sobre la organización del nuevo gobierno. Supongo que, con el paso del tiempo, habríamos llegado a alguna suerte de componenda. Mordermi, en cambio, se encargó directamente de los asuntos de gobierno.

»Ha desacreditado a la Rosa Blanca, haciendo creer que estábamos todos conspirando unos contra otros. Los grandes aristócratas seguirán a cualquier monarca que no perturbe el orden social presente. Les habría encantado que Avvintí subiera al trono; por supuesto, jamás hubieran aceptado los cambios sociales

radicales de Carico. Aun valiéndonos del ejército, habríamos necesitado de una larga lucha para lograr moderados cambios sociales fuera de Kordava. Con este golpe, Mordermi se ha librado del peligroso rival que era Avvinti, luego se ha ganado la adhesión de la aristocracia culpando del asesinato a Carico, ha disuelto el comité revolucionario, y ha destruido la Rosa Blanca con el pretexto de restaurar el orden civil. Puedes estar seguro de que no fue pura coincidencia el que Mordermi aguardara a que estuvieras lejos, de campaña, ganando batallas para él, antes de actuar contra nosotros.

Santiddio casi parecía admirar la enormidad del golpe. Se encogió de hombros con resignación.

—Así, Mordermi tiene ahora todos los atributos de un rey que conviene a los grandes aristócratas. Ahora, estos no se enfrentarán a su gobierno. Tú le has asegurado la paz en las fronteras. Simplemente, pondrá el ejército que tú le has creado a las órdenes de sus oficiales. Y además, aún tiene a Callidios y a la Guardia Póstuma. Creo que no pasará mucho tiempo antes de que veamos soldados zingarios en marcha contra Argos y Aquilonia.

—No te niego que vayan a marchar sobre esos países —admitió Conan, sombrío—, pero dudo que nosotros lleguemos a verlo. Mordermi sabe que, después de esto, no puede dejarnos con vida. Me sorprendo de estar todavía aquí, sentado, hablando conmigo. Habría sido igualmente fácil echar en mi vino el mismo veneno que bebió Avvinti.

—Hasta ahora, Mordermi ha tratado de mantener una fachada de legalidad para sus actos —observó Santiddio—. Estoy seguro de que las súplicas de Sandokazi también me han mantenido con vida. Quizá Mordermi espere poder engañarte para que le hagas algún otro servicio. Pero con el tiempo, cuando el pueblo olvide a los héroes de la Fosa, se nos acusará de algunos cargos ficticios, nos hallarán culpables de traición, e iremos a alimentar a los cuervos del Patio de Baile.

Conan rio sin alegría.

—Tú y yo anduvimos por un camino largo y difícil, y acabamos por encontrarnos con que hemos andado en círculo. ¿Volveremos a estar juntos en el Patio de Baile?

—Bueno, creo que esta vez no vale la pena contar con que Mordermi nos rescate. —Santiddio sonrió tristemente.

—Yo creo que esa quizá se la debimos a Sandokazi —dijo Conan —. ¿Qué le va a ocurrir a ella?

—Está en el bando de Mordermi —dijo Santiddio, suspirando—. En todo caso, no creo que venga a la mazmorra con nosotros, puesto que, si sigue con él, no tardará en ceñirse la corona de reina. Ama a ese bastardo traidor, y no va a abandonarlo ni siquiera ahora.

—Tampoco se quedará indiferente mientras su hermano se pudre en una celda —dijo una nueva voz.

Conan se puso en pie al instante, a pesar de la torpeza inducida por la droga, que aún le entumecía los músculos.

Sandokazi los miraba por entre los barrotes de la mirilla. Tenía en los ojos una mirada salvaje y soñadora.

—¡Kazi! —farfulló Santiddio—. ¿Mordermi sabe que estás aquí?

—No, nadie lo sabe. —Una sonrisa afloró lentamente a los labios de la hermana de Santiddio—. Él y Callidios están volviendo a hacer planes. Estoy convencida de que Callidios quiere que ordene la inmediata ejecución de Conan, pero ese renegado todavía no domina a Mordermi lo bastante como para que acceda a matar a un amigo.

—Los escrúpulos que tiene tu amante en tales asuntos son bien conocidos —dijo Conan, resoplando—. Él y yo hemos de volver a beber por nuestra amistad, pero esta vez seré yo quien elija el vino.

—No debes culpar a Mordermi por lo que ha sucedido —le dijo Sandokazi a modo de ruego—. ¡Mitra, por qué no atenderíamos a tu consejo cuando el estigio entró reptando por primera vez en nuestra vida!

—Ese es otro error que he de corregir cuando salga de aquí —aseguró Conan—. Pero fue Mordermi quien me sirvió vino drogado.

—Si te lo hubiera dado Callidios, jamás hubieras vuelto a despertar —replicó ella con pasión—. ¡Cómo podéis ser tan necios ambos! Mordermi hizo frente a la tiranía de Rimanendo con la misma resolución que nosotros. Mientras discutíamos cómo elevar a las masas mediante reformas sociales, Mordermi ya distribuía a los pobres el botín de sus robos. ¡Callidios lo cambió todo! Ahora, apenas si puedo reconocer a Mordermi. Ese hechicero lo ha embrujado. Si matáis a Callidios, Mordermi quedará libre de su oscura influencia.

—¿A qué has venido, Kazi? —le preguntó de nuevo su hermano —. ¿Es que Mordermi te ha enviado a pactar una tregua?

—He venido para liberaros —explicó Sandokazi, con una risilla exagerada que hizo que los dos hombres la miraran fijamente.

Traía un juego de llaves.

—He estado espiando a Callidios —les dijo, arrastrando un poco las palabras—. Sé dónde guarda su precioso loto amarillo. He puesto migas de goma seca en su pipa, tal y como he visto que hace el estigio. Me agazapé cerca del cuarto de la guardia mientras dormitaban copa en mano, y arrojé humos amarillos dentro de la estancia. En este lugar no hay corrientes de aire; eché cada vez más humo, y cada vez fueron más los guardias que se pusieron a roncar. Ninguno despertó cuando yo entré y les quité las llaves de las celdas.

—¡Por Crom, mujer! —La ira de Conan estalló—. ¡Pues déjanos salir de aquí antes de que los guardias se recobren! ¿Qué chanza es esta?

—Os dejaré salir —dijo tímidamente Sandokazi—. Pero tenéis que prometerme que no mataréis a Mordermi. Sé que nos ha traicionado a todos, pero es Callidios quien le ha envenenado el alma. Matad al estigio si queréis vengaros, ¡pero dadme los dos vuestra palabra de que no mataréis a Mordermi!

Conan se preguntó en qué medida los humos del loto amarillo le habrían alterado el cerebro a la muchacha. Pero no tenía tiempo para discutir con ella. Quizá llegara el relevo de la guardia, o quizá la muchacha, con las mentes entontecidas por el loto, decidiera por despecho no darles las llaves.

—Prometo no matar a Mordermi —dijo Conan, aunque su juramento le ardiera en la garganta. El cimmerio jamás faltaba a su palabra, independientemente de las circunstancias en que la hubiera empeñado.

—Y yo también lo prometo —se avino a conceder Santiddio—. Ahora, Kazi, ¡date prisa!

Por unos enloquecedores momentos, la muchacha estuvo buscando la llave adecuada, y luchó por abrir la enorme cerradura. Al final, el cerrojo cedió. Conan salió por la puerta como un gran felino que escapa de su jaula. Miró con fiereza por el corredor, al tiempo que Santiddio abrazaba a su hermana.

En el cuarto de la guardia, los vigilantes roncaban estúpidamente. Sin duda, su fallo les había de costar la vida, pero Conan no sintió ningún remordimiento. Los tres cogieron capas militares de un estante, y subieron sigilosamente por la escalera.

Había una puerta al extremo de esta, y, al lado de la puerta, un hombre muerto. Le habían clavado con pericia una daga de hoja estrecha en el corazón.

—Le dije que le haría pasar un buen rato si me dejaba visitar a mi hermano —explicó Sandokazi—. Probablemente, me hubiera traicionado después.

En el silencio de la noche, los corredores de palacio estaban desiertos, salvo por las patrullas de guardia. Era el mismo Conan quien las había organizado y, con suerte y cautela, podrían eludirlas. El cimmerio sabía que no podía faltar mucho para el alba; la fuga sería descubierta en cuanto llegara el relevo de los guardias.

—Tengo una cuerda escondida con la que podréis bajar por el muro —les dijo Sandokazi. Conan siempre había admirado su listeza—. En cuanto hayáis salido de la fortaleza, tendréis que apañároslas.

—Tú te vienes con nosotros —dijo Santiddio en tono de apremio —. Mordermi, sin duda alguna, sospechará de ti.

—Mordermi puede sospechar, pero no hará nada —dijo Sandokazi—. Callidios le ha envenenado el alma, pero su corazón todavía me pertenece. Culpará de vuestra fuga a la Rosa Blanca, y la aprovechará también como prueba de una conjura.

—No nos hagas demorarnos, mujer. —Conan trató de razonar con ella—. No permitiré que te quedes aquí, y corras peligro después de habernos ayudado. Mordermi no es de fiar…

—Mordermi es mi amado —le replicó Sandokazi—. ¿Es que no lo entiendes…? ¡Yo le amo! Si ahora me aparto de él, se quedará solo con Callidios.

Conan disentía, mas era ella quien había de tomar una decisión. Santiddio ya sabía que no habría valido la pena tratar de persuadir a su hermana.

—¿Qué vais a hacer ahora? —les preguntó ella para poner fin a la discusión.

—Para empezar, huiremos de Kordava —empezó a decir su hermano—. Somos tan conocidos que no podemos escondernos

dentro de la ciudad, y Mordermi tiene demasiado poder aquí como para desafiarlo. Organizaremos una nueva rebelión con la ayuda del pueblo al que ha traicionado, y esta no será una conjura simulada, que pueda suprimir tan fácilmente como la inventó.

—¿Y cómo podréis hacer frente a la Guardia Póstuma? —Sandokazi les recordaba el problema más básico.

—¿Tienes idea de cómo controla Callidios a sus demonios? —le preguntó Conan.

—Solo sé que Callidios se encierra en una cámara fuertemente vigilada, en el piso superior de la torre del palacio, cuando les da órdenes —dijo ella—. Y no reaparece hasta que han terminado con su sangrienta tarea. Pone en obra toda su magia en aquel lugar; no se permite a nadie que entre allí.

—Solicitaremos a otro que también sea adepto a las artes ocultas que nos ayude contra la brujería del estigio —afirmó Santiddio—. He pensado mucho en ello mientras contemplaba las paredes de mi celda.

—¿Vas a pedirle ayuda a otro brujo? —dijo Conan en protesta—. Si tiene poderes más grandes que los de Callidios, será como meter un tigre en la casa para echar al lobo.

—No si se trata de nuestra hermana —le respondió Santiddio—. Iré a pedirle a Destandasi que nos ayude… si es que quiere.

Conan casi había olvidado que los Esanti eran tres, y que la otra hermana, Destandasi, se había retirado de la corrupta Zíngara y había sido iniciada en los misterios de Jhebbal Sag. Mordermi le había dicho a Conan que la tercera Esanti era sacerdotisa de la arboleda santa de Jhebbal Sag, algo al norte del río Negro.

—Destandasi ha deshecho casi todos los vínculos con nuestra familia… con las antiguas tradiciones de la grandeza Esanti, y con la causa por la que luchamos hoy —dijo Sandokazi—. No sé por qué razón iba a ayudarnos, aun cuando pudiera.

—Voy a intentarlo —dijo Santiddio, frunciendo el ceño—. ¿A quién más podría acudir?

—Yo había pensado que huyéramos atravesando el río Negro —dijo Conan—. La frontera está cerca, y, como hace poco que allí hubo enfrentamientos con los pictos, los guardias que estén apostados por las marcas norteñas estarán tan pendientes de que no entren que no se preocuparán por quien salga de Zíngara. ¿Podrás

encontrar a Destandasi?

—Creo que sé cómo encontrarla —dijo Santiddio—. Si no, que los pictos nos arranquen el cuero cabelludo y le manden nuestras cabezas a Mordermi.

—Entonces, ya hemos perdido bastante tiempo. —Conan observó los cielos—. Si nos apresuramos, podremos robar una canoa y remontar un buen trecho del río Negro antes de que raye el alba.

Probó la cuerda que les había proporcionado Sandokazi, y la ató para que colgara al otro lado del muro.

—Por última vez: ¿quieres venir con nosotros?

—Ya sabes cuál es mi decisión. Pero recuerda lo que me has prometido.

Conan tuvo la idea de agarrarla y llevársela a rastras. Pero aquella mujer había tomado una decisión, y el cimmerio la respetaba por ello.

—Dadle recuerdos de mi amor a Destandasi —dijo ella, casi alegre, mientras los dos hombres bajaban con rapidez por la cuerda y desaparecían en las negras sombras que ocultaban la base del muro.

En cuanto hubieron llegado abajo, Sandokazi desató la cuerda y se la arrojó. Así, los guardias no sabrían por qué lado habían huido los fugitivos. Se hacía tarde, aunque los humos de loto que Sandokazi había inhalado sin quererlo distorsionaban su sentido del tiempo. Además, con el sigiloso paseo hasta el muro exterior, y la conversación que habían mantenido en susurros, perdieron mucho tiempo sin darse cuenta.

Se dirigió a las estancias de Mordermi, abrigando la esperanza de que su amante aún estuviera celebrando consejo con Callidios. Si no… bien, si Mordermi podía pasar toda la noche despierto, ella también podría. Mientras iba pergeñando una excusa, se dio cuenta de que todavía llevaba la pipa de Callidios en el corpiño.

Pensó en esconderla, pero Callidios se daría cuenta forzosamente de su desaparición, relacionaría esta con la inconsciencia de los guardias, y se preguntaría por qué los conjurados que habían liberado a los cautivos empleaban tan rebuscados métodos. Más le valdría devolver la pipa a su escondite en las estancias del hechicero, para que nadie pudiera adivinar cómo habían sido drogados los guardias.

Sandokazi se aseguró de que Callidios no hubiera regresado a sus aposentos. Tanto mejor; él y Mordermi todavía estaban trazando planes. Con suma cautela, se coló en la habitación y puso la pipa en su cajón, al lado del frasco de loto amarillo.

Había olvidado que el estigio también era ilusionista.

Callidios salió de la penumbra, en el mismo lugar donde poco antes había habido una puerta.

—No puedo dormir sin eso, por supuesto —dijo suavemente.

17. Destandasi

Cuando aún llevaban poco tiempo remando por el río Negro, Santiddio comprendió que no habría podido sobrevivir a aquel viaje sin el gigantesco cimmerio. Aunque Conan fuera un amigo íntimo, Santiddio, en Kordava, nunca había podido dejar de adoptar cierto aire de fácil superioridad enfrente del bárbaro norteño. Aquello formaba parte de la actitud kordavana para con los que no habían tenido la fortuna de vivir toda su vida en aquella ciudad, y el cimmerio, con su grosero acento, sus maneras rudas y sus rústicas ideas, se parecía demasiado al típico patán inculto de provincias.

Al llegar a los confines de los yermos pictos, Santiddio comprendió súbitamente que allí, donde la civilización les quedaba tan lejos como si Kordava hubiera estado al otro extremo del Mar Occidental, y no a varios días en el curso de un río, Conan era el hombre educado, y él mismo un zoquete ignorante.

Habían robado una canoa en Kordava, a orillas del río. Guiándose con ojos que parecían los de un gato, Conan había bogado enérgicamente contra corriente, y no se detuvo hasta que el sol naciente acabó con las brumas que amortajaban el río. El esbelto cuerpo de Santiddio era todo nervio y enjuto músculo, y el propio zingario lo había considerado atlético. Sin embargo, mucho antes de que Conan decidiera hacer parada, ya le dolía todo como si le hubieran atado al potro de las mazmorras de Mordermi. El cimmerio había arrastrado la canoa por la orilla, la había escondido entre los frondosos sauces que flanqueaban la ribera, y la había cubierto cuidadosamente de ramas.

—Sería peligroso seguir de día —le explicó, como si el otro hubiera sido un niño—. Mordermi recordará que una vez quise huir de Rimanendo atravesando los yermos pictos. Puede enviar patrullas montadas para que sigan los márgenes del río, y cubrirán

el terreno más rápido de lo que nosotros podemos remar contra comente. Por la noche los podremos eludir, siempre y cuando no nos dejemos ver a la luz de la luna.

Santiddio se había tendido en el fondo de la canoa, y durmió bien pese a lo forzado de su postura. Cuando despertó, Conan le dio un puñado de nueces y algunas frutas otoñales que había ido recolectando por la orilla; Santiddio ni siquiera había notado que el cimmerio saliera de la barca.

Al caer la noche, siguieron remontando el río. Conan remaba con un ritmo más regular, pero, cada vez que Santiddio cortaba el agua con sus remos, parecía que el fuego le desbordara por cada músculo. En una ocasión, el bárbaro detuvo la canoa y ordenó silencio; se pusieron a cubierto de un tronco caído, sumergido a medias, durante lo que debió de ser una hora, hasta que Conan, cautelosamente, empezó de nuevo a remar.

—La otra canoa —le explicó luego Conan—. ¿No has visto cómo pasaba por nuestro lado? Mordermi tendría que decirles a sus perros que no se pongan cotas de malla si son incapaces de estarse sentados y quietos.

Santiddio no había visto ni oído nada.

Al día siguiente, Conan arponeó una carpa con una daga que había atado al extremo de un palo. Habían quitado espadas y dagas a sus guardias, pero no llevaban arco ni carcaj lleno de flechas con los que pudieran capturar venados. Mientras devoraba con avidez su porción de pescado crudo, Santiddio comprendió que el cimmerio podría improvisar alguna suerte de tosco arco y flechas si se presentaba la necesidad.

Otra noche de remo les acercó a unos claros, abiertos mediante el fuego, donde el olor del humo pesaba todavía en el aire nocturno.

—Ya no debemos preocuparnos de que las patrullas de Mordermi nos sigan río arriba —dijo Conan con áspera risa—. Los pictos han llegado hasta aquí con sus incursiones al sur, y los zingarios no se arriesgarán a encontrarse con una de las partidas de saqueadores que quizá se haya demorado por no volver sin un nuevo cinturón de cabelleras.

Conan hundió el remo en las aguas con renovada energía.

—Desde ahora —dijo—, tendremos que ser diez veces más cautos.

A la noche siguiente, justo antes de que empezaran a remar de nuevo hacia el norte, Conan volvió del bosque con un arco corto de madera oscura y un carcaj lleno de flechas con punta de piedra. Cuidó de dejarlas donde las tuvieran a mano en la canoa, y le dio a Santiddio una bolsa de cuero llena de carne seca y una especie de burdo pastel hecho de bellota.

—Fue difícil hundirlo, pero los pictos son como diablos cuando buscan a sus muertos. Esperemos que no tuviera amigos cerca —dijo Conan, acercándose a él para hablarle en susurros—. Ahora, tenemos que alejarnos un poco.

Había un puesto de comercio cabe el río Negro, en el vago límite donde se suponía que terminaba Zíngara y comenzaban los yermos pictos. Como no se sabía que los pictos hubieran respetado nunca las líneas que los hombres cultos trazaban en los mapas, se trataba de una frontera muy tenue. El puesto de comercio corría a cargo de un mestizo, de nombre Inizio, y fuera por su sangre picta, o por su utilidad como comerciante, los pictos no solían molestarle. Las cartas de Destandasi —las que Santiddio y Sandokazi habían recibido— llegaban a Kordava por una serie de intermediarios que empezaba ahí, y las que ambos mandaban a su hermana eran enviadas directamente al puesto de Inizio, desde el que, presumiblemente, acababan por llegar a manos de la sacerdotisa.

Conan vio que el puesto de comercio de Inizio no había sido incendiado durante los asaltos más recientes. Empezarían a buscar desde allí.

Inizio tenía la peculiar apariencia, semejante a la de un trasgo, que parecía resultar de la mezcla de sangre picta con la de razas hiborias. A diferencia de la mayoría de propietarios de tales puestos de frontera, era hombre de carácter taciturno, de actitud casi hostil. Santiddio se preguntaba si el comerciante preferiría tener trato con los pictos, o si le molestaban todas las intrusiones que perturbaran su soledad.

Al explicarle Santiddio qué les había llevado hasta allí, Inizio les miró, sin más, con aversión. Conan le miró a su vez ceñudamente, y, cuando ya hubieron pasado unos instantes de tal guisa, Inizio se encogió de sus robustos hombros y admitió:

—¿Las cartas venían del bosque? Las mandaba río abajo. ¿Venían río arriba? Las mandaba al bosque.

—¿Y quién las llevaba adentro y afuera del bosque? —le preguntó Santiddio pacientemente.

Inizio arrugó todavía más el entrecejo.

—Una lechuza.

—¿Una lechuza?

—Justamente. Una lechuza muy grande.

—¿Cómo una paloma mensajera, quieres decir? —insistió Santiddio.

—Eso mismo. Vuela de noche, golpea la puerta con alas. Carta atada a la pata.

—Y viene para traer y llevar las cartas de su señora. ¿Cómo sabe cuándo ha de venir?

—No quiero problemas. No quiero problemas con algo.

—Pues entonces, responde a nuestras preguntas —le advirtió Conan.

—Cimmerio asesino de pictos —dijo Inizio con un gruñido—. No asusto de ti. No asusto de soldados. No asusto de pictos. No quiero tener ninguno problema.

—Escríbele una carta a tu hermana, Santiddio —sugirió Conan —. Cuéntale que estás aquí, y el porqué. Pídele que nos venga a buscar, o que mande un guía. Inizio procurará que le llegue, porque nos vamos a quedar aquí mientras esperamos la respuesta.

A medianoche, oyeron un aleteo a la puerta del puesto comercial. Inizio la abrió, y una gran lechuza entró volando en la estancia. Conan, que sabía el nombre de casi cualquier ave o animal que se pudiera encontrar allí, jamás había visto una lechuza semejante. Mientras Inizio le ataba el mensaje a la pata, el ave de negro plumaje les estuvo mirando con un ceño no muy distinto del de Inizio. Entonces, batiendo las grandes alas casi sin hacer ruido, salió por la puerta y desapareció en la noche.

No entendieron cómo la había llamado Inizio.

Al siguiente anochecer, mientras Conan, pensativo, se afilaba la espada, apareció un lobo en la penumbra y saltó deliberadamente hacia Santiddio. Conan, al principio, pensó que el animal sería una mascota de Inizio; tan confiado estaba. El lobo volvió sus ojos amarillos hacia el cimmerio, y este comprendió que aquella bestia nunca había sido domeñada. Oyó, a sus espaldas, que el comerciante cerraba su puerta y la atrancaba.

El lobo tenía una correa ceñida al enorme cuello, y, atada a la correa, llevaba una carta.

Santiddio la leyó para sí, y luego, en voz alta, para Conan.

«Hermano mío: He jurado no abandonar jamás esta arboleda santa. Si has de verme, este mensajero te guiará hasta mí. Te advierto que con ello profanarás una región donde los antiguos dioses no son solo recuerdo. Te aconsejo que regreses a tu mundo. Destandasi».

—¿Qué vamos a hacer? —se preguntó Santiddio, sorprendido todavía por el mensaje—. ¿Seguimos a la mascota de mi hermana?

—La seguiremos —asintió Conan—. Y ten en cuenta que ese lobo no es una mascota.

Abandonaron el claro, y al cabo de un momento, el puesto de comercio, y toda huella de trabajo humano, hubieron desaparecido tras un sombrío muro de altos árboles.

Después de caminar otra milla, tan profunda se había vuelto la oscuridad que ninguno de los dos podía ver el camino que estaban siguiendo, si es que había un camino bajo las negras columnas de los árboles. Santiddio acariciaba con suavidad el lomo de la bestia, confiado en que esta les llevaría hacia lo que fuera que les aguardase. Conan aferró el puño de su espada y escuchó, incómodo, los sonidos que les seguían por el bosque en tinieblas. Sabía que no tenían por qué temer a los pictos en aquel viaje nocturno, pero el saberlo no le daba más confianza.

Estaban solos en medio de un bosque ya antiguo en los tiempos en que los antepasados de Conan se habían acurrucado en cuevas, y meditado el misterio del fuego. El yermo picto era un océano, sin caminos, de bosque y montañas; ningún hombre de las razas blancas lo había atravesado jamás, e incluso los mismos salvajes pictos no habían penetrado nunca en algunas de sus grandes áreas boscosas. El tiempo y la distancia podían tenerse por conceptos carentes de significado —humanos, y por tanto carentes de significado— en tanto que caminaban y caminaban entre troncos cuya anchura no podía abarcar un hombre, sobre una alfombra de musgos del bosque que apagaba el sonido de sus pisadas. De no haber sido por la presencia de su fiero guía, se les habría podido confundir con dos almas malditas que anduvieran por el limbo.

«Una región donde los antiguos dioses no son solo recuerdo», les

había escrito Destandasi como advertencia. En verdad, mientras caminaban por aquel bosque ancestral, Conan se apercibió de que sus árboles compartían la antigüedad de las mismas rocas que tenían bajo las raíces. Produce un pasmoso sentimiento el que una presencia viva rezume la temible antigüedad de la propia tierra.

Divisaron de pronto una tenue luz en el bosque, más adelante; Conan jamás saludó a una alborada con alegría más honda.

Era un pequeño claro, aunque, tras el claustrofóbico paseo por entre las gigantescas columnas de los árboles, parecía una isla viva de espacio y de luz. Había una mujer en el claro que aguardaba su llegada. Unos momentos después, Conan vio también todo lo demás.

El cimmerio había ido pensando, en el curso del viaje, cómo sería la única que no conocía de los trillizos Esanti. Había de mostrarse distante —según la había descrito Mordermi—, y tendría rasgos parecidos a los de hermana y hermano. Conan había imaginado una Sandokazi flaca, con el frío ademán de burla de una reina virgen. No había esperado encontrarse con la Destandasi que los saludaba en aquella remota arboleda.

Por extraño que parezca, recordaba a Sandokazi y Santiddio a un tiempo. Destandasi era alta y de porte erguido, ni delgada ni rolliza. Su rostro evocaba al de Sandokazi, y también la tez oscura y los ojos brillantes, cuyas oscuras pupilas parecían más grandes de lo normal. También el mentón anguloso y la nariz respingona, aunque sus labios tenían la sonrisa amarga, y no rufianesca como la de Sandokazi. Los hombros se le veían anchos, y casi masculinos, los pechos pequeños y enhiestos, las caderas esbeltas, como para oponerse a la generosa exhibición de curvas que era su hermana. De haberse comparado las figuras de ambas, Destandasi habría parecido tener algunos años de menos, pero, si se hubiera atendido solo al rostro, otros tantos de más. Tenía el cabello de hebras negras y lustrosas, y lo llevaba recogido en una larga cola que caía sobre uno de sus senos, hasta el talle. Su túnica estaba hecha de alguna suerte de oscuro tejido verde, una prenda sencilla, atada sobre los hombros, que la cubría hasta las desnudas pantorrillas, sujeta a la cintura por un cordón escarlata. Iba descalza, pese a la gélida noche otoñal.

Conan vio en ella a una dríada, o un espíritu virginal de los

bosques, y, al mirar en derredor, confirmó su primera impresión. Había un olmo colosal —antiguo más allá de todo cálculo— a un extremo del claro. Diez hombres altos que se cogieran por las manos y extendieran los brazos cuanto pudieran no habrían logrado rodear su tronco, y, tal y como a veces ocurre con los árboles de esa edad, estaba hueco. Un agujero, entre dos grandes raíces, hacía las veces de entrada; algunas hendeduras, donde la madera se había podrido a causa de las heridas que habían dejado algunas ramas al caer, servían como ventanas. Como una dríada, Destandasi vivía dentro de un árbol. Había una pequeña fuente cerca del centro del claro. Un pequeño fuego ardía sobre unas piedras, no lejos del olmo hueco, y la luz de lámparas se dejaba ver por las hendeduras y la puerta.

Conan pensó que hermano y hermana se abrazaban con más prevención de la que permitían las circunstancias.

—Bienvenido a mi casa, hermano. —Destandasi le saludaba con la misma formalidad.

—Destandasi, este es Conan. Ha sido un buenísimo amigo, tanto de Sandokazi como mío, como pronto vas a ver.

Dadas las circunstancias, Conan no sabía si besarle la mano o bien estrechársela. Eligió esto último, y se alegró de haberlo hecho, pues ella le devolvió el apretón con una fuerza que desmentía su sonrisa distante.

—¿Vais a entrar en mi casa? He preparado comida y bebida.

Con la formalidad de una anfitriona. O de una sacerdotisa.

Y quién, si no una sacerdotisa, habría podido resistir la abrumadora soledad de aquella arboleda… no, no resistirla, sino amarla.

Conan se preguntó adonde habrían ido aquella noche los devotos.

18. Un muerto andante de Kordava

Santiddio fue hablando mientras comían. Habló tanto, y con tal sentimiento, que Conan se preguntaba cómo podía acordarse de llenar la boca de comida.

Esta era un sencillo surtido de panes y pasteles, hechos de grano y nueces burdamente machacados, cocidos en el hornillo de piedra que tenía fuera del árbol, acompañados con una sopa de verduras diversas, junto con frutas y nueces tostadas. Conan reconoció la mayor parte de los ingredientes, que procedían de diversas plantas silvestres. Todo estaba bien preparado y llenaba el estómago, si bien Conan adivinó que la ausencia de toda carne era deliberada. Como recordaba lo poco que sabía de los misterios de Jhebbal Sag, aquello no le sorprendió.

El interior del olmo hueco era sumamente acogedor, y por su altura, ofrecía más espacio del que Conan había esperado. Las propiedades de Destandasi eran pocas, y sencillas, la mayor parte de evidente fabricación propia. Un pequeño telar ocupaba algún sitio, así como una mesa, y armarios llenos de utensilios y materiales que empleaba para hacer lo que le fuera necesario. Unos pocos libros daban casi una nota discordante. Había estantes y hornacinas por casi todo el hueco del tronco. Algunos escalones cortados en la madera daban acceso a una cama, dispuesta en un estrecho altillo, que estaba suspendido en el hueco a cierta distancia del suelo. Lámparas de aceite de pino alumbraban con luz suave, y había una losa, cerca de una de las hendeduras, donde podían encenderse pequeñas hogueras. Unas pesadas cortinas permitían cerrar la puerta y las ventanas.

A Conan le desagradaba la idea de que una mujer viviera sola en los yermos pictos, protegiéndose de los intrusos tan solo con una cortina. Al ir pensando en ello, el cimmerio llegó a la conclusión de

que la sacerdotisa de Jhebbal Sag no debía de temer peligros por parte de ningún atacante —ni hombre ni bestia— en aquella arboleda santa. Conan sabía andar por los bosques, y sin embargo, creía que, si el lobo no los hubiera guiado hasta la arboleda, él y Santiddio podrían haber dado vueltas hasta el fin de sus vidas entre las hostiles sombras.

Santiddio acabó su historia contando cómo habían llegado al puesto de comercio de Inizio. Destandasi había escuchado todo el relato sin casi ninguna interrupción, y solo sus ojos brillantes daban muestras de interés.

—¿Qué esperáis de mí? —preguntó tajantemente, cuando estuvo claro que su hermano aguardaba alguna respuesta.

Santiddio hizo con la mano un vago ademán, como queriendo abarcar con este toda la estancia. Señaló los libros.

—Has hurgado en lo oculto —le dijo como acusación—. Antes de que te resolvieras a adentrarte en el más frondoso bosque que hayan creado los dioses, estudiaste caminos distintos del último que has seguido.

—Este no es lugar para ligerezas —se apresuró a decirle Destandasi, y como advertencia, no como regaño.

—Pero tú estudiaste esas materias —insistió Santiddio—. Debes de tener alguna idea de cómo podemos derrotar a Callidios, y luchar contra la Guardia Póstuma.

—Di la espalda a tales asuntos al hacerme sacerdotisa de Jhebbal Sag —repitió Destandasi.

—Bien, pero no puedes darles la espalda también a tu hermano y a tu hermana —le dijo Santiddio en protesta—. Nosotros todavía vivimos en el mundo de los hombres, y en las ciudades de los hombres.

—Yo hice el voto de no abandonar jamás esta arboleda.

—Pues quédate aquí, en tu árbol —le dijo Santiddio acaloradamente—. Vine a buscarte porque necesitaba tu consejo.

—Mi consejo es que ambos abandonéis Kordava. Nada os retiene allí. La estirpe de Esanti solo hallará la muerte en Kordava.

—Kordava es el hogar de los Esanti. Yo también he pronunciado algunos juramentos, que me atan a esa ciudad. Debo ir a completar la obra que Mordermi ha traicionado. Yo solo te pido algunos medios para contrarrestar la brujería de Callidios, y hacer frente a

Mordermi en términos de igualdad. Destandasi frunció los labios, pensativa.

—Por lo que me decís, no tengo idea de cómo Callidios puede controlar a la Guardia Póstuma. Tal vez los hechiceros que la crearon tuvieran el poder de usurpar su control, pero este tal Callidios no tiene poderes tan elevados. Si los tuviera, dad por cierto que no habría tenido que seguir este juego con Mordermi y con la Rosa Blanca. Sospecho que os dijo la verdad, que no ha hecho el aprendizaje formal en artes negras que debe seguir un archimago, pero que, al crecer en el templo de Set, logró desarrollar en grado sumo algún poder o talento en especial. Una especie de aficionado a todas las brujerías, y experto en una.

—Con saber eso no ganamos nada —le dijo Santiddio, hastiado.

—Os he dicho todo lo que podía. Esa no es en absoluto mi área de estudio. Los misterios de Jhebbal Sag incumben a las fuerzas de la vida. Nosotros somos los pocos que recordamos… los pocos últimos.

—¿Los que recordáis? —Conan repitió el verbo con el mismo énfasis.

—Es poco lo que puedo deciros, y menos lo que entenderíais —dijo cautamente Destandasi—. Hubo una era en que todas las cosas vivas adoraban a Jhebbal Sag, y los hombres y las bestias eran hermanos, y hablaban una sola lengua. Solo unos pocos han conservado el recuerdo, las bestias más que los hombres. Es un recuerdo que puede ser despertado. No se me permite revelaros más.

—Pero ¿no puedes ayudarnos a derrotar a la Guardia Póstuma con tu sabiduría? —preguntó Santiddio, abatido.

—Yo he estudiado las cosas vivas, y he tratado de comprender la unidad de toda vida. Tú quieres conocer las fuerzas de la muerte y el caos. Busca un hechicero.

—Ese es nuestro dilema —dijo Santiddio con un suspiro—. Si pudiéramos ganarnos la ayuda de un mago más poderoso que Callidios, correríamos el riesgo de que él también se hiciera con el control de la Guardia Póstuma.

—Eres más avispado que el mismo demonio —dijo Destandasi, interrumpiéndole—. Lo siento, pero, de verdad, no sé cómo aconsejarte en este caso.

Un chillido procedente del claro quebró el silencio meditabundo que había seguido a estas palabras. Pareció, a la vez, un aullido de confusa rabia y un alarido de dolor. Conan no estaba seguro de si el grito provenía de hombre o bestia, y en aquella arboleda, la distinción podía resultar incierta.

Destandasi se puso en pie de un salto. Se pintaron en su rostro la sorpresa y la incertidumbre. Conan miró brevemente a la muchacha, entendió que aquel no había sido el grito de uno de los hijos de Jhebbal Sag, y al instante salió por la puerta, espada en mano.

El cimmerio se apartó de la lumbre, y se agazapó cabe el enorme tronco, al tiempo que iba mirando alrededor en busca del origen del grito. Algo blanco se agitaba frenéticamente al otro extremo del claro. Conan se acercó, silencioso como un felino, pegando el cuerpo a tierra.

Apareció una mujer en el extremo de la arboleda santa. Era Sandokazi.

Conan quedó boquiabierto por un momento, mientras Santiddio y Destandasi llegaban adonde él estaba. Sandokazi les devolvió una mirada salvaje.

—¡Por Mitra! ¡Es Kazi! —Su hermano le reconoció el rostro a la pálida luz—. ¿Así cambiaste de opinión y decidiste venir con nosotros? ¿Cómo has logrado encontrarnos? Pobre Kazi, no me extraña que…

Fue a abrazarla, pero Destandasi le agarró para impedir que se acercara a la joven.

—¡No! ¡Aléjate de ella! —siseó.

Sandokazi gruñó con voz ronca, y trató de seguir adelante. Alguna fuerza se lo impedía.

—¿No lo ves? —Destandasi hablaba con asqueada voz—. ¡No puede entrar en el círculo de la arboleda santa!

Los ojos de Conan, que habían abandonado la lumbre que iluminaba la casa del árbol, se estaban acostumbrando a la casi penumbra que reinaba en el bosque. Ya se apercibía su entendimiento de lo que primero le habían indicado sus instintos.

Sandokazi solo llevaba puestas unas sucias enaguas. Tenía los pies desnudos, heridos y llenos de rasguños, y el revuelto cabello lleno de zarzales y barro. En vez del collar de perlas, llevaba

anudada al cuello una soga de cáñamo, que le habían dejado allí a modo de broma cruel. Su cuello parecía extrañamente largo, como si retorciéndolo lo hubieran alejado de los hombros. Sus ojos sobresalían con pálida mirada, y emanaba de ellos torpe malicia. Sus magullados labios se contraían en gruñidos animales, y mientras la joven alargaba las manos hacia ellos desde el borde del círculo, olieron el hedor dulzón de la podredumbre.

—¿No lo veis? —Destandasi hablaba con voz quebrada, pero firme—. Está muerta. La han matado, y Callidios la ha enviado tras vuestra pista para que os matara. Si hubierais estado acampados cerca del río, os habría atacado como una bestia salvaje. Ahora mismo saltaría sobre nosotros si los muertos andantes pudieran entrar en la arboleda santa.

Santiddio se arrodilló, y le vinieron arcadas, que se mezclaron con los gemidos que salían de su pecho como si le hubieran clavado clavos ardientes.

Conan alzó su espada para asestar un mandoble. Tenía el rostro terrible, a causa de una rabia que no podía expresar.

—¡No! —Destandasi lo había visto—. No debes hacerlo así. Está muerta… ¡es un cadáver que Callidios controla! El estigio acaba de revelarnos dónde reside su genio: Callidios es un maestro de la nigromancia.

—¡Qué puedo hacer! —gimió Conan entre dientes.

—Llévate de aquí a Santiddio y quédate con él. Hay un signo de poder que emplearé para romper este hechizo repugnante. No conviene que veáis lo que voy a hacer ahora, pues los secretos de Jhebbal Sag se guardan celosamente.

—No tengo ningún miedo —exclamó Conan—. Me quedaré a ayudarte…

—¡Déjame con la que rué mi hermana! —murmuró Destandasi —. ¿Ó no la has ayudado ya?

Conan se tragó su respuesta. Recogió a Santiddio como si se tratara de una muñeca rota que pudiera acabar de estropearse, y dejó a Sandokazi para que hiciese lo que debiera.

19. Los sueños nacen para morir

Enterraron a Sandokazi al alba, en la arboleda santa.

Conan cavó la fosa a la luz gris del alba. Fue sacando tierra, y su aliento devenía en salvaje bufido con cada una de las paladas. A juzgar por la llama que ardía en sus ojos, podría haber estado golpeando carne viva.

Destandasi lavó en silencio el cuerpo profanado de su hermana —exorcizado ya de su impía simulación de vida— y le hizo un sudario con la colcha de su cama. Acarreaba más tensión en el rostro de la que podía inspirarle aun aquel horror, y Conan adivinó que los poderes de Jhebbal Sag no podían invocarse sin pagar un precio.

Santiddio calló durante toda la tragedia. Al mirarle a los ojos, Conan vio que el alma del aventurero joven había descendido a la tumba junto con Sandokazi. Cuando el cimmerio hubo echado la última palada de tierra sobre la tumba, Santiddio halló por fin su propia voz.

—Ya no me importa si luchamos por una causa perdida, ni que sea nuestra o no la victoria final. ¡Solo sé que debo regresar a Kordava y seguir con la lucha, y mandar al infierno a ese estigio, aunque sea lo último que haga!

—Yo iré a Kordava contigo —afirmó Destandasi.

—¡Recuerda tus votos! —le dijo su hermano.

—Llega un momento en que los votos han de quebrantarse.

Destandasi se agachó para esparcir flores secas y hojas otoñales sobre la tumba.

—Todas las cosas vivas están consagradas a Jhebbal Sag — siguió diciendo—. Tomar una vida es malo. Esclavizar un alma muerta, animando su barro con una obscena ficción de vida, es un indecible sacrilegio. Callidios perpetró una gran maldad contra

Sandokazi. No debe permitirse que tal maldad siga ejerciéndose.

—Entonces, ¿sí puedes ayudarnos a derrotar la brujería de Callidios? —se apresuró a preguntarle Conan.

—Creo haber descifrado el secreto de su control sobre la Guardia Póstuma —le reveló Destandasi—. Si es así, tal vez Sandokazi pueda ser vengada, pues, al enviarla como muerto andante para que pusiera en práctica sus órdenes, Callidios se ha descubierto a sí mismo. ¿Teníais alguna sospecha de que el estigio fuera un nigromante?

—Callidios es sigiloso y taimado en todas las cosas —le respondió Conan—. Siempre hace gala de menosprecio por los poderes que en cada ocasión revela, y en cambio alardea de dominar ciertas fuerzas oscuras que mantiene en secreto.

—Tal vez su dominio de la nigromancia justifique tales alardes. Son necesarios los hechizos más potentes para hacer que los muertos se alcen y obligarlos a revelar el curso de los acontecimientos futuros. Las aspiraciones de Callidios, según parece, han sobrepasado a las depravadas ambiciones de casi todos los demás que ahondamos en las artes mágicas. No tiene solamente el poder de hacer volver a los cuerpos, sino que puede obligar al cuerpo reanimado a obedecerle en lo que le ordene. Hacer que Sandokazi cruzase toda Zíngara para asesinar a los que había amado fue un gesto tan arrogante como cruel. Quería que supierais, en el momento de la muerte, que los terribles poderes de los que siempre se había jactado eran tan grandes como él decía.

Santíddio meditó lo que ella le decía, y trató de seguir su línea de razonamiento.

—Entonces, ¿crees que Callidios controla la Guardia Póstuma merced a la nigromancia? Pero los miembros de la Guardia Póstuma no son cadáveres reanimados; si Callidios dice la verdad, esos demonios de piedra son prácticamente inmortales. Los hechiceros de la antigua Thuría los crearon para que obedecieran solo al rey Kalenius; este les ordenó que guardaran su sepulcro por toda la eternidad.

—Yo creo que la Guardia Póstuma aún obedece solo al rey Kalenius —afirmó Destandasi.

—¡Pero Kalenius está muerto!

—Ciertamente. Igual que Sandokazi.

Callaron, al comprender el razonamiento de la joven. Destandasi fue explicándolo, y el entendimiento de los otros dos se tambaleó a causa de la enormidad de aquello.

—Callidios descubrió el sepulcro de Kalenius merced a escritos que estudió en el templo de Set, en Estigia. Le dijo a Conan que el cuerpo de Kalenius se había preservado gracias a las artes de los hechiceros del rey, y que lo habían sentado en un trono de oro para que reinara en su palacio eterno. Kalenius había estado obsesionado con su sepulcro; si sus hechiceros pudieron crear la Guardia Póstuma, es fácil suponer que dedicaron los mismos esfuerzos a la preservación de los despojos mortales del rey.

»Callidios buscó el sepulcro de Kalenius, y descubrió que era cierto lo que había leído. Creo que ni siquiera un nigromante con su poder habría sido capaz de reanimar un cadáver que, reducido a polvo, se hubiera disuelto en el mar. Pero los hechiceros de Kalenius realizaron su tarea con suma perfección. Callidios debe de haber evocado a Kalenius para que abandonara su sepulcro, mediante su poder de reanimar a los muertos, y aquel rey que tenía siglos de edad cayó esclavo del nigromante estigio.

»Así, es Kalenius quien controla a la Guardia Póstuma. Y Callidios controla a Kalenius.

—¿Estás segura de lo que dices? —le preguntó Santíddio.

—No. Es solo una suposición, basada en lo que me habéis contado y en lo que he tenido que sufrir. Pero la creo acertada, creo que es ahí donde reposa el secreto del poder de Callidios. Vinisteis a buscar mi consejo; ya lo habéis oído.

—Vinimos a descubrir cómo puede ser derrotada la Guardia Póstuma —exclamó Conan—. Con todo esto, ¿quieres decir que conoces algún arma que podamos emplear? Dínoslo, y quédate en paz en tu arboleda.

—Un arma, no, sino una debilidad, Conan. Y he de ser yo misma quien la explote, pues solo yo tengo poder para hacerlo. Tenemos que encontrar el cadáver del rey Kalenius para que yo pueda exorcizar el simulacro de vida con el que Callidios lo ha poseído, así como hice con la violada carne de mi hermana. Sin Kalenius, Santíddio no podrá gobernar la Guardia Póstuma.

—Sin la Guardia Póstuma, Mordermi no podrá defender Kordava contra nosotros —dijo Santíddio, confiado—. Lo que significa que

Callidios debe de haber protegido cuidadosamente su secreto.

—Y si no tuviera a Callidios, Mordermi tampoco podría dar órdenes a su ejército de diablos —apuntó Conan—. No importa si intentamos un asesinato o un exorcismo, hallaremos la misma resistencia.

»Si quiebras uno de los eslabones, la cadena se rompe. Con esto se acrecientan nuestras esperanzas. Además, cabe que Callidios no sospeche que hemos descubierto su secreto.

—Solo rezo porque nuestras sospechas sean correctas —dijo Destandasi—. ¿Nada os ha hecho suponer que Callidios se hubiera apoderado del cadáver de Kalenius? ¿No habéis visto tal cosa?

—Callidios pone en obra sus hechizos en una estancia de la torre a la que nadie puede entrar… nos lo contó Sandokazi —dijo Conan —. Cuando la Guardia Póstuma hacía matanza de los soldados de Korst, en la Fosa, Callidios no se dejó ver. Antes, él y Mordermi habían estado hablando a puerta cerrada. Mordermi salió de la habitación confiado en su victoria; cuando guio a sus fuerzas a la Calle de las Urracas, ya sabía que la Guardia Póstuma estaba en camino. Callidios no apareció de nuevo hasta que el palacio de Rimanendo hubo caído, cuando ya no era necesario que la Guardia Póstuma estafara a las turbas su parte en la matanza. Le pedí a Mordermi que detuviera a la Guardia, y él me respondió que solo Callidios sabía el secreto de su control.

»Hay cloacas y pasadizos, bajo la Fosa, que se llenan de agua de mar cuando sube la marea. Yo mismo sentía el olor del cercano mar en la fortaleza de Mordermi, y él me dijo una vez que, mientras sus ratas supieran nadar, no debían tener miedo de quedar atrapadas allí. Callidios frecuentaba la ribera, donde buscaba pistas que le indicaran la ubicación del sepulcro. Tal vez hubiera descubierto ya que el mar llegaba hasta debajo de la fortaleza de Mordermi, o quizá el propio Mordermi se lo mostrara después de que los dos cerraran el pacto. Si lo que tú crees es cierto, Callidios podría haber descendido a uno de esos corredores, habría formulado allí, en secreto, sus hechizos, y ordenado al rey Kalenius que abandonara su trono dorado y saliera del túmulo sumergido para ir al encuentro del hechicero en las cloacas que discurren por debajo de la Fosa.

»Puede que Kalenius siga oculto allí, o tal vez Callidios le haya hecho regresar a su túmulo. O, puesto que el estigio ejerce su poder

a través de Kalenius, tal vez haya llevado en secreto a su esclavo a la estancia de la torre. Cuando la Guardia Póstuma saqueó el sepulcro de Kalenius, y acarreó sus tesoros hasta el palacio de Mordermi, sacaron muchos extraños cofres de las profundidades. Tal vez en uno de estos llevaran el cadáver de su rey.

—Parece que, casi con seguridad, el cadáver tendría que estar en la torre de Callidios —corroboró Destandasi—. Allí, el estigio puede vigilarlo, y darle órdenes a su antojo cuando necesita llamar a la Guardia Póstuma. Buen razonamiento, Conan. Quizás acabes de explicar lo que de hecho ocurrió. Todo lo que acabas de decir confirma mis suposiciones.

—Entonces, tenemos que entrar en la torre de Callidios y descubrir la verdad —dijo Conan, que tenía mucha más fe en la acción directa que en las lucubraciones.

—Soy yo quien debe entrar en la torre —dijo tranquilamente Destandasi—. Necesitaré un momento para preparar el viaje.

Mientras aguardaban, Santiddio se arrodilló ante la tumba. Conan se retiró para que pudiera despedirse de su hermana en la intimidad. Santiddio movía los labios, pero, a juzgar por su mirada, Conan no creyó que estuviera rezando.

El cimmerio echó una mirada por la arboleda santa, en un intento de escapar de la amargura de sus propios pensamientos. La arboleda era un refugio de natural belleza y quietud; su aura de serenidad no podía mitigar el dolor que él sentía. Conan sabía que solo la sangrienta batalla y las oscuras llamas de la venganza le aligerarían el alma.

Destandasi no se demoró en su despedida. Cuando volvió con ellos, se había calzado sandalias y envuelto en un manto de viajero, y llevaba un pequeño fardo con sus cosas. Le entregó un cesto a Santiddio.

—Comida para nuestro viaje —le dijo simplemente—. Estoy lista para partir.

—¿No puedes cerrar tu puerta? —le preguntó Santiddio, inquieto.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Quién ha de venir cuando yo me haya ido?

Echó una última mirada al bosquecillo sagrado, a la fuente y al hornillo, al olmo gigante en el que ella había construido su hogar

como parte de la naturaleza. Los ojos le brillaban con emoción, y apretó los labios al mirar por última vez el sepulcro.

—Quería encontrar un santuario adonde no llegara la maldad de nuestro mundo. Lo hallé aquí, en la arboleda de Jhebbal Sag. Juré que nunca abandonaría este refugio. Pero el mal me ha revelado su presencia aun aquí, y he de romper mis votos para poder borrar la sombra que ha arrojado sobre la arboleda.

—Luego —le dijo incómodamente Santíddio—, podrás regresar a tu arboleda, y vivir aquí en paz.

—Ay… no. Jamás volveré. Solo una vez en la vida halla el alma su santuario. En cuanto renuncia a él, lo ha perdido para siempre.

20. El camino de los reyes

Durante las semanas de viaje, relatos de creciente inquietud civil, así como de tiranía desenfrenada, fueron llegando a sus oídos. A cambio del apoyo a su reinado, Mordermi había dado a los grandes señores mano libre para gobernar sus posesiones a su antojo. En Kordava, la proclividad del nuevo rey a la ostentación y al lujo había hecho de su corte y su palacio los más suntuosos en los reinos del occidente, y se comentaba que sus juergas cortesanas excedían en libertinaje a las de los más licenciosos potentados del oriente.

Los sobornos que liberalmente concedía, los costes de su cada vez más numeroso ejército mercenario, los gastos de su opulenta corte, todo ello hacía menguar el tesoro del sepulcro de Kalenius, que había parecido inagotable. Como no quena consumir innecesariamente sus riquezas, Mordermi exigió tributos que duplicaban a los más excesivos de Rimanendo. La protesta fue reprimida con crueldad, y los motines aplastados sin misericordia. Respaldado por la presencia de la Guardia Póstuma, el gobierno de Mordermi era inatacable y absoluto.

Zíngara hervía, como nunca antes, de inquietud popular, pues el poder de la Guardia Póstuma había ensoberbecido a Mordermi, que sabía que cualquier acción opresiva que quisiera emprender tendría que ser sufrida por sus súbditos. La resistencia conllevaba la muerte.

A veces, la existencia puede volverse tan intolerable que aun la amenaza de muerte pierde su horror. Valiéndose de la creciente desesperación, Conan y Santiddio recorrieron Zingara, y fueron reuniendo hombres para su causa, al principio en secreto, y luego, cuando dispusieron de fuerzas suficientes, llamaron abiertamente al pueblo a la rebelión. Conan había sido popular entre sus hombres —muchos de los cuales expresaron su incredulidad cuando les

hicieron saber que su general había sido arrestado por traición—, y los secuaces escogidos por Mordermi para que ocuparan el lugar de los oficiales del cimmerio estaban resentidos por ello. El bárbaro atraía a su bando guarniciones enteras de hombres que antes le habían seguido, y que se amotinaban contra los oficiales de Mordermi. Las compañías mercenarias veían en Conan a un compañero salido de sus filas, y unidades enteras desertaban para seguir al cimmerio. Al mismo tiempo, Santiddio hablaba al pueblo llano de cada ciudad y cada pueblo, lo exhortaba a rebelarse contra quienes le oprimían, y a repetir la revolución que Mordermi había traicionado después de la victoria. Santiddio siempre había sido un orador sagaz, aunque a menudo demasiado intelectual para el público al que se dirigía. Pero ahora sus palabras llegaban a los espíritus mediante las desnudas emociones que hervían en su corazón. En otro tiempo, Santiddio había tratado de instruir al pueblo; ahora, lo inflamaba.

La noticia de que el poder de Conan estaba creciendo en las provincias llegó a oídos de Mordermi, en Kordava. El rey mandó una expedición, comandada por el poderoso conde Perizi, para que detuviera a los rebeldes y destruyera su ejército. Conan se retiró a las montañas del este. Cuando Perizi, confiado, fue a perseguirle, Conan lo emboscó con fuerzas más grandes que las que había mostrado en su falsa retirada. Perizi fue derrotado tras un día de esforzada lucha, y escaparon miembros de su fuerza expedicionaria suficientes para difundir historias de un poderoso ejército rebelde, cuya fuerza sobrepasaba en mucho a la de la harapienta guerrilla que les habían mandado destruir. Entonces, las huestes de Conan vieron doblado su número en cuestión de días. Los rebeldes dejaron de moverse en secreto; los grandes aristócratas se retiraron a sus fortalezas, y rezaron porque aquel ejército se contentara con pasar de largo.

Creció la preocupación en Kordava. Mordermi envió un gran ejército, dirigido por el barón Manovra. Conan le devolvió la cabeza de Manovra. Los rebeldes controlaban ya las provincias.

Los seguidores de Mordermi suplicaban a este que mandara de campaña a la Guardia Póstuma para que aniquilara al ejército rebelde. Mordermi se negaba, con el argumento de que hacerlo equivaldría a entregarse en manos de Conan. Los rebeldes no

podrían controlar Zíngara sin apoderarse de Kordava, y no podían apoderarse de Kordava por la presencia de la Guardia Póstuma. Conan seguía la estrategia de ir haciendo estragos en las provincias, con la intención de obligar a la Guardia a salir de Kordava. Tan pronto como la Guardia Póstuma saliera hacia las provincias, los rebeldes caerían sobre la capital, y la atacarían antes de que pudieran regresar los guerreros de piedra.

Mordermi argüía que los rebeldes de Conan acabarían por impacientarse. Envalentonados por sus victorias, acabarían por marchar sobre Kordava en un intento de hacerse con la victoria final. Entonces, sería Conan quien se entregara en manos de Mordermi, y después de la matanza de rebeldes que habría en aquel día nadie volvería a pensar en revoluciones.

De nuevo, Mordermi se revelaba como un maestro en estrategia. Llegó a Kordava la noticia de que Conan estaba marchando contra la capital.

Santiddio, con el rostro tan rígido como su coraza de acero, revisaba los últimos preparativos para la batalla del día siguiente. En esta, tenía que ser él quien capitaneara al ejército.

—Ya has visto más combates que la mayoría de generales del rey —le decía Conan para animarlo—. Confía en este amigo, Vendicarmi, si en algún momento vacilas. Este viejo caballo de guerra ha luchado en más batallas que yo, que nací en un campo de batalla.

Conan sonrió al capitán mercenario de nevada barba que estaba reunido con ellos en consejo, y luego recobró la severidad.

—Uno de nosotros tiene que comandar el ataque de mañana. De otro modo, los hombres creerían que los hemos abandonado frente a la Guardia Póstuma. Es una lástima que yo no pueda ir al frente, que tenga que encabezar una supuesta carga contra la Puerta del Río. Pero no me atrevo a confiar a otros el secreto de nuestra misión; solo la sorpresa nos dará el éxito.

—Yo tan solo querría poder ir contigo —dijo Santiddio—. O en tu lugar. Podrías quedarte aquí, y comandar el ataque.

—Este ataque es una finta… ¡espero que lo hayas entendido! No te acerques a la Guardia Póstuma. Hostígalos en los muros, trata de hacerlos salir. Mordermi adivinará tu intención y retendrá a su ejército de diablos. Persiste. Cuando Mordermi acabe por hartarse y

mande salir a su Guardia Póstuma, ¡entonces retírate! Como no puedes luchar con ellos, no dejes que se te acerquen. Que te den caza hasta Aquilonia, pero no malgastes las vidas de unos valientes contra esos demonios a los que no se puede matar.

—Mi misión tendrá dos metas —siguió diciendo Conan—: Matar a Callidios e introducir a Destandasi en su torre. He de lograr lo uno o bien lo otro. No lo digo por menospreciarte, Santiddio, pero si soy yo el que tiene que abrirse paso por una barrera de guardias para llegar hasta Callidios, mataré a muchos antes de caer.

Le estrechó la mano a Santiddio.

—Si lo logramos, y si nuestras suposiciones son ciertas, ya no tendremos que vérnoslas con la Guardia Póstuma. Entonces, podrás arrojar a todos los hombres que tengas contra los soldados que queden, y buena suerte. Si la Guardia Póstuma se aleja de Kordava, dame por muerto. Entonces, tendrías que volver a intentarlo.

—Que te acompañe la suerte, Conan. Te veré en Kordava, o en el infierno.

Conan y Vendicarmi esperaron un momento fuera de la tienda mientras Santiddio le decía unas pocas palabras a Destandasi. La despedida fue breve. Al cabo de un momento, la muchacha se acercó a Conan y asintió con la cabeza.

Se fueron juntos, de noche, por el campamento. Un grupo de jinetes los esperaba a la salida; sin duda, se trataba de la avanzadilla de exploradores que Conan había mandado a examinar las defensas de la puerta del río. Eran hombres de confianza, que habían jurado guardar el secreto. Cuando Conan y Destandasi abandonaron la partida a mitad de camino, ninguna cabeza se volvió para ver cómo se iban.

Kordava dormía inquieta. Confiados en que la Guardia Póstuma lucharía por ellos, los centinelas apostados en los muros vigilaban con la despreocupación que nace de la arrogancia. Sin duda alguna, iban a vencer —aquellos demoníacos guerreros les entregarían la victoria—, y solo un necio habría derramado su propia sangre.

Otros, dentro de Kordava, solo sentían desesperación en vísperas de la batalla. Habían cifrado sus esperanzas en los rebeldes, y al día siguiente habían de ver la aniquilación del ejército y de la causa de estos. Después de aquel día, el gobierno de Mordermi no sería desafiado de nuevo.

Conan había eludido en otro tiempo la vigilancia de centinelas mucho más atentos que los apostados en los muelles de Kordava. Destandasi, a su lado, se movía con el callado sigilo de la criatura de los bosques. Habían dejado los caballos algo lejos de la ciudad; Conan había robado un esquife, y con este entraron en el puerto, ocultos por la fría niebla. En aquellos lugares donde los incendios habían terminado extinguiéndose por sí mismos tras la batalla de la Fosa, poco se había hecho para reconstruir el devastado barrio de tugurios. Como fantasmas, anduvieron por el caos de muros renegridos y maderos chamuscados, y al fin, entraron en la Fosa por un intrincado pasaje.

La aparición de dos embozados en la Fosa no llamaba la atención, ni siquiera aquella noche en que el habitual ambiente de jarana se resentía de la proximidad de la batalla. Conan temía más que nada que lo reconocieran, pues allí le conocían bien, y su gigantesco cuerpo se hacía notar. Evitando las escasas lumbres, Conan obró con la esperanza de que ningún ojo hostil penetrara en las sombras de su embozo. Era lo más probable que los ciudadanos de la Fosa simpatizaran con los rebeldes, pero no por ello se privarían algunos de ganarse la generosa recompensa que Mordermi habría pagado por conocer el paradero del bárbaro en la vigilia de su ataque. El que todos supieran que Conan había de comandar su ejército rebelde, al cabo de unas pocas horas, contra Kordava, apartaría las sospechas de cualquiera que tomara nota de su descomunal figura. El cimmerio estaba con su ejército; ¿cómo habría podido hallarse en Kordava?

Mordermi había ido desarticulando sistemáticamente la Rosa Blanca tras los conatos de rebelión contra su gobierno; no le había resultado dificultosa la tarea, pues el rey conocía en persona a la mayor parte de sus cabecillas. No todos los miembros de aquella organización clandestina habían sido arrestados. Santiddio no había perdido contacto con los que aún la mantenían en pie en Kordava, a pesar de la persecución de Mordermi contra sus antiguos aliados. Eran estos los hombres que Conan buscaba para pedirles ayuda.

Cerca de la bocacalle de un callejón que había entre dos lóbregas paredes y por el que apenas si podía pasar un hombre, Conan se detuvo ante una puerta baja, y llamó, cuidadosamente, con rítmicos golpes. Una voz murmuró en voz baja al otro lado.

Conan respondió de manera similar. La puerta se abrió chirriando, y ambos entraron.

Unos veinte hombres y mujeres estaban agrupados en una sucia habitación. Había allí hileras apretujadas de mugrientas literas, y debajo del no muy elevado techo, el aire estaba cargado del hedor a cuerpos sin lavar, y de los humos estancados de hachís. Los que habían pasado la noche allí no estaban habituados a aquella suerte de pocilga. Con el rostro alerta estudiaron a los recién llegados, y una mirada casual se habría apercibido de la cantidad de armas que se disponían a empuñar. Conan reconoció a, más o menos, la mitad de ellos. Se oían algunos murmullos.

—Bienvenido a la Fosa, Conan —dijo su cabecilla a modo de saludo—. Santiddio me dijo que vendrías, pero hasta ahora no lo había creído. No dijimos a los otros el motivo de esta reunión. No suelo prestarme a correr riesgos… de otro modo, ya no estaríamos aquí.

Conan les devolvió la mirada. Estos hombres no eran de la misma casta que los seguidores de la Rosa Blanca que él recordaba. Hombres y mujeres tenían el rostro tenso y amargo; no quedaba nada de la camaradería y del alegre envanecimiento de la Rosa Blanca de los tiempos de Rimanendo. Ya no podía llamarse círculo de debates; aquellos eran peligrosos luchadores. Conan les otorgó su aprobación.

—Cuanto menos sepáis, mejor —les dijo Conan—. Ya sabéis quién soy, y por tanto sabéis que no estaría aquí sin una razón. Quiero que, en la próxima hora, haya una algarada delante de la puerta de palacio. Necesito que parezca verdadera, y que distraiga su atención. Haced salir a la guardia, y luego huid como podáis. ¿Tengo que deciros algo más?

Se hizo el silencio en la sala. Los miembros de la Rosa Blanca —los que sobrevivían— habían dejado atrás su juventud.

—Hay otra salida que lleva arriba —le dijo el cabecilla a Conan —. Tienes asegurado el motín.

Poco después, Conan y Destandasi, agazapados a la sombra de un portal, observaron el espacio abierto que separaba el palacio de los edificios circundantes entre los que se hallaban. La bruma se iba espesando al tiempo que descendía la luna, y el momento de intensa oscuridad que los hombres llaman hora del lobo se adueñaba de la

ciudad. Los guardias tiritaban en sus puestos, en lo alto de los muros de la fortaleza, y se lamentaban en silencio de que tuvieran que hacer la guardia, aunque la insensible y pétrea carne de la Guardia Póstuma bastara, con su presencia, para defender el palacio y la ciudad entera de cualquier enemigo.

Conan trató de recordar las posiciones exactas de los guardias. Cabía la posibilidad de que hubieran cambiado la rutina de la guardia desde el tiempo en que él había comandado el ejército. Dado que la batalla era inminente, tal vez hubieran doblado el número de centinelas; tal vez algunos soldados pasaran en blanco la noche, merodeando en la penumbra. Pero tenía que llegar a la torre sin ser visto, y solo lo lograría escalando el muro.

Los gritos, desde la puerta principal de la fortaleza, perforaron el silencio. Conan, que estaba aguardando enfrente de la pared más alejada del alboroto, alcanzó a ver el pálido fulgor de las llamas que ardían al otro lado, que teñían de color opalescente la niebla. Pudo oír algunas de las palabras que los otros estaban gritando a los que montaban guardia en la fortaleza del tirano.

—¡Soldados de Zingara! ¿Por qué servís al déspota que ha traicionado a su pueblo?

—¿Quién va a ser el próximo que pierda a sus hermanos a manos de esos demonios?

—¡Ha venido el ejército de liberación! ¿Vais a matar a vuestros hermanos para proteger a un tirano?

—¡Arrojad las armas! ¡Sois vosotros los esclavos!

—¡Uníos a nosotros! ¡Uníos a vuestros hermanos para deponer al tirano!

—¡Muerte al tirano! ¡Muerte a Mordermi!

Los gritos de respuesta de los soldados que estaban en el muro lograron ahogar el tumulto de la plaza. Por la luz parpadeante, Conan adivinó que debían de haber incendiado una casa. La guarnición salía de la fortaleza para sofocar el motín. Todos los ojos iban a estar atentos al alboroto que tenía lugar ante la puerta.

Conan juzgó que la táctica de diversión estaba teniendo el efecto deseado.

—Vamos allá —le dijo a Destandasi en susurros.

Abandonando el cobijo del portal, corrieron por espacio abierto hasta las sombras del muro posterior del palacio. Envueltos en sus

capas oscuras, habría sido difícil avistarlos, aun cuando algún centinela hubiera estado vigilando en aquel momento. Conan aguzó el oído, pero no oyó señal alguna de peligro en lo alto del muro.

El cimmerio se desenrolló de la cintura una cuerda de seda trenzada, delgada y ligera, pero de formidable resistencia, atada en varios nudos que debían facilitar el ascenso. Tenía un extremo atado a un pequeño garfio. Conan dio un paso atrás y arrojó la cuerda. El garfio hizo un suave clinc cuando alcanzó la almena. Conan aguardó. La niebla amortiguaba todo sonido, y la algarada que estaba teniendo lugar frente a la puerta principal resonaba con gran estruendo por los muros. Conan tiró de la cuerda hasta ponerla tensa, y oyó como el garfio rechinaba en el parapeto y quedaba afianzado allí.

Probó el agarre del garfio con su propio peso. La cuerda había quedado firmemente sujeta.

—¿Estás lista? —preguntó.

El cimmerio habría podido trepar por la pared como un lagarto, tal y como trepara en otra ocasión por la Torre del Elefante, en Zamora, pero tenía que pensar en Destandasi. Ciertamente, la muchacha se había mostrado hábil en varias prácticas de escalada que habían hecho, pero aquello no sería fácil.

—Adelante —le dijo Destandasi en susurros.

Se quitaron las capas para ganar en libertad de movimientos; Conan se las enrolló en torno a la cintura. La capa de Destandasi había ocultado un atuendo de hombre, que le permitiría escalar mejor que un vestido de mujer. Con las trusas negras, la holgada camisa de seda asimismo negra, y la cabellera sujeta a la nuca, habría parecido un chicuelo de elevada estatura. La seda, sudada, se pegaba a su cuerpo, y Conan se fijó en que el seno que antes habían ocultado sus cabellos era algo más pequeño que el otro.

—¿Estás listo? —preguntó ella con gélida voz.

Conan trepó primero, alerta a los posibles centinelas. Pareció que llegara a la almena en un instante, pese a que la calle se hallaba cincuenta pies más abajo. No vio a nadie en aquella parte del muro. La táctica de diversión funcionaba. Sujetando la cuerda, observó la ascensión de Destandasi, a quien sus ropas negras hacían casi invisible. La muchacha subió con rapidez, agarrándose a los nudos de la escurridiza cuerda. Aquella mujer era esbelta como un gato, y

fuerte.

El palacio propiamente dicho se hallaba dentro del recinto de la fortaleza. Los barracones de la guarnición estaban cerca del muro frontal. Entre el muro posterior y los edificios de palacio, encontraron la torre que debían escalar, cuyos cien pies de altura desaparecían en la negrura. Originalmente había sido la torre del homenaje, y, al expandirse la fortaleza, había quedado incorporada, como reducto, al muro exterior. Como prueba de su solidez, había sido uno de los pocos edificios de la antigua Kordava que aguantaron el terremoto. Puesto que las murallas de la nueva Kordava protegían la ciudad, la vieja fortaleza había perdido buena parte de su importancia defensiva. Era Callidios quien había encontrado un uso para la torre.

Caminando con sigilo a lo largo del parapeto, Conan y Destandasi lograron llegar a la base de la torre sin ser vistos. El tumulto de la puerta parecía estar extendiéndose por las calles al tiempo que la guardia salía para echar a los revoltosos. Además, un pálido gris llegaba a hurtadillas por el cielo del este. Se les estaba acabando el tiempo.

Desde la almena hasta el remate de la torre había una pared de piedra de unos cincuenta pies de altura. Apenas si había aberturas en los descomunales muros de aquella edificación —cerca de la base, debía de ser tremendo el grosor de estos—, aunque unas pocas ballesteras asomaban entre la piedra en la parte de arriba. Quizá Destandasi pudiera colarse por una; Conan, no. Tendrían que entrar por la azotea de la torre.

El cimmerio arrojó su garfio, tensó la cuerda… y profirió una maldición, pues no se había enganchado bien, y garfio y cuerda cayeron dando vueltas. Hizo un segundo intento. Esta vez, el metal halló un asidero. El cimmerio se encaramó rápidamente por la cuerda de seda. Llegó a la azotea, y echó una rápida mirada en derredor.

Nada se movía en lo alto de la torre. Conan ya había supuesto que Callidios no querría centinelas en aquel sitio —pues habrían tenido que pasar por su cámara secreta para llegar a la azotea—, y que confiaba en los guardias apostados al pie de la torre, al otro extremo de la escalera.

Se volvió para mantener firme la cuerda mientras subía

Destandasi. Fue solo un instinto primitivo el que, al mismo tiempo que observaba la ascensión de la muchacha, le advirtió a tiempo del peligro.

Los escalones que daban a la azotea de la torre estaban envueltos en sombras. De la oscuridad, salió la figura de lignito de un soldado de la Guardia Póstuma.

Conan silbó a modo de advertencia, y esquivó el ataque. Un arma de obsidiana golpeó el parapeto donde había estado hacía solo un instante, y por poco no cortó la cuerda de seda. La espada, si hubiera estado forjada o esculpida en alguna sustancia natural, se habría roto en pedazos. Y sin embargo, dejó mella en la piedra del parapeto.

Conan retrocedió, y desenvainó el sable por puro reflejo. Tenía que impedir que aquella cosa se acercara a la cuerda hasta que Destandasi hubiera tenido tiempo de volver a descender de la almena. La criatura de piedra viva avanzó hacia él atrevidamente. No tenía nada que temer de Conan; presumiblemente, solo el alma de guerrero que tenía sepultada en su carne demoníaca le empujaba a seguir el ritual de hacerle frente con la espada, aun cuando hubiera podido, fácilmente, arrojarse sobre el cimmerio y destrozarlo con las manos.

Destandasi se encaramó al parapeto; en la noche, su blanco rostro pareció, a la par que contemplaba el desigual enfrentamiento, una pálida mancha.

—¡Márchate! —le advirtió Conan, al tiempo que profería una maldición.

Abajo no estaría a salvo, pero allá arriba solo le aguardaba una muerte segura.

La criatura se volvió para mirar al segundo intruso. Destandasi retrocedió con horror. Su mano fue a dar con la cuerda de seda, y sin querer, soltó el garfio. Trató de cogerlo antes de que cayera, pero sus manos se movieron con torpeza. La cuerda cayó a plomo en la oscuridad.

Conan, como oponente armado, atraía la atención del guardián de piedra más que la muchacha desarmada. El demonio se acercó de nuevo al cimmerio. Este trató de parar un golpe, y casi perdió la espada. Sintió a sus espaldas el hueco entre dos almenas, y dando una voltereta en el suelo para no tener que retroceder hasta perder

pie, esquivó la siguiente acometida.

Destandasi dio un chillido penetrante. Tal vez se tratara de un incoherente grito de miedo, pero parecía que tuviese sílabas y cadencia. El bárbaro sintió alguna familiaridad, pero no pudo reconocer el idioma, si es que tal era.

Después de que Conan escapara del guerrero de piedra, la criatura se volvió sobre el borde del parapeto para enfrentarse una vez más al cimmerio. Cuando alzó el arma y avanzó, unas sombras como telas correosas salieron de la oscuridad y cubrieron el rostro del demonio.

Murciélagos. De pronto, una veintena. Atacaban en el rostro al guerrero de piedra. Los dientes y garras no podían herir su carne invulnerable, pero el súbito frenesí del asalto desvió por un instante la atención de la criatura.

Conan aprovechó el momento. La criatura estaba de espaldas a una almena, como el propio cimmerio había estado. El bárbaro arremetió, y empleando todas sus fuerzas, acometió con la punta del sable contra el peto de la armadura de lignito. La pesada hoja se dobló con el impacto.

El diablo de piedra cayó hacia atrás a causa del golpe. Habiendo perdido el equilibrio, no pudo sostenerse en las almenas. Al caerse del parapeto, agitó los brazos en busca de asidero. Cayó silenciosamente.

En la calle, cien pies más abajo, se oyó un ruidoso impacto, que pareció hacer vibrar la misma torre.

Conan se asomó al parapeto, pero no vio a sus pies sino la penumbra.

—Si no ha muerto ese diablo, esperemos que por lo menos tarde su tiempo en volver a subir. ¡Por Crom! ¡Esto llamará la atención! Poco tardarán en preguntarse cómo ha podido caer de la torre esa cosa.

Corrió hacia la escalera de bajada.

—Esos murciélagos —dijo, maravillado— han acudido en respuesta a tu llamada.

—Qué suerte que lo hicieran —dijo Destandasi—. No muchos de los animales recuerdan. Estos, que estaban al alcance de mi grito, sí recordaron.

—Debe de ser esto lo que buscamos —aventuró Conan—.

Callidios no confiaría en guardianes humanos que pudieran entrometerse en su secreto. En cambio, dejó a uno de sus diablos para que hiciera guardia aquí.

—Ruego porque no haya otros.

—Callidios habrá supuesto que con uno bastaría para guardar la estancia. Si hubiera otros, creo que habrían atacado juntos.

Conan fue con cautela a inspeccionar una estancia sin luz a la que se entraba desde un descansillo. Con una maldición, se volvió de pronto y corrió a la puerta por la que se salía a la escalera de bajada. Los atentos oídos del cimmerio habían distinguido el roce de unos pies calzados con botas que estaban subiendo.

Se apostó al lado de la puerta. Sin duda, estaría cerrada, y Callidios no habría confiado a nadie la llave; Conan estaba convencido de ello. Si la puerta se abría, la persona que entrara sería Callidios, y Conan lo mataría al instante.

En cambio, oyó que alguien daba cautelosos golpes a la puerta. Llamaron de nuevo, y se oyó que alguien decía con suavidad: «¿Callidios? ¿Estás dentro?». Como no hubo respuesta, una mano, indecisa, probó el cerrojo. Estaba echado. Las pisadas se alejaron con rapidez.

—Mala suerte —masculló Conan—. Harán venir a Callidios. No será tan necio como para abrir la puerta él mismo. Cuando encuentren la cuerda bajo las almenas, verán en seguida dónde estamos.

Cerrojos aparte, la puerta podía ser atrancada desde dentro con una pesada tranca de madera. Conan la puso en sus soportes de hierro. Aguantaría un rato; la torre había sido construida para aguantar un asedio.

La sombra que los peldaños por donde habían bajado arrojaban sobre el descansillo estaba empezando a palidecer. Conan echó un vistazo por una ballestera, y vio que la luz de la aurora no tardaría en llegar. Santiddio ya estaría en marcha. Marcharía hacia su muerte si ellos le fallaban.

—Y bien, ¿qué es lo que buscábamos? —quiso saber Conan.

Buscó a tientas una lámpara de aceite y la encendió para alumbrarse. Sostuvo en alto la lámpara, y entró en aquella estancia por acceder a la cual habían pasado tanto apuro.

Conan había estado más a menudo de lo que quería en cámaras

secretas de hechiceros, y tenía cierta idea de lo que podría encontrar. Y sin embargo, el interior de la estancia de Callidios no se parecía en nada a lo que había esperado. Aquella habitación era un escenario de matanza, un osario.

Había esparcidos por la cámara, sin más orden que el del niño que deja por el suelo sus muñecos, cadáveres humanos en todos los estadios de la descomposición. Una momia estaba tumbada, yerta, envuelta en andrajosas vendas; tenía el sarcófago lleno de huesos secos en desorden, algunos mineralizados, otros que conservaban jirones de roja carne. En un estante había cierto número de fetos humanos, que flotaban en fluido preservador. Un esqueleto bellamente articulado colgaba de un gancho en la pared. A su lado, pendía una especie de disecada abominación, abrasada por los vientos del desierto. Un montón de huesos chamuscados estaba apilado en el suelo. A su lado había algo que Conan, al principio, tomó por una muñeca de tamaño natural, pero luego vio que no era una muñeca.

El bárbaro movió la cabeza con incredulidad. El aire estaba cargado del hedor de la podredumbre, y de las especias, los perfumes y los aceites que habían conservado aquellos cadáveres con variado éxito. Había intrincados pentagramas trazados en el suelo con tiza, y luego medio borrados, distraídamente, por líquidos vertidos y huellas de pisadas. Había mapas y pergaminos desplegados sobre una mesilla, entre varios libros en desorden.

—El estudio de un nigromante —dijo Destandasi, acabando con el aturdido silencio—. Pero ¿es Kalenius uno de estos?

—¡Diablos de Crom! ¿Qué locura es esta?

—Tal vez Callidios quisiera tener noticia de tesoros ocultos. Puede que tratara de desvelar el futuro. Creo que no mentía al decir que había llegado lejos por el sendero que escogió.

De nuevo oyeron pasos que subían por las escaleras. Eran las pisadas de varios hombres. La llave entró en la cerradura y abrió el cerrojo. Conan, espada en mano, aguardó.

La puerta chocó con la pesada tranca de madera, y la forzó contra los soportes de hierro. Al principio con cautela, y luego con fuerza cuando no lograron abrir. Conan juzgó que la puerta sería capaz de aguantar un ariete si hacía falta.

—Abrid la puerta y salid —dijo Callidios en un intento de

engatusarlos—. Si salís de inmediato, no se os hará ningún daño. Yo respeto a los hombres fecundos en recursos; os prometo un yelmo lleno de monedas de oro, y tránsito seguro hasta la frontera.

El estigio debió de pensar que valía la pena intentarlo. Como Conan no respondió, Callidios le habló en muy distinto tono:

—Creo que muy pronto vais a lamentarlo.

Confiado en que la puerta aguantaría, Conan se volvió para ayudar a Destandasi en su búsqueda. Tendría que vigilar el parapeto al mismo tiempo que la puerta; otros podrían tratar de escalar la torre igual que él mismo lo había hecho.

—Kalenius podría ser cualquiera de estos —dijo con un juramento—. Pero tiene que hallarse aquí. Si no, Callidios no se habría apresurado tanto a venir. El nigromante tiene que poner manos a la obra ahora mismo, pues sabe que la Guardia Póstuma debe estar presta para rechazar a nuestro ejército.

Impaciente, el cimmerio levantó la tapa de un ataúd, y arrojó al suelo un montoncillo de tierra. Un sarcófago de piedra se resistió por un momento a sus esfuerzos, y al fin se abrió para revelarle su fondo lleno de polvo corrupto. Airado, Conan le arrancó las secas vendas a la momia que había visto en primer lugar, y miró ferozmente su rostro correoso.

Había demasiado silencio al otro lado de la puerta. Conan había oído que los hombres se iban, y supuso que habían ido a por un ariete y hachas. Sin dejar de mirar a la entrada con ojo atento, buscó por el necrotórium. Oyó en algún lugar el leve sonido de algo que raspaba, pero nada más. Le preocupaba aquel misterio; Callidios era un hombre taimado.

Entonces, con poderosa voz que no había creído que el estigio poseyera: «¡Kalenius! ¡Ven con tu dueño y atiende a mis órdenes!».

Conan se volvió. Un súbito golpeteo de huesos secos tamborileó sobre el suelo. Provenía del ataúd de la momia.

Levantándose, rígido, de debajo del montón de huesos que lo había ocultado, un hombre desnudo salía del ataúd. Habría parecido, de no ser por la gélida rigidez de sus carnes, un durmiente que se levantara de su cama. El rey Kalenius, de imponente constitución, pese a la avanzada edad en que le había sorprendido la muerte, les miró, hostil, con ojos en los que ardía un simulacro de vida.

—¡Kalenius! —ordenó el nigromante—. ¡Ordeno que los dos guerreros que vigilan la entrada de mi torre derriben esta puerta y maten a los intrusos que están dentro!

El rey muerto no profirió ningún sonido, pero Conan oyó el súbito retumbo de unas pisadas de piedra en los pétreos escalones, acercándose con rapidez.

—Apresúrate, Destandasi —aconsejó sombríamente. La muchacha se había encarado a la cosa muerta, y le daba la espalda a Conan.

—¡Vigila la puerta! —ordenó Destandasi—. ¡Por tu vida, no te vuelvas para mirarme! Solo a unos pocos se les permite tomar parte en los misterios de Jhebbal Sag; ¡es peligroso para todos los demás aun contemplar los símbolos secretos de su poder!

Conan volvió la cabeza. Al hacerlo, vio aún por el rabillo del ojo que Destandasi empezaba a trazar una figura en el aire. Su dedo iba dejando una estela de llama azul. El bárbaro se obligó a apartar la mirada; la sacerdotisa de un dios olvidado empezó a cantar en un idioma ignoto, que parecía despertar recuerdos en Conan. La puerta tembló ante un violentísimo golpe. Conan aferró su inútil espada y aguardó. Un segundo golpe hizo retemblar los sólidos soportes de hierro de la tranca. Las tablas de madera, con un gemido, se combaron hacia dentro.

—Demasiado… poder… —Destandasi arrastraba las palabras—. Debo… volver… a… intentarlo…

La tremenda fuerza de los golpes que recibía la puerta sacudió el polvo del umbral. Las tablas empezaban a ceder ante el formidable empuje. Conan vio que en una de estas se abría una grieta, y que saltaban astilla. Saltaron madera y hierros, y un puño de piedra entró por el hueco. Agarró con los dedos el borde de la abertura, y empezó a arrancar grandes pedazos de puerta.

Otro puño partió otra de las tablas. Las dos manos de piedra agarraban las maderas, e iban rompiendo las que encontraban entre ambas. La puerta estaba siendo destrozada ante los propios ojos de Conan. Este buscó con la mirada algo que pudiera servir para reforzarla antes de que se desmoronara, sabedor de que solo ganaría unos momentos.

A sus espaldas, se oyó un agitado suspiro, y luego el sonido hueco y confuso del cuerpo inconsciente que, sin ser visto, se

desploma. Destandasi gimió.

Y Conan pudo oír aquellos sonidos porque la ensordecedora destrucción de la puerta había cesado.

Un brazo de piedra negra que había entrado por el hueco cesó en sus movimientos. Ante la mirada de Conan, empezó a doblarse hacia abajo. El cimmerio creyó que iba a proseguir con su ataque, pero cayó como si se hubiera quedado sin articulaciones. La carne de piedra empezó a agrietarse y a deshacerse, y se fue desprendiendo para dejar a la vista corrupto hueso. Los fragmentos caían al suelo, como fundidos, y al secarse solo quedaba polvo.

Conan sintió que la abrumadora fetidez de la podredumbre le sofocaba. Apartó los ojos de la horripilante desintegración, y quedó de nuevo boquiabierto. En el lugar donde el rey Kalenius había caído, una masa de repugnante corrupción se convertía en charco a los pies de una osamenta que ya se desplomaba.

Conan agarró a la muchacha medio inconsciente y salió, tambaleándose, a la azotea de la torre, en busca de aire fresco.

A sus pies, en la fortaleza, reinaba un extremo desorden. En los puestos, a lo largo del muro, en que habían estado estacionados miembros de la Guardia Póstuma, charcos de negra licuescencia hervían con un frenesí de secular podredumbre. Los soldados corrían de un lado para otro, balbuciendo, presa del pánico, mientras los invencibles aliados, ante sus propios ojos, se corrompían en masas de horror. Los soldados se dieron a la fuga, víctimas de estúpido miedo, por la puerta principal.

En los muros de Kordava, donde el grueso de la Guardia Póstuma había sido apostado para que hiciera frente al ejército rebelde, se repetía la misma situación que en la fortaleza. El horrible fallecimiento de sus guerreros invulnerables desmoralizó por completo a los defensores humanos, muchos de los cuales habían creído que podrían contemplar sin peligro alguno un día de matanza.

Desde la torre, Conan pudo ver que su ejército estaba tomando posiciones para el combate sin esperanzas que se habían dispuesto a librar. Los exploradores estaban regresando con sus comandantes, con la noticia de que el ejército mágico de Mordermi había sido aniquilado por una brujería más poderosa. Santiddio ya no había de demorarse en lanzar su ataque, ni, seguramente, hallaría ninguna

resistencia. Kordava entendió la destrucción de la Guardia Póstuma, que coincidía con el avance del ejército rebelde, como una clara señal de los dioses de que el reinado de Mordermi debía terminar.

Al oír que unos pies se arrastraban a sus espaldas, el cimmerio se volvió. La puerta estaba medio destrozada. Un brazo había podido entrar por el hueco y levantar la tranca.

Los ojos de Callidios, de los que se había adueñado la mirada feroz del loco, contemplaban a Conan con odio. Los labios del estigio se retorcían como serpientes.

—Así que eras tú, cimmerio —dijo, masticando las sílabas—. El peón regresa con su rey. No tendrías que haberlo hecho, ¿sabes? Me has matado. Mordermi solo me utilizaba para dominar a la Guardia Póstuma. La Guardia ya no existe, y Mordermi me matará a mí también.

—Le ahorraré a Mordermi esa tarea —mascullo Conan, levantando la espada.

Los ojos de loco de Callidios centellearon, al tiempo que llevaba la mano al puño del estoque. Conan le dio tiempo para desenvainar; el cimmerio habría acuchillado al estigio como a un perro rabioso, pero más valía que el hechicero le hiciera frente de hombre a hombre. Se preguntó si Callidios tendría alguna noción de esgrima; nunca le había visto empuñar su espada.

El estoque del estigio salió de su vaina. Parecía que tuviera la hoja demasiado larga. Callidios acometió. Su arma saltó hacia la garganta de Conan. No tenía la hoja de acero, sino que esta era una serpiente viva. Los colmillos babeantes que tenía en la punta se le arrojaron al cuello.

Conan hurtó el cuerpo, y con su propia espada logró cortar a tiempo la cabeza del reptil. La cabeza desapareció. Callidios se echó a reír como un enajenado y escondió la espada-serpiente tras su espalda, y volvió a golpear con ella como con un látigo. Los dientes venenosos de otra cabeza de serpiente castañeteaban en busca de la carne del cimmerio.

Conan dio otro tajo a aquella insólita arma, y de nuevo cortó por la mitad su cuerpo de serpiente. Este se movía con la velocidad del látigo, y ningún espadachín habría podido pararlo muchas veces seguidas.

—¡Mantén la guardia alta, bárbaro! —chilló Callidios—. ¿Por

cuánto tiempo podrás ir escapando? La cabeza le vuelve a crecer después de cada tajo, y sus colmillos matan. ¡Sigue danzando para mí!

Conan sabía que no podría aguantar mucho más. La espada-serpiente acometió de nuevo, mientras el hechicero hacía cabriolas fuera del alcance del cimmerio. El bárbaro cortó la serpiente por la mitad cuando ya sus colmillos le rozaban el pecho.

Conan, con breve ojeada, miró si tenía alguna herida, y vio las capas que se había enrollado a la cintura. Con la mano libre, las desató. Las arrojó a Callidios cuando este le atacaba.

Las capas se desplegaron con un crujido de sedas negras, y con sus pliegues atraparon a la espada-serpiente. Callidios aulló, pues la ondulante hoja se había enredado en estos. En ese momento, el sable de Conan atacó, y el estigio partió por el sendero del que había sacado a sus siervos.

Bajo las capas, un frenesí reptilesco agitaba los pliegues. Conan lo aplastó con la bota. Siguió aplastándolo hasta que hubo cesado casi todo movimiento.

Destandasi estaba saliendo de su desmayo. Lentamente, logró ponerse en pie, y contempló el cadáver del estigio.

—Así, todo ha terminado.

La muchacha conservaba en los ojos las trazas de la tensión que había tenido que sufrir durante el enfrentamiento.

—Todavía nos queda Mordermi —dijo Conan.

Sabía que el déspota estaba acabado. La entrada de Santiddio en Kordava había parecido, más que un asalto, la bienvenida que se brinda a un héroe. Nadie intentaría defender la ciudad de los rebeldes, puesto que ya les pertenecía. Pocos de los soldados de Mordermi ofrecieron resistencia; algunos huyeron, otros lograron rendirse. Las turbas estaban haciendo gran mortandad entre el resto.

Conan se volvió, asqueado. Ya había visto aquel espectáculo, y tampoco le había gustado en aquella otra ocasión.

—Todavía nos queda Mordermi —dijo.

Bajó de la torre. En el umbral de la destrozada puerta, Conan acertó a ver una tenue capa de polvo, apenas perceptible, y unos pocos restos de metal corroído que se desmenuzaban al pisarlos.

Los soldados habían prácticamente abandonado la fortaleza. Los

pocos que aún quedaban se estaban dando al pillaje. El rugido de la turba se acercaba y, en cuestión de momentos, había de trasponer la puerta abierta.

Entraron en palacio sin hallar oposición. Conan empuñaba la espada desnuda, pero nadie había quedado que pudiera luchar con él. La Guardia Póstuma les había fallado, les había dejado a merced de aquellos a quienes venían oprimiendo; sabiendo qué merced podían esperar, abandonaron a Mordermi y huyeron.

Conan sabía el camino hasta los aposentos de Mordermi. Abrió de un puntapié la cerrada puerta y entró.

Mordermi estaba sacando joyas de un gran cofre y las echaba a un limosnero, claramente alterado por tener que dejar algunas de las mejores gemas. El rey de Zíngara iba vestido con el sucio atuendo de un operario, y una capa remendada. Se había echado polvo gris y mohoso por los cabellos, y, en cuanto se hubiera acabado de cubrir media cara con una ensangrentada venda que llevaba, podría mezclarse con la multitud.

—Tendrías que haber huido con las demás ratas —le dijo Conan —. ¿O es que la rata capitana quiere hundirse con su barco? Mordermi le replicó con voz amable.

—Bien, Conan. ¿Ya estás aquí? Creía que el enjambre de incondicionales había de demorarte más en tu camino.

»Tus partidarios están a punto de dar inicio, ahí fuera, a los festejos de una nueva coronación. ¿Recuerdas la última? Por supuesto, antes habrá una ceremonia de abdicación.

Mordermi se quitó las vendas con las que había querido enmascararse.

—Por eso me alivia el que hayas venido tú a aceptar mi rendición, Conan. Sé que puedo contar con que me dispenses un trato justo. Eres un hombre de honor.

—¿Por qué piensas que te va a valer de algo un trato justo, Mordermi? No hay cuerda suficiente para ahorcarte por todos tus crímenes.

—¿Y esto me lo dice el criminal que salvé de la horca? —Mordermi hablaba con dolor en la voz—. Esperaba más de tu gratitud, Conan. Al fin y al cabo, ambos hemos cometido crímenes por los que podrían ahorcarnos cien veces si nos capturaran.

—Yo jamás he traicionado a un amigo —dijo Conan en tono de

mofa.

—¡Por Mitra, si me fuera posible corregir todos esos trágicos errores de juicio! Tenías razón, Conan. Tendría que haber permitido que mataras a Callidios la noche en que vino a buscarnos. Ese estigio me envenenó el cerebro con intrigas y mentiras. Ahora veo que dominó de alguna manera mis pensamientos; empleó algún hechizo o alguna droga.

—La única droga que te corrompió el cerebro fue tu ansia de poder, Mordermi. Utilizaste a Callidios, igual que a todos nosotros. Cuanto más poder tenías entre manos, más querías acrecentarlo, y cuando ya lo tuviste todo, aún quisiste tener más. Yo te apreciaba, Mordermi, y me gustaría creer que fuiste en otro tiempo digno de aprecio, antes de que el poder te corrompiera. Pero quizá ya estuvieras corrupto desde siempre, y desde siempre hubieses aguardado el momento en que pudieras manipular a tus amigos, porque, a ellos, había de ser más fácil apuñalarlos por la espalda tan pronto como ya no te sirvieran.

—Me has hecho un buen discurso, Conan —dijo Mordermi con su gracia y ligereza—. Santiddio tenía razón, además: eres un altruista. Muy bien, pues, llama a tus hombres y arrestadme. Defenderé mi caso ante el pueblo.

—¿Qué hombres? —se burló Conan—. ¡En este edificio solo estamos nosotros dos! Santiddio está entrando en Kordava con el ejército. Destandasi y yo trepamos esta madrugada por tus muros, a fin de quebrantar el dominio de Callidios sobre la Guardia Póstuma. Ten en cuenta que la ayuda de Destandasi se debe a lo que tú le hiciste a Sandokazi. ¿Aún confiaba en ti cuando le pusieron el lazo al cuello, Mordermi? ¿Sabes que, al abrir la puerta de nuestra celda, nos hizo prometer que no te mataríamos?

Pero Conan, en su rabia, había dicho ya demasiado. El cimmerio vio que el rostro de Mordermi se trasmudaba, que con la mano buscaba algo bajo su ornado escritorio. Por puro instinto, Conan aulló y se arrojó sobre el tirano.

A sus espaldas, una sección del embaldosado se abrió, cuando Conan ya no la pisaba.

Destandasi, aún aturdida después del exorcismo, no fue capaz de reaccionar al grito del bárbaro. El chillido con el que cayó por la trampa se interrumpió en seco.

Conan cayó sobre el escritorio con su salto, y tumbó un cofre de joyas, cuyo contenido se desparramó por la estancia. Mordermi, ágil como siempre, esquivó el cofre y el mismo cuerpo del cimmerio. Cayó de pie como un acróbata, estoque en mano, mientras Conan se libraba del escritorio.

—Veo que todavía te gusta el sable, bárbaro —le dijo Mordermi con una sonrisa—. ¿Quieres que te dé otra lección de esgrima?

Conan, en su furia, saltó sobre él, y a punto estuvo de recibir la acometida del zingario. Paró el arma más ligera con velocidad suficiente, y luego trató de cortar el brazo que la sostenía. Mordermi se apartó riendo.

Tan grande era la cólera del cimmerio que le vedaba las finezas de la esgrima. Mordermi se apercibió de ello y empezó a aguijonearle, confiado en que el bárbaro acabaría por perder los estribos, enloquecido por aquel estrépito de mandobles y paradas. Entonces, Mordermi lo mataría.

Conan arremetía incansablemente, pero ninguna de las dos armas lograba herir. El cimmerio era demasiado rápido como para que Mordermi se arriesgara a bajar la guardia en un contraataque, algo que habría podido hacer con cualquier espadachín normal que tuviera la corpulencia y el temperamento de Conan. Mordermi había comprobado a menudo la destreza del cimmerio; tendría que entrar en dilaciones hasta que pudiera asestarle un mandoble certero.

El tumulto que estaban armando las masas en el patio empezaba a hacer retemblar los cristales de la ventana. Mordermi se dio cuenta de que sería Conan, y no él mismo, quien sacara provecho de su táctica dilatoria. Tenía que matar sin más demora al enloquecido cimmerio; si no, la huida sería imposible.

De pronto, Mordermi vio la ocasión, al mismo tiempo que Conan le hacía retroceder con otro de sus temerarios lances. Tras esquivar la pesada hoja, el rey, al acometer en respuesta, logró sortear la guardia del bárbaro. El estoque habría tenido que traspasar el corazón del cimmerio; sin embargo, Conan logró eludirlo en el último instante, y la estrecha hoja solo se clavó en los prietos músculos que le envolvían hombro y axila.

El cimmerio gruñó, y agarró la muñeca del otro. Retorciéndola brutalmente, hizo que el arma se quebrara.

Mordermi trató de retroceder, pero el cimmerio le agarró el brazo por la mano que aún sostenía el puño del quebrado estoque. El sable de Conan se abatió sobre el zingario, pero fue la guarnición de la espada, y no la hoja, lo que le golpeó en el rostro.

Medio desmayado, Mordermi cayó al suelo. De pie ante él, Conan se arrancó del hombro la hoja rota del estoque, y la arrojó al otro lado de la estancia.

—Te has quedado sin tu juguete de cortesano —masculló—. ¡Habría acabado contigo, aunque me hubieras clavado veinte mondadientes como ese!

El rostro de Mordermi era una ruina sanguinolenta; había perdido todo su nervio.

—Juraste que no me matarías —musitó. El cimmerio, que perdía sangre por el hombro, que tenía rabia asesina en la mirada, no inspiraba confianza al respecto.

—No te voy a matar —dijo Conan con sorna—. ¿Crees que habría peleado tanto por desarmarte sin tener que darte muerte, si no hubiera tenido intención de cumplir con mi palabra? Yo soy un hombre de honor, Mordermi… tú mismo lo has dicho.

El rugido de las turbas retumbaba ya por todo el palacio. Conan oía como rompían cristales, como, en el piso de abajo, forzaban las puertas. La muchedumbre tardaría solo un momento en ocupar todo el palacio. No era la primera vez que Conan lo presenciaba.

Abrió las ventanas de la estancia de Mordermi. Doce pies más abajo, cientos de rostros airados le miraron. Le arrojaron piedras por la ventana. La turba estaba sedienta de sangre. Querían vengarse del reinado de terror de la Guardia Póstuma.

Conan puso en pie a Mordermi y lo arrastró hasta el alféizar. La muchedumbre vio que algo se movía, y se acercó más.

—Conan, ¿qué estás haciendo? ¡Has prometido que no me matarías!

—No voy a matarte —le repitió Conan—. Has dicho que defenderías tu caso ante el pueblo. Pues bien, ahora podrás defenderlo.

Conan sacó por la ventana al frenético rey, y lo dejó caer entre la multitud que le esperaba abajo. Gracias a sus gritos, que tardaron un rato en extinguirse, el cimmerio se cercioró de que la caída desde aquella escasa altura no lo había matado.

Cuando Santíddio llegó a palacio, la turba de saqueadores se lo había llevado todo salvo las desnudas paredes. Conan había descendido ya al pozo al que Mordermi había tratado de hacerle caer, y había sacado el cadáver que halló empalado en el fondo. Estaba sentado al lado del cuerpo, recostado en la pared; tenía el brazo vendado, y había cubierto a Destandasi con una capa. No prestaba mucha atención a las palabras de Santíddio.

—Será recordada como una heroína de la liberación —dijo este al final—. Toda Kordava sabe cómo vosotros dos liberasteis a nuestra tierra de la Guardia Póstuma, cómo liberasteis Zíngara de la tiranía de Mordermi.

Señaló con un gesto la ventana abierta. Empezaban a oírse vítores, en vez de gritos airados. Y uno de los vítores era la cantilena: «¡Conan! ¡Conan! ¡Conan!».

—Eres un héroe, Conan —le dijo Santiddio—. ¡Di que piensas aceptar la corona de Zíngara, y el pueblo te proclamará rey en este mismo momento!

Habían encontrado la corona en uno de los cofres ocultos de Mordermi, y, por reverencia para con la tradición, no habían permitido que cayera en manos de la turba. Santiddio se la ofreció a Conan.

—¡Santiddio, por los diablos de Crom! ¡Quita eso de mi vista!

—Sé cómo debes de sentirte, Conan —le dijo Santiddio—. Ambos hemos perdido buenos amigos; yo he perdido dos hermanas. Pero, piénsalo. Zingara necesita un rey. El pueblo te adora. Eres el mayor héroe de nuestra época. ¡Toma la corona!

—Santiddio. —Conan hablaba con voz sombría—. Por la mañana, tomaré una canoa y llevaré a Destandasi hasta su santuario.

—Acabarás por cambiar de parecer.

—No.

Santiddio sostuvo la corona con ambas manos, sumido en sus pensamientos. El desfile por Kordava, a la cabeza de su ejército, había sido un momento de gloria que le había aliviado de mucho dolor y tristeza. Y entre los vítores que seguían oyéndose por la ventana de palacio, oyó que coreaban: «¡Santiddio! ¡Santiddio!».

Conan lo estaba mirando. Santiddio enrojeció.

—Pues, si no has de cambiar de parecer, yo mismo aceptaré que

el pueblo me otorgue la corona. Zingara necesitará un rey hasta que pueda establecerse una nueva constitución.

—No cambiaré de parecer —repitió Conan—. No cambiaré de parecer mientras no sepa si es el hombre quien corrompe el poder, o el poder lo que corrompe al hombre.



KARL EDWARD WAGNER (Knoxville, Estados Unidos, 1945 - Chapel Hill, Estados Unidos, 1994) fue un premiado escritor americano, poeta, redactor y editor de terror, ciencia ficción y fantasía heroica.

Cuarto y más joven hijo de Aubrey J. Wagner (funcionario de la *Tennessee Valley Authority*) y Dorothea Huber. obtuvo un título de historia en el Kenyon College en 1967, y un grado de psiquiatría en la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill. No le gustaba la profesión médica, que abandonó al establecerse como escritor.

Escribió numerosos libros de fantasía oscura e historias de terror. Como editor, publicó un conjunto de tres volúmenes de *Conan el Bárbaro* restaurado a su forma original, tal como estaba escrito, pero mejor editado. Su editorial «Carcosa» publicó cuatro volúmenes de las mejores historias de algunos de los principales autores de la época dorada de las llamadas revistas *pulp*. El es posiblemente más conocido por su creación de la larga serie de historias protagonizadas por Kane, *el Espadachín Místico*.

Su desilusión con la profesión médica se puede apreciar en las historias de *El cuarto sello* y *En qué manos*. Describió su visión del mundo como nihilista, anarquista y absurdo; y afirmó, no del todo

en serio, estar relacionado con «un compositor de ópera llamado Richard Wagner», también admiraba el cine de Sam Peckinpah.

Wagner murió en su casa en Chapel Hill, Carolina del Norte, el 14 de octubre de 1994, esencialmente por las consecuencias del alcoholismo a largo plazo, aunque en *the Newsletter of the Horror Writers of America* se informó que las causas de la muerte de Wagner fueron fallo cardíaco e insuficiencia hepática.